This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

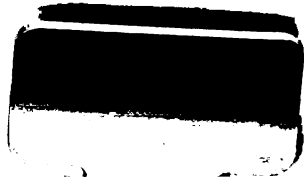
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 287 967



LUIS LOPEZ-BALLESTEROS

# LUCHA EXTRAÑA

NOVELA

SEGUNDA EDICION

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

MADRID
REVISTA DE ARCHIVOS
Infantas, núm. 42.
1907

# LUCHA EXTRAÑA

LUIS LOPEZ-BALLESTEROS

# LUCHA EXTRAÑA

NOVELA

SEGUNDA EDICION

MADRID
TIP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
Infantas, núm 42.
1907

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

REESE

790
L 864
l

... Otro autor, del que yo no tenía la menor noticia, por donde me inclino á calificarle de novel y le creo joven, acaba de publicar una novela que se lee con mucho agrado.

Su título es *Lucha extraña,* y el nombre del novelista D. Luis López-Ballesteros.

La novela es rica en sutilezas y apasionadas profundidades psicológicas. La *Lucha extraña* que da título á la obra se realiza en el mismo centro del corazón del héroe. El proceso de una pasión constituye el enredo y da interés á la fábula.

..... El desenlace es dichoso, acabando con mucho arte y habilidad del novelista.

.....

**Juan Valera.**

**(1897)**

199247

*En dos de Noviembre, día de difuntos, se hallaban reunidos en un estudio de pintor, de la calle de Alcalá, unos cuantos amigos, representantes de la bohemia de camisa limpia, literatos los unos, pintores los otros, y todos ellos gente lista y de buen humor.*

*El estudio, siempre hospitalario, era aquella tarde un buen refugio para guarecerse de la húmeda niebla que envolvía á Madrid, y librarse de la solemnidad lúgubre y fastidiosa del día.*

*Desde los amplios ventanales, véase—á través de los sucios girones de neblina—el inmenso cordón de gente que se dirigía á los cementerios; eran los vivos, disponiéndose á hacer su visita anual á los muertos, con cierta mascarilla de dolorosa unción en el rostro, para poder olvidarlos durante otro año, tranquila la conciencia de haber cumplido con esta indispensable fórmula de etiqueta macábra.*

*Uno de los tertulios, se había levantado, y miraba á la calle, apoyada la frente en los cristales del ventanal. De pronto, se volvió hacia sus amigos y dijo:*

*—Esa pobre gente tiene muy lejos á sus muertos. Yo no necesito ir al cementerio para visitarlos. Me coloco junto á la Cibeles, frente por frente al palacio de Linares, y los veo pasar todos los días.*

*—Hombre, eso sí que es raro, exclamaron casi á coro los que en el estudio estaban. ¿Tus muertos se pasean?*

*—Sí, señor, se pasean, replicó con aplomo el interpelado... Y se pasean por la Castellana, y... á veces en coche; mejor dicho, casi siempre, porque son muertos de buena sociedad.*

*—Explícanos eso, añadió uno, con sorna, porque la verdad es, que ninguno te hemos entendido.*

*—Pues es tan exacto, como que ahora estamos en el estudio de Pepe Aguilar, que tiene el honor de proporcionarnos buena estufa, buenos cigarros y buena cerveza las tardes de niebla y de... difuntos.*

*Pepe Aguilar, correspondió al «cumplido» con una reverencia y exclamó:*

*—Está bien; al grano; es decir, á tus muertos.*

*—Pues como muertos, no los tengo: tengo una muerta. Figuráos una chiquilla rubia, con un*

*par de ojazos azules, dulces y soñadores, y unos labios muy frescos y una cintura que cabe en un anillo: una criatura deliciosa, ¿os enteráis? Bueno: pues yo tuve amores con ella: unos amores muy románticos; la verdad es, que la quería bastante, y ella... ella me adoraba; palabra de honor, me lo había dicho muchas veces. ¡Ay, nuestra pasión duró muy poco! Se interrumpió bruscamente, cuando mi novia parecía más enamorada de mí, cuando menos lo esperaba yo. ¿Váis comprendiendo?*

*—Algo traslucimos: se murió la rubia de los ojos azules.*

*—Eso es, se murió; tú lo has dicho.*

*—Corriente, y la enterraron. Lo que no nos explicamos, es que se pasée en coche por la Castellana.*

*—Pues es fácil de comprender: mi rubia me plantó. Margarita fué infiel á Fausto, á mí; se casó con un flamante marquesito, y pasea en coche, casi todas las tardes, reclinada lánguidamente en los almohadones de su berlina, y envuelta en un abrigo de pieles, digo en un sudario magnífico. Yo, firme en mi puesto, la veo, como os he dicho, todos los días, y le rezo un responso, sin necesidad de ir al cementerio...*

*—Bah, exclamó un contertulio, que había empezado á escuchar con interés la explicación del*

*enigma, guárdate tu historia, chico; nos has defraudado.*

*El narrador frunció las cejas, miró despreciativamente al concurso, y exclamó muy serio:*

*—Si no lo comprendéis, peor para vosotros. Vamos á ver: ¿no habéis tenido nunca un amigo, á quien hayáis querido como á un hermano, con quien hayáis compartido vuestro dinero, vuestros placeres, vuestras penas, vuestro tiempo?... Pues imagináos que ese amigo os vendió, os devolvió en ingratitud y en traiciones—un caudal al alcance de todos—vuestro cariño y vuestra confianza. Os separáis con asco de él ¡claro está! dejáis de hablarle, de verle; pasa el tiempo... y ¿no sentís, no creéis, cuando los recuerdos traen su nombre á vuestra memoria que aquel amigo ha muerto? Y si por casualidad, un día, al volver una esquina os le encontráis y pasa á vuestro lado, indiferente, sin miraros siquiera, ¿no percibís la vaga y fría sensación de que ha pasado junto á vosotros un cadáver? Pues si eso ocurre con el amigo, con la mujer que amásteis ¿qué será? Vuestras dos almas, se habían fundido en una por el amor. Iguales vuestras alegrías, idénticas vuestras penas, una vuestras dos vidas. De pronto, esa mujer os traiciona, se casa con otro, como mi rubia, y un día, la véis, del brazo de su marido. En seguida os preguntáis ¿es esta aquella mujer?*

*Y una voz interior os dice: «No: aquélla ha muerto: ésta que pasa apoyada en el brazo de otro hombre, que ni siquiera te ha mirado, que nada tiene de común contigo, no puede ser aquélla.» Entonces, os lleváis una mano al pecho, porque el corazón os duele, como duele al ver morir á una persona querida; os vestís de luto por dentro, amortajáis el cadáver y le dáis cristiana sepultura en el fondo del alma, fosa común donde se entierran en montón las ilusiones muertas. Creedme á mí; hay muchos difuntos que se pasean como mi rubia por la Castellana.*

*A pesar de la seriedad con que el autor sostuvo la teoría, no pudo evitar que, al oir su última afirmación, se riera el auditorio estrepitosamente.*

*—Vas á hacerme el favor—exclamó uno—de presentarme á tu difunta.*

*—Y tú me vas á hacer el de no profanarla con tus necedades.*

*—Pero, hombre ¡si no es más que para rezarle un responso!*

*—Dime, chico, ¿todas tus difuntas llevan abrigos de pieles por mortaja?*

*—¿Y berlina Winder por sepultura?*

*—Vaya, no te amosques—exclamó, en este punto, el dueño de la casa, que sin tomar parte en las burlas, había escuchado á su amigo con gran atención.—Sabe, para tu satisfacción y efectos opor-*

*tunos» que á mí, me parece buena tu teoría: como lo oyes:*

*—¡Ya te has contagiado, Pepillo!—gritó un tertulio.*

*—No se ha contagiado; no hay tal—exclamó el ex novio de la rubia—es que de todos nosotros, sólo él y yo tenemos talento.*

*Pepe Aguilar añadió:*

*—Acepto tu teoría, pero con una ligera variante, ¿sabes? Un ejemplo: Para mí, tu rubia no ha muerto; vive, pero es otra; no es la misma persona, no es tu novia de ayer, como no es el mismo el amigo malogrado por la ingratitud ó la traición; es decir, lo es y no lo es al mismo tiempo. Esto que os digo, podrá pareceros un gran disparate; pero ahí está la vida vulgar, llena de casos prácticos. Á un hombre generoso, discreto y bien educado, le habláis después de algún tiempo de no verle, y en la conversación se muestra tacaño y sandio y además os dice una docena de groserías en un minuto. En seguida pensáis: ¡Cómo ha variado Fulano! ¡*NO ES EL MISMO*! ó bien: Este* NO ES *Fulano ¡si parece «otro»! Á veces vuestra sorpresa, toca los límites del asombro, y entonces exclamáis: «¿Pero* ERES TÚ *quien dice eso? ¡«no te conozco»!—¿«Es ésta aquella mujer?» Ocurre frecuentemente que el asombro es subjetivo, sentimos que nos arrebatan nuestro «yo» primitivo, per-*

*cibimos el cambio, el robo á mano armada de nuestro propio espíritu y gritamos, indignados del despojo: —¡Pero soy «yo», «yo mismo» quien esto piensa, quien esto hace? Y se añade con desaliento: —¡No me conozco! —En conclusión; mi teoría, es en el fondo, igual á la de los muertos vivos, pero yo la condenso en una sola frase, corrigiendo al gran trágico: Ser, y no ser, esa es la cuestión.*

*—La cuestión es, que estamos en una casa de locos—gritó uno—y que esto es una encerrona, una verdadera encerrona.*

*Otro añadió:*

*—Pepillo, haz el favor de guardarte tu teoría y de darme otro puro, porque el que me diste está difunto... ceniza pura; mira.*

*—Ahí va el puro; pero no dudes que se puede ser y no ser al mismo tiempo, y en prueba de ello, os cuento si queréis mi propia historia. Yo he sido y no he sido... ¿Queréis saber como fué aquello?*

*—Chico, como estás en tu casa no podemos negarnos: abusas de nosotros.*

*—Me comprometo á daros de fumar y de beber hasta que termine.*

*—Pues entonces, nos resignamos. ¡Orden en las tribunas! se abre la sesión. S. S. tiene la palabra.*

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

# PRÓLOGO AL VUELO

## I

Hace quince años, tenía yo diecisiete, una madre que me idolatraba y una chiquilla, morena como la Virgen de mi pueblo, que me quería. Mi madre, era viuda y pobre; la de Juana, viuda también y casi rica. El viejo caserón de mi novia, estaba junto al mío; igual nuestros hogares que nuestras almas. Era el nuestro, uno de esos idilios, muy frecuentes, que comienzan en la infancia, continúan en la adolescencia, y se desenlazan en la juventud tan vulgarmente como empezaron. Estos amores engendrados por la costumbre, suelen dar, si

siguieron su curso lógico y monotono, el ópimo fruto de una felicidad conyugal tranquila. No producen la pasión vehemente, no es amor que quema el alma, no es lumbre viva que abrasa ó ciega, es fuego que conforta y que deja rescoldo para la vejez. Tales afectos apacibles, domésticos, no tienen historia, ó si la tienen no se escribe por poco interesante. Se les puede comparar á un torrente de agua mansa y cristalina, que corre por un cauce en línea recta, sin un solo obstáculo en el fondo. Pero si queréis que de ese amor prosaico brote la chispa de la pasión, interrumpidle ó turbadle con una dificultad cualquiera que le impida seguir derechamente á su destino; poned en mitad del torrente un montón de piedras, y el agua mansa y cristalina, formará espuma y remolinos, tornándose bravía y perdiendo su transparencia.

De todos estos obstáculos, elegid para el experimento el mejor, la ausencia. Separad á los amantes bruscamente. Ayer, apenas se veían; sus horas de platónico amor estaban reglamentadas; no conocían el insaciable *apetito* de verse, de hablarse; hoy, á las po-

cas horas, á los pocos minutos, la separación empezará á hacérseles insoportable. La ausencia inmortalizó los amores de Isabel y Marsilla. El hombre, sobre todo, á medida que el tiempo va pasando y en fuerza de poner en la mujer amada su pensamiento, va poetizando sus recuerdos, bordándolos con finísimas y relucientes labores de la imaginación; la imagen va dejando de ser humana y se transforma en divina; se la ve con fantásticas aureolas. Se piensa en aquellas horas de trivial conversación, esperadas antes sin anhelo y se dice: «¡Si yo estuviera ahora junto á ella, al pie de su reja, cerca nuestros cuerpos, fundidas en una nuestras almas...! ¡Oh, qué hermoso, qué dulce era todo eso!» Es, en fin, la ausencia, la brillante cristalización de la rama desnuda, de que habla un filósofo del amor...

Me detengo en estas observaciones, antes de empezar mi relato, para que comprendáis, la súbita transformación del apacible afecto que á Juana profesaba, desde el instante mismo en que tuve que separarme de ella.

¡Sí! Aquel cariño dulce, sosegado, se convirtió en pasión tan absorbente y avasalladora que, aunque el olvido y la traición, se hicieron cómplices para malograrla, apenas nacida, resistió al olvido y á la traición, y á los años... ¡Tantos, años que casi no me atrevo á decirlos, para que no juzguéis inverosímil mi relato!

¡Antes de transcurrido el segundo de ausencia, me olvidó mi novia!... ¡Quizá puso ella misma al edificio inseguro de la constancia, el más soberbio puntal que se conoce: los celos, primero, y después, la incitante poesía del recuerdo!

***

Tenía yo, como os he dicho, diecisiete años. Vivía con mi madre en nuestro vetusto solar de Villalegre; una casa de dos pisos. Había en el bajo, único que se habitaba, amplio estrado de respeto, cuatro ó cinco estancias más y en el centro la cocina con chimenea de campana, anchos ba-

sares coronados de loza y dos grandes alacenas en los muros. Luego seguía, una pequeña huertecilla con unas cuantas matucas, empalizada cubierta de enredaderas y hasta tres docenas de tiestos con claveles, rosas y albahacas; y por último, el corral, abrigaño de algunas parejas de pavos y fecundo criadero de gallinas. En el piso alto estaban los graneros. Nuestra hacienda era tan menguada que, casi nunca los vimos llenos y las dos ó tres veces que se colmaron fueron famosas las cosechas.

Pues con tan mezquino patrimonio vivíamos mi madre y yo, harto estrechamente, aunque no tanto que en aquella mi temprana edad se me alcanzasen los apuros y las miserias. Llevaba yo un nombre honrado y respetado en el pueblo; eramos hidalgos pobretones, pero hidalgos al fin y como á la postre ocurría lo mismo á la mayor parte de nuestros convecinos—pues en Villalegre no hay potentados—tirábamos los dos de la vida como Dios y nuestra buena voluntad nos daban á entender.

Para alivio ó engañifa de mis escaseces, deparóme mi buena fortuna, apenas apun-

tado el bozo y á trueque de lo mucho que me faltaba, una novia lindísima; tanto lo era, que pasaba entonces por el mejor capullito del pueblo, que sin duda debiera trocarse, rodando los años, en espléndida rosa.

Era por entonces Juana una muchachuela de dieciséis mal cumplidos, aunque representaba por el desarrollo y gentileza de su cuerpo lo menos dos más; el rostro moreno; el pelo más negro que las moras y rizoso y abundante; los ojos negros también, aterciopelados y muy dulces; los labios rojos; la boca más bien grande que pequeña, pero fresquísima; su estatura podía pasar por alta; bien formado el cuerpo y el conjunto armónico y gracioso.

Como su casa y la mía estaban juntas, juntos habíamos crecido nosotros, y sin saber como, apuntó el noviazgo. Recuerdo que ni siquiera hubo la obligada *declaración de amor*. Un día, en misa, me pareció que miraba demasiado á otro; á las dos horas me había querellado amargamente de aquellas miradas y Juana se disculpó con encantadora naturalidad dando por aceptada la queja como si realmente tuviera yo algún

derecho sobre su corazón ó á su fidelidad. Tal fué el comienzo de nuestros amores.

Mi educación no era muy esmerada, aunque sí todo lo completa que podían darla en el único colegio del pueblo, agregado al Instituto de la capital. Tenía arrollado en mi casa el título de bachiller; sabía del latín las declinaciones y los verbos y eso tropezando; de matemáticas... Dios las dé y algo de historia. Pero mi verdadera aptitud había sido hasta entonces, la del dibujo; eso sí, pienso que empecé á emborronarlo todo con monigotes antes de echar los dientes y esta afición, cultivada después, aunque no encauzada por un buen maestro, me había hecho adelantar rápidamente, con gran desesperación de mi madre que veía mucha más utilidad en otra profesión cualquiera que no fuera la de hacer garabatos y gastar lápices.

Debo apuntar aquí, antes de seguir narrando estos antecedentes, que á mi madre y á la de Juana las conocían en el pueblo por «las dos viudas» por serlo, como ya he dicho, ambas. Las había unido siempre una buena amistad que empezó á torcerse

y entibiarse con motivo de los susodichos amoríos. Lo diré pronto: como Juana era rica juzgábame á mí la madre, muy poca cosa para su hija. Al principio dió poca importancia á nuestras relaciones, sin duda pensando cortarlas fácilmente; pero pronto la tenacidad y altivez de Juana la pusieron en gran confusión, quizá porque no le fué pareciendo tan fácil dominar aquella inclinación naciente.

Sabía yo, de muy buena tinta, que sermoneaba á Juana con frecuencia, ora con acritud y amparándose en su autoridad materna, ora empleando cierta astucia, nunca muy sutil, que consistía en halagar la vanidad de su hija, haciéndola ver que podía aspirar á felicidad mayor y sobre todo más *dorada.*

También sabía con certeza que se habían estrellado sus propósitos ante esta sencillísima argumentación de Juana: «Pues á mí *me gusta; yo le quiero.*» Y como le gustaba y me quería, claro que, á pesar de los pesares, nos veíamos y nos hablábamos en la propia reja de su casa.

En cierta ocasión, entró mi madre en la

nuestra, sofocada y llorosa. Luego supe que su amiga y vecina, había abordado la cuestión del noviazgo, buscando apoyo en mi madre para cortar de raíz los tales amoríos. Mi madre contestó sencillamente y sin ulteriores miras, «que todo era juego de muchachos», y tomando mi cruel enemigo su contestación por asentimiento, complicidad ó ansia tal vez de pescar para mí un buen patrimonio, insinuóle cruelmente la sospecha. De aquí el sofocón y el llanto de la santa señora. De todo ello hízose comidilla en el pueblo y no faltó quien dijera...—«¿Sabéis?... parece que *las dos viudas* se han peleado...»

No era esto rigurosamente exacto. Siguieron tratándose, pero las dos se guardaban mutuo rencor; mi madre ofendida, mejor dicho, herida en lo más profundo de su alma al ver que su hijo era tenido tan en poco por su convecina, y ésta, á su vez, por que adivinaba aquel resentimiento tan natural y honrado. No era, por otra parte, grave culpa el menosprecio con que la madre de mí novia me miraba, porque yo era, al fin, un pelagatos y no es extraño que su

ambición maternal soñara en un partido mejor para Juanilla. Todo esto lo he pensado muchos años después; entonces no discurría yo tan sanamente, antes al contrario, me mortificaba aquella oposición injusta y hasta pienso que fué agudo acicate que hizo caminar más aprisa y con más violencia mi cariño.

Una noche, para mí memorable, mi madre que, sin duda me esperaba, hízome sentar junto al fuego bajo la ennegrecida campana de la chimenea y me habló así:

—«Hijo mío, tienes diecisiete años, yo soy vieja y tú no eres rico; menester es que pensemos en tu porvenir y tratemos de asegurarte el mañana. Poco tengo, pero aún quedarán para ayudarte algunos cuartejos. Aquí en el pueblo, en nada de provecho puedes emplearte. Días ha, le escribí á mi cuñado Braulio, al hermano de tu padre, que santa gloria haya, proponiéndole te admita en su casa, satisfaciéndole yo, por supuesto, una módica pensión para que no le seas gravoso. Tu tío vive en Madrid; contestóme que estaba conforme en recibirte y á correo vuelto quedó cerrado nuestro tra-

to. Nada te había dicho hasta ahora, porque la sola idea de la separación me cuesta muchas lágrimas. Pero como al fin es precisa y no puede demorarse, me decidí á hacerte sabedor del proyecto y á preparar tu partida. Deseo, hijo mío, que en aquella casa, al fin extraña, aunque de deudos nuestros, te portes como quien eres y no des, por abandonar lo necesario, en torpes vicios ó inútiles ocios. Aprovecha la juventud que nunca vuelve, busca con tesón un título honroso que te abra el porvenir, sé bueno... y no te olvides de que aquí estará tu madre que te adora y rezará por tí á la Virgen Santísima.»

Cortóle el llanto sus atinadas razones, me arrojé yo emocionado en el regazo maternal y así quedó convenido, en principio, mi primer viaje.

Apenas se habían secado mis lágrimas de filial amor, cuando se me ocurrió la idea de que tenía que separarme de Juana. Aquella misma noche relaté á mi novia, punto por punto, la entrevista con mi madre. Juana se entristeció también y me preguntó, con voz mal segura, por la fecha del viaje. Le

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY

respondí que el plazo sería harto corto, aunque no estaba fijado todavía, y después de pasar junto á ella largo rato, me volví á casa cabizbajo y conmovido.

Ya en el lecho, y en densa obscuridad, no pude pegar los ojos en toda la noche; sentía extrañas congojas, me causaba miedo la brusca separación, ese miedo instintivo á lo desconocido. Cerca ya de la aurora, mis negros pensamientos cambiaron un tanto. Como si hubiese hecho mentalmente el recuento de todas mis energías, me sentí de pronto más animoso y hasta empezó á cosquillearme suavemente en la imaginación la idea del viaje, de ver *mundo*; de vivir en Madrid, y—¡cosa rara!—no me había ido aún y pensaba con fruición en mi regreso, en el apretado abrazo que daría á mi madre, en la dulce y alegre bienvenida de mi novia... ¡Tales distancias salva el pensamiento!

No me fué difícil adivinar—una vez levantado—que mi madre tampoco había dormido y de nuevo se me encogió el corazón, acometiéndome la cobardía.

En estas bruscas alternativas pasaron

cerca de dos semanas, y al cabo de ellas, un sábado, quedó convenido mi viaje para el lunes siguiente.

Todo estaba arreglado. La víspera de mi partida mi madre me entregó un puñado de monedas, quizá todos sus ahorros, se cerró el menguado equipaje estudiantil... y á todo esto llegó la noche...

***

Cuando me acerqué á la reja en que solía hablar con Juana, ella me esperaba ya. Agitado y balbuciente, pero intentando sonreir, la dije:

—Esta es la última noche, Juanilla; mañana á estas horas, ¡qué lejos estaré de tí!

—Sí, ¡muy lejos!—contestó abstraída—¡cada vez más lejos! y luego, ¡allá, en Madrid! ¡qué grande debe ser aquello y cuánta gente! ¿Sabes lo que estoy pensando? que quizá me olvides.

—¡Olvidarte! ¡tú te has vuelto tonta, chiquilla! ¿A que no adivinas lo que se me ocurre? Pues verás. Desde que supe que había de separarme de tí, empecé á quererte

de verdad. Saca tú ahora la consecuencia. Cuando esté en Madrid, y no te vea, y no te hable, y piense en tí, y en esta reja, y en estos claveles, estoy seguro de que te querré mucho más...

—¡Vaya unas cosas que dices!—exclamó ella sonriendo y mal convencida—¡entonces debían separarse todos los novios!

Tocándome á mí el turno de mostrarme celoso y desconfiado, repliqué:

—No; eso no, porque la separación tiene muchos peligros. ¿No puedes tú olvidarme? ¿no puedo, al volver, encontrarme sin tu amor, sin mi Juana?

—¿Lo ves?—exclamó ella con ligero tono de amenaza y enfado,—ahora el tonto eres tú; ¿por qué no ha de aumentar también mi cariño como el tuyo?

Sintiendo que empezaba á apoderarse de mí un sentimentalismo invencible y caprichoso, murmuré:

—Juanilla..., Juanilla de mi corazón, dime otra vez eso, ¡por el amor de Dios!

—¡Qué bobo! ¡parece que pides limosna! Pues sí; te lo diré otra vez: Te querré mucho más, como tú á mí...

Una idea muy triste me asaltó de repente; algo así como un obscuro nubarrón de tormenta que vela de pronto la luz del sol:

—¿Y si tu madre te obliga á olvidarme? ¿y si se empeña en arrancar de tu memoria mi recuerdo? Ya sé que esto no es posible; pero ¡ay, Juana! ¡tu madre nunca me quiso, no me quiere!...

Con audaz valentía y súbito fulgor en sus pupilas negras, acercó el rostro á los barrotes de la reja, y me dijo sin vacilar:

—No tengas miedo; ¡si mi madre no te quiere, te quiero yo!

Aquella nueva afirmación de su voluntad hizo renacer toda mi confianza. Debió ella adivinarlo, porque me dijo:

—¿Ves como ya no dudas de mí?

—No dudo, no, Juana mía; soy tan pobre, que sólo te tengo á tí; y aun á tí necesito conquistarte, merecerte; ¡imagina tú si dudase!... Pero tú me quieres y desaparecen mis temores, me siento con más fuerza, miro de frente, sin inclinar la vista, hacia el porvenir; de tal modo me conforta tu cariño... ¡Oh, sí! volveré... y tú verás como tu madre no me rechaza.

—Cierto que no—replicó Juana;—lo mismo he pensado yo siempre; es decir, no lo había pensado hasta ahora, porque nunca se me ocurrió que pudiéramos separarnos... Y no creas; mi madre es buena; pero la pobre, me quiere tanto, que se empeña ¡qué sé yo! en que sea princesa, ó algo así...

—¡Y tiene muchísima razón! ¡vaya si la tiene!—exclamé contemplando embobado el lindo palmito de mi novia.

Juana se echó á reir, y me dijo:

—¿De modo que tú te resignarías á que yo fuera... princesa? ¿á que me casara con un príncipe?

—No, eso no; pero lo merecías.

—Pues yo te prefiero á tí.

Porque tú eres muy buena...

—No es por eso, tonto: es que *me gustas más*.

A pesar de nuestras bromas, estábamos los dos tan emocionados, que á veces cortaban nuestra conversación bruscos silencios, durante los cuales, como se oye el péndulo de un reloj en las altas horas de la noche, casi se escuchaba el latir de nuestros corazones.

Llegó el momento de separarnos. Nos despedimos con unas cuantas frases triviales, vulgarísimas, porque á esa edad se siente tan hondo, que no bastan las palabras para interpretar el sentimiento; materializando el nuestro, podía decirse que estábamos los dos como aturdidos por un violento golpe en la cabeza. Sólo recuerdo claramente que, cuando Juana desapareció de la reja y yo me decidí á entrar en mi casa, pensé: «Antes de irme, la volveré á ver todavía...»

***

...Y la ví á la mañana siguiente, porque entre los deudos y amigos que fueron á darme el último adiós y á *hacer el duelo* á mi pobre vieja desolada, estaban Juana y su madre. A nadie podía extrañar la presencia de la viuda en trance tan amargo para su amiga, y menos á mí. Harto sabía yo que en aquel instante, se colmaba uno de sus más vehementes deseos: por eso me dolieron mucho los hipócritas consuelos que á mi madre prodigaba muy compungida. Pa-

recíame que escarnecía su santo dolor. Pero como estaba allí Juana, acabé por perdonarle aquel fingimiento que me proporcionaba el gusto de tener cerca á mi novia, y aun cruzar con ella algunas palabras.

Por fin salí de mi casa; pero antes de doblar el coche la esquina, ví á Juana que, adivinando, sin duda, que su despedida entre tanta gente no me podía satisfacer, me saludaba desde el balcón de la suya, agitando al aire el blanco pañuelo y llevándoselo después á los ojos...

***

¡Madre de Dios! ¡Cuántas veces he visto luego con los ojos del alma, la imagen de Juana enviándome desde su balcón aquella postrera y muda despedida!

# II

Necesito contaros atropelladamente toda esta parte de mi vida.

Cuando el tren entraba en la estación de Madrid, iba yo asomado á la ventanilla, buscando con los ojos á los parientes, en cuya casa iba á vivir. ¡Qué tontería! no pensaba entonces, que nunca los había visto y que, por consiguiente, aun teniéndolos junto á mis narices, no los hubiera conocido. Paró, pues, el tren, bajé con mi menguado equipaje en ambas manos y me quedé confuso y cariacontecido, sin saber, durante unos instantes, qué partido tomar. Poco á poco iban desfilando todos los viajeros, y dominando aquella primera impresión de soledad muy parecida al abandono, eché á andar pensando que llevaba escritas en una hoja de mi cartera, las señas de la casa de mis parientes y que lo lógico, por lo tanto,

era tomar un coche y dirigirme á ella. Allí me esperarían. Después de todo, eran las seis de la mañana—de una mañana de invierno triste y nubosa—y no era justo que aquellos buenos señores estuvieran helándose por mi causa en la estación á horas tan desusadas y crueles.

Como iba muy rezagado, ví desfilar el último *simón* cuando yo salía. Pero allí quedaban, para recurso de viajeros torpes y bobalicones como yo, tres ó cuatro vehículos, mitad tartana, mitad cajón con ruedas que, después supe—y lo debí adivinar por experiencia propia – que se llaman *quebranta-huesos*. Dí, pues, con los míos y con mi equipaje en uno de ellos que, con carga tan liviana empezó á rodar dando tumbos, por esas calles de Dios, que á mí me parecieron tristonas é interminables en mis primeras miradas á través de los sucios cristales del carricoche. Se detuvo éste, por fin, frente á una casa, en una calle estrecha y sombría; me apeé, pagué *la carrera*, volvió á trotar el penco y heme allí en mitad del arroyo mirando al número de la casa, cuya puerta cerrada á piedra y lodo, parecía negarme

la hospitalidad. Este nuevo y trivialísimo percance aumentó el desconsuelo sentido al bajarme del tren.

¿Se habría estraviado la carta en que mi madre anunciaba á su cuñado mi viaje? Todo podría ser; pero mi soledad en la estación, el quebranta-huesos, aquella puerta cerrada y el vientecillo helado que me azotaba las orejas, empezaban á darme mala espina.

Parado estaba en la calle, luchando á brazo partido con mis indecisiones, cuando vino á sacarme de ellas ¿quién diréis? pues un barrendero compasivo que con la escoba al hombro, sostenida entre el pecho y el antebrazo para poder *soplarse* libremente las manos, se encaró conmigo y me dijo: «El serenu se retiró tiempu ha; *llame* al *llamador*...» y dado el consejo, siguió chapoteando con los zapatones calle arriba. Llamé efectivamente, una vez, dos veces; pero que si quieres; la puerta inhospitalaria no se abría. Y como, en medio de todo, me embargaba cierta emoción mezclada con algo de temor de molestar demasiado con mis porrazos, tomé el partido de esperar á que abrieran

la puerta, sentándome en el umbral con mi maletilla al lado y tiritando de frío. Gracias que no pasaba mucha gente.

A las siete menos cuarto, la terrible puerta se abrió. Es decir, la abrió el portero al cual me dirigí resueltamente interrogándole:

—Diga usted, ¿vive en esta casa D. Braulio Aguilar?

Entre mirarme, acabar de abrir la puerta y pensarlo, tardaba el demonio del viejo en responderme. Yo me preguntaba con angustia: ¿A que resulta que aquí no vive *nadie*?

Me equivoqué afortunadamente; porque al fin, el cancerbero de aquello que á mí se me antojaba ya antro inaccesible, me contestó:

—Aquí vive el Sr. de Aguilar: tercero de la izquierda.

Sin más explicaciones iba á echar escaleras arriba, cuando el portero me detuvo, interrogándome á su vez inquisitorialmente:

—Menos prisa, caballerito; ¿usted, quien es? ¿usted, á donde va?

—Contestaré á ambas cosas—dije picado por su gestecillo de desconfianza—yo soy

Pepe Aguilar, sobrino y sobrino carnal por parte de padre, de D. Braulio Aguilar; vengo á vivir en su casa y en ella me esperan... ¿Quiere usted saber algo más?

Aunque no dejó de sonreirse al oir aquello de que *me esperaban*, dióse sin duda por satisfecho y añadió:

—Bueno, bueno; suba pues; ¡como hay tanto pillo!...

Cuando tiré del cordón de la campanilla, temblaba como un azogado. Era aquella la última etapa; pero ¿cómo sería Dios poderoso?

Veréis como fué

Al segundo campanillazo, *rás*, *rás*, se abrió... ¿pensaréis que la puerta? pues no fué la puerta, sino la mirilla; un hueco á la antigua con dos hierros en cruz, por el cual columbré un rostro horrible, medio oculto por el pañuelo de la cabeza. «Tras de la cruz el diablo», pensé muy intranquilo. Y vuelta á la misma escena de la portería y á las mismas preguntas; pero aún más agrias que las del portero. Presenté de nuevo mis documentos en regla y al fin, ¡al fin Señor Dios de todas las cosas! pude dejar

la maleta de la mano y desplomarme en una silla de la antesala.

La vieja que me había abierto la puerta, me dijo entonces, ya más dulcemente.

—¿Conque usted es el sobrino *del señor?* Ya, ya *el señor* sabía su viaje y *le esperaba...* Solo que *el señor* está muy *tocado* del pecho y se levanta tarde... Ya ve usted, con estos fríos... Aún está en la cama; pero espere, espere aquí y le avisaré.

—¿Y mi señora tía?—me atreví á preguntar á la vieja—¿está también acostada?

—Cierto que lo estará: la *señora* se levanta también tarde, porque, según dice, coge el sueño de madrugada con las toses y ahogos *del señor...*

—Bien, bien—repliqué, más muerto que vivo con aquella acogida—pues no les moleste; que duerman ¿sabe? yo esperaré aquí.

Debí de decir esto con un tono tan resignado y compungido, que la vieja exclamó:

—Un día es un día... y á despertarlos voy, que usted vendrá cansado.

Poco después oí, hacia la habitación inmediata, los carraspeos de mi tío y otra voz femenina, no muy dulce y agradable, que

parecía protestar del madrugón (á todo esto, eran las ocho). Después ruido de sillas y abrir de ventanas, y por fin, la voz de don Braulio que me llamaba:

—Entra hombre, entra por acá, que ya estoy vestido.

Entré en un gabinetillo pobre, desordenado y muy sucio, (según alcancé á ver á la primera ojeada) al fondo del cual, había una puerta de cristales con visillos de percalina roja. Aquella otra estancia debía ser la alcoba conyugal; suposición que yo fundaba, en que oía rebullirse en ella, con ruido de enaguas á mi señora tía, y en cierto olorcillo acre y desagradable de leonera.

Mi tío D. Braulio, me recibió bastante amable y hasta se excusó por no haberme ido á esperar á la estación, con lo cual decidí no relatarle mi desastrosa odisea, desde la estación á su casa, pasando por la portería y por la mirilla con el diablo, digo, la vieja, detrás de los barrotes en cruz.

D. Braulio frisaba en los 65. Era un hombre como un castillo; pero por lo que pude observar, á poco de entablar conversación con él, todo aquel corpachón, toda aque-

lla fortaleza, se venía abajo con estrépito al menor golpe de tos. Y la tos era tan continuada y sofocante, que mi señor tío se ahogaba entre palabra y palabra. *Tocado* y bien tocado del pecho; como decía la vieja.

Durante uno de sus violentos accesos, mientras me honraba con cuatro cumplidos y otras tantas frases de mentiroso afecto por mi madre y por mi padre, «su difunto hermano», volví á escuchar la voz de mi tía gritando desde la leonera:

—¿Lo ves? ¿lo estás viendo? ¿Ya te dije que ibas á pagar muy caro el madrugoncito? Tose, hijo; tose y revienta tú y reventemos todos.

Yo sí que quedé *reventado;* porque ¿qué podía esperar después de semejante fineza?

Aún tuve que agradecerle á mi tío, la buena voluntad con que contestó:

—Pero mujer ¿querías que siguiera roncando sin dar un abrazo á mi sobrino?

En aquel momento se entreabrió la puerta de la leonera y apareció doña Asunción —este era el nombre de mi tía—desgreñada y á medio vestir. Me hizo mucho peor efecto que mi tío. Era una mujercilla alta,

escuálida, angulosa, cetrina, los ojos verdes y traicioneros, la boca muy sumida y entre rojizas y grises las greñas. Una harpía, dicho sea en honor de la verdad. Después del recibimiento que me había hecho, poco podía esperar de ella; pero con gran asombro mío y sin duda por corregir su grosería, estuvo más suave conmigo, sin que se entienda por esto que, su suavidad fuera cosa del otro jueves. Sin embargo, llamó á la vieja y la encargó que trajera el desayuno «*para todos*» y recalcó la palabra con un amago de sonrisa, fijando en mí sus ojillos verdes, como preguntándome: «¿qué tal? ¿eh? ¿seré yo generosa?

Mientras tomábamos el chocolate, doña Asunción me habló de la pícara enfermedad de mi tío, que los tenía arruinados entre médicos y boticarios ladrones...; de lo caro que todo estaba en Madrid; de lo difícil que iba siendo la vida; de todo aquello, en fin, que podía hacerme recordar, si es que lo había olvidado, que yo iba á ser una nueva carga para la familia.

Dos ó tres veces me había llevado la mano al bolsillo interior de la chaqueta, don-

de guardaba unos cuantos billetes bien plegaditos en mi cartera; pero la volvía á retirar ruborizado de que pensaran que comprendía el juego y adivinaba las *indirectas*. La vergüenza que á doña Asunción le faltaba, la sentía yo por ella, y el caso no es tan raro que necesite explicación. Por fin, tímidamente y salvando, en lo posible, su falta de delicadeza, exclamé:

—Ya sabe el tío que yo no quiero serles gravoso; eso de ninguna manera. Ya se lo habrá dicho mi madre al escribirles. Y como ciertos asuntos se han de tratar pronto, aunque ustedes son muy bondadosos y muy amables conmigo, cuanto antes mejor. Y eché por quinta vez mano á la cartera, pero agarrándola ahora con decisión.

—¡Caramba, hombre—exclamó algo abochornado mi tío, y queriendo disimular su turbación con una chanza—nadie te pone un trabuco al pecho, ni te pregunta por la edad que tienes.

Pero como yo veía fijos en mí y con súbitos chispazos de codicia los ojillos verdes de doña Asunción, atajé á D. Braulio y añadí muy resuelto:

—Nada, nada, tío; la formalidad ante todo. Mi madre me dió esta suma (sacando los billetes) con expreso mandato de entregársela á usted, y tengo que obedecerla. Vea usted, son seis billetes de á cinco duros, que hacen 30, ¡harto sé yo lo que cuesta la vida! Denme de comer con esos 600 reales durante los primeros dos meses... y quedaré agradecidísimo.

Doña Asunción que, no esperaba el adelanto, aunque la suma estaba convenida con mi madre, echó la zarpa á los 30 durejos sin disimular su alegría, mientras mi tío exclamaba, algo corrido de la listeza de uñas de su mujer:

—Bueno, hombre, bueno; ¡ya te saliste con la tuya!

Y con esto, y con responder afirmativamente á su pregunta de si quería descansar, me guiaron á un cuartucho, sin más ventilación que un ventanuco junto al techo abohardillado, ni más muebles que un mal catre y una silla, y diciéndome: «este es tu cuarto, hijito»; se marcharon. Cerré yo por dentro y caí en el camastro, rendidas las fuerzas corporales y rendido ¡ay! el

espíritu por la más triste y más negra de las amarguras.

***

Iba á decir que dormí, pero no, aquello no era sueño; pesadilla horrible, tenebrosa, eso es lo que fué.

Apenas cerré los ojos cuando empezó el tormento. Primero era el tren que, saltando bruscamente de la vía se lanzaba al espacio, cayendo, por fin, con infernal estrépito en la estación; después el carricoche estrellándose contra todas las esquinas y saltando en pedazos junto á la casa de mi tío; luego, yo mismo, ensangrentado, descoyuntado, casi deshecho en mitad de la calle, queriendo gritar y pedir socorro, sin que la voz saliera de mi garganta. En esto llegaba un barrendero que empezó á barrerme con la escoba, tomando mi cuerpo magullado por un montón de basura, hasta que, al fin, comprendiendo su error exclamaba riéndose: «¡Calle, pues si es un hombre!»... y me dejaba junto á una puerta. Después, unos golpes estrepitosos que me

sonaban dentro de la cabeza; una mujer muy alta que me clavaba las uñas en el cuello hasta hacerme sangre...; y más confuso, más vago, como la lejanía de un paisaje ó el fondo abocetado de un gran cuadro, veía á mi madre llorando al hijo ausente en un rincón de la cocina de mi casa; y otra imagen dulce, delicada, de ideal hermosura que desde su balcón agitaba su pañuelo blanco llevándoselo después á los ojos...

Desperté cubierto de sudor, lleno de angustia y en esa especie de penumbra que separa el sueño de la lucidez perfecta, me pareció que aún estaba allí la mujer alta y flaca de las uñas afiladas y los ojos verdes; vi junto á la mía su cabeza, sus greñas grises y sucias y por un extraño capricho de mi imaginación enferma, las comparaba con otras canas, limpias, blancas como hilos de plata, que tantas veces había besado con filial respeto.

# III

Ya habréis adivinado que mi vida en aquella casa, ni fué muy regalada ni muy alegre. Mi tío no era malo en el fondo; pero le dominaba por completo doña Asunción, ¡y ésta sí que lo era! No tardó en mostrarme la horripilante fealdad de su alma, sin tratar de disimularla; echábame en cara el mendrugo que me comía y eso que estaba pagado hasta con esplendidez ¡tan duro era! Consistía todo su afán, en hacerme comprender que no pagaba con mis ochavos el misérrimo hospedaje que me daban. Así pasaron algunos meses, durante los cuales, fueron mi único consuelo las cartas de mi madre y las de Juana, que devoraba más que leía, encerrándome en mi cuarto para llorar más libremente.

En tal situación de ánimo y por delante una perspectiva tan negra, no servían de

lenitivo á mis penas ni los solitarios paseos que de cuando en cuando daba por las calles de Madrid. Respiraba una atmósfera más pura que en casa de D. Braulio; no tenía ante mis ojos la terrible imagen de doña Asunción; pero como sentía hambre de afectos, la santa nostalgia del hogar, al encontrarme solo entre tanta gente extraña y desconocida, se apoderaba de mí un profundo desconsuelo, y volviendo de nuevo al *antro*, me encerraba en mi cuarto acobardado y desfallecido. Con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, pasábame las horas en muda y dolorosa abstracción. *Me veia* en mi pueblo, junto á mi madre, junto á Juana; evocaba los menores detalles, los más triviales recuerdos de mi vida; escuchaba, á veces distintamente, hasta el són familiar de las campanas de mi iglesia llamando á misa ó tocando á la oración; frente á mi casa, había un herrero que forjaba el hierro en un yunque colocado á la puerta de la fragua; pues me parecía oir el eterno *tac tac* de su martillo, que tenía en mi corazón un eco dulce y agradable. De pronto, un golpe de tos de mi tío ó la voz

chillona de doña Asunción, rompían el encanto sumiéndome de nuevo en las negruras de mi destierro. Cuando sentía que las fuerzas iban á abandonarme, tomaba bruscamente la resolución de escribir á mi madre lo que me pasaba; pero un sentimiento de piedad detenía mi pluma y me decidía á afrontar el tormento como víctima resignada.

Mi alma se hubiera ido endureciendo poco á poco y tal vez llegado á soportar este género de vida; pero entonces mi mala estrella me deparó un nuevo suplicio, peor mil veces que el primero.

Las cartas de Juana, al principio frecuentes, iban siendo cada vez más escasas, aunque no menos cariñosas. Me indicaba mi novia, que la malquerencia de su madre se había exacerbado, haciéndose más tenaz su oposición á nuestros amores; sin duda pensó que la ausencia los cortaría de una vez, y al convencerse de lo contrario, y aprovechando la separación, daba *la viuda* su última batalla. Batalla terrible, porque yo veía que Juana se iba rindiendo; á la escasez de las cartas siguió el laconismo:

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA



«no podía escribirme largo; su madre la celaba constantemente: ¡si yo viera con qué ahinco la perseguía!...»

Por si algo faltaba, mi pobre vieja, á vuelta de mil excusas para sus cuñados, me decía en una de sus cartas que no le era posible enviar los quince duros de mi pensión hasta mediados del mes que corría. «...No se vendía el grano... los compradores no parecían por ninguna parte; en fin, mis tíos tendrían un poco de paciencia, ya que en todo eran *tan buenos* para conmigo...» ¡Pobre señora! Yo adivinaba en sus torcidos renglones todo el rubor que la falta de recursos le producía!...

Tuvo que oir doña Asunción cuando, más muerto que vivo, le fuí con la embajada. —«¿Si creería yo que ellos nadaban en la opulencia?... Pues hijito, piensa como te las gobiernas, porque nosotros...» Tan irritada se puso, que mi tío ni aun se atrevió á aventurar una disculpa.

A todo esto, yo no estudiaba ni me empleaba en cosa de provecho; ¡tan conturbado estaba mi ánimo! La brutal avaricia de doña Asunción, y, más que nada, el

punzador remordimiento que me acometía siempre que pensaba en el heroico sacrificio de mi madre, me inspiraron la idea de buscarme aquellos quince duros por mi propio esfuerzo, apelando á mi aptitud y á mi afición por el dibujo, sin decir, por supuesto, á mi madre, que renunciaba decididamente á los estudios. Como nunca faltan, en medio de las mayores tristezas—sobre todo en la juventud—horas buenas de saludable energía, vi de repente, al tomar esta decisión, un punto luminoso, brillante, en mi porvenir negro é inseguro. Lo que sucedió después, al llevarla á la práctica, fué que el punto, con no haber sido nunca muy grande, se estrechaba, se reducía, llegaba casi á desaparecer. Lo obscurecieron los primeros desengaños y el desaliento que á ellos seguía; pero no cejaba en mi propósito y marchaba en línea recta, siempre hacia adelante.

Al principio, doña Asunción, encontró en mi honrado trabajo, nuevos motivos para mortificarme y saciar sus agresivos instintos. Me llamaba «pinta-monas», y calificaba de «mamarrachos» mis dibujos (que no

eran, en verdad, cosa perfecta ni mucho menos), y además se quejaba de que mi cuarto estaba siempre hecho un basurero. Las primeras monedas que la entregué, modificaron un tantico su actitud; pero como no eran muchas, ni las entregas muy frecuentes, nunca le faltaba ocasión para zaherirme. ¡Si ella supiera á qué precio las ganaba! Empecé á conocer entonces las intriguillas, los odios, las espinas del oficio que, á mí, pobre novato, se me clavaban en el alma como punzantes alfileres.

Pasó aquel mes y pasaron otros, y con más ó menos puntualidad llegaban los quince duros de mi madre; pero llegué á convencerme de que mi trabajo resultaba inútil para mis fines, porque la insaciable doña Asunción, se guardaba el estipendio de mi hospedaje y el fruto de mis desvelos y sudores, muy satisfecha del inesperado refuerzo. No era esto lo que yo pretendía; antes por el contrario, cifraba todas mis esperanzas en poder escribir á mi madre: «Desde hoy no te preocupes de mí más que para quererme; gano lo suficiente para poder ahorrarte el sacrificio; vive tranquila.»

A costa de grandes esfuerzos conseguí, por fin, reunir los quince duros indispensables, y algunos meses afortunados, hasta diez ó doce más.

Cuando ví asegurada mi ganancia *me planté*, y me dije á mí mismo pensando en doña Asunción: «Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí.»

No con tanta firmeza como á solas tenía, pero sí con bastante resolución, me encaré una tarde con *el basilisco*, y, sacando fuerzas de flaqueza, le dije:

—Señora, voy á escribir á mi madre diciéndola que, de aquí en adelante, yo mismo subvendré con mi trabajo á mis necesidades en esta casa; entregaré á usted puntualmente los quince duros de mi pensión y aún algo más si usted lo cree justo: también lo es que ella no se sacrifique por mí, como hasta ahora.

¡Dios de Dios, cómo se puso! Palabra de honor que tuve miedo. «¿Tú, tú vas á ganarlo? ¿Tú vas á *pagarme?*» Y clavaba en mí sus ojos asesinos, más verdes, más torcidos, más traidores que nunca. Ultimamente me llamó «soberbio, vanidoso, po-

bretón», y hallando, en fin, para mi cruz un *Inri* burlesco, me escupió al rostro muy seriamente esta palabra: «*desagradecido*».

Todo tiene un límite: mi paciencia lo tuvo. Erguí la cabeza, decidido á romper mi cadena, á morirme de hambre antes que seguir soportando mi vergonzosa esclavitud, y, sofocado por la ira, por la indignación, grité:

—Señora, guárdese sus favores y sus beneficios; guárdese su amorosa y dulce protección, porque el pobrete, el desagradecido, no los necesita para nada y se marcha ahora mismo de esta casa odiosa para no volver.

... Y sin dar oídos á sus denuestos, sin despedirme de mi tío, al cual compadecía en el fondo de mi alma, porque no podía hacer lo que yo en aquellos momentos hacía, abrí la puerta, bajé las escaleras saltando casi los tramos enteros, traspuse el umbral... y así salí de aquella casa inhospitalaria, á la cual había llegado un año antes, cuando aún conservaba en mis mejillas el suave calor de las caricias maternales.

Al salir, no me limpié los zapatos... y toda mi vida lo he sentido.

# IV

¡Cómo relataros ahora aquella segunda jornada de mi vida en Madrid! Os lo diré pronto: no fué tan humillante; pero sí tan dolorosa como la primera. Vivía tan humildemente, que la humildad rayaba en miseria. Decidido á no aceptar el auxilio de mi madre, que sabe Dios á costa de cuantos esfuerzos me lo prestó hasta entonces, fingí que ganaba lo suficiente para vivir con cierto decoro, y, por si acaso mis tíos le escribían desfigurando los hechos, le relaté lo ocurrido, aunque atenuando en lo posible el despego con que me habían tratado mis parientes, porque harto comprendía yo lo mucho que esto había de mortificarla.

Quiero pasar como sobre ascuas por toda esta parte de mi vida. Hay en ella más que grandezas de lucha, que siempre la lucha

honrada resulta grande hasta en el vencimiento, pequeñas miserias, decaimientos cobardes, horas muy negras, tan negras, que aún hoy mismo, mi imaginación se resiste á evocarlas.

Juana me escribía cada vez más de tarde en tarde. Adivinaba yo en sus cartas, algo más terrible que la dificultad de escribirlas por la vigilante tenacidad de su madre; adivinaba, con el alma traspasada de dolor, que me iban robando su cariño; que aquel corazón, tan noble y tan mío, me era arrebatado á traición, poco á poco, pero con desesperante constancia.

Por este tiempo, una carta de mi madre vino á sumirme en honda desesperación. Me daba á entender, con piadosas atenuaciones, que se sentía enferma; «muy vieja», decía ella; pero yo comprendí al punto, que no era sólo la pesadumbre de los años la que le arrancaba aquellas dulces y resignadas quejas.

Un solo pensamiento me dominó entonces: volverla á ver, besar sus canas, reanimar á la pobre vieja con mis caricias. —«No tengas miedo; espera un poco —le escribí—

nada más que unos días, y me tendrás á tu lado.» Y así lo hice; forcé mi pobre máquina, sufrí desaires, apuré todo linaje de amarguras; pero reuní la cantidad necesaria para el viaje, quince días después de mi carta. Ni una sola de Juana llegó á mis manos en todo ese tiempo.

* * *

Después de una noche eterna, durante la cual no pude cerrar los ojos ni un solo instante, llegó el día, claro y esplendoroso; transcurrieron las primeras horas de la mañana, y ya el tren iba corriendo por la vega de Múrcia. Mi espíritu se ensanchaba; mis pulmones aspiraban con placer el aire oxigenado, y á medida que iba acercándome al pueblo, á mi casa, sentía que la carga de mis penas era más leve, como si las fuera dejando atrás, arrojándolas en el camino á lo largo de la vía.

Con los codos en el hueco de la ventanilla, insensible á la tromba de aire que me azotaba el rostro, pensaba en mi madre, á la cual iba á ver ¡si parecía mentira! antes

de tres horas; y después de saturar mi espíritu en la pureza de su santo recuerdo, mi corazón lo compartía, sin remordimiento alguno, con otro afecto dulcísimo, y sin darme cuenta, mis labios murmuraban: «Primero veré á mi madre, después á Juana; tal vez al mismo tiempo, porque mi madre me esperará en la puerta y Juana en su balcón.» Al pensar en mi novia, una nubecilla empañaba el purísimo azul de mi cielo; pero era tan tenue, que apenas se dibujaba su contorno indeciso. ¡Una vez al lado de Juana, que vinieran á arrebatármela, que se empeñara la viuda en robarme su corazón! Lucharíamos frente á frente, y yo tenía la seguridad de la victoria... Pero, ¿por qué no me había escrito? ¿Sabría mi llegada? Ciertamente que sí. ¡De seguro que mi madre la había pregonado por todo el pueblo!... «¿Saben ustedes?... ¡Mi hijo llega mañana!» Como si lo oyera.

Y llegué á mi pueblo, y á mi calle, y á mi casa; y mi madre me esperaba en la puerta; pero Juana no estaba en su balcón.

No tuvo tiempo aquella primera y triste impresión de apoderarse de mi espíritu,

porque, al arrojarme en los brazos trémulos de mi madre, todo otro sentimiento desapareció, como anegado en mi ternura, como borrado por aquella suprema emoción. Ni ella se cansaba de mirarme, con los débiles brazos echados á mi cuello, ni yo acertaba á romper tan dulces lazos.

Los amigos que, con mi madre, habían esperado mi llegada, fueron desfilando poco á poco discretamente. Cuando nos dejaron solos, nos sentamos muy cerca, bajo la vieja chimenea del hogar. Entonces me di cuenta de los estragos que aquel año y medio de ausencia había causado. Mi pobre vieja estaba pálida como la cera; tenía los ojos hundidos y muy brillantes, como si toda la vida se reconcentrara en ellos para mirar me; su cabeza se inclinaba sobre el pecho, y algunos mechones de sus cabellos, antes grises, se habían tornado más blancos que la nieve. Fué el examen tan rápido como doloroso; pero no pasó inadvertido para mi madre que, queriéndose sonreir, pero con voz muy triste, me dijo:

—Me encuentras muy vieja, ¿verdad?—

Y como yo, embargado por la emoción, no

contestase, añadió con resignada dulcedumbre: —¡Ay, hijo mío, á mi edad no pasa en vano ni un solo día, y hace año y medio, un siglo, que te fuiste!

Después, ella misma, queriendo variar la conversación, para no entristecerme, exclamó:

—¡Tú sí que estás hecho un buen mozo! Tampoco para ti han pasado en balde los días; sólo que tú vas para arriba, hijo de mi alma... —y clavaba en mí sus ojos con maternal regocijo y me hablaba de lo mucho que había cambiado: «¡si parecía un hombre!... pero me encontraba la mirada más triste, «quizá el cansancio del viaje, ¿verdad?»

—Sí, madre mía, sí; eso será, el cansancio. Pero no temas, pronto volverás á verme alegre como siempre; yo te lo prometo.

De pronto, contradiciendo mis palabras, sentí una cruel angustia, á duras penas reprimida y mal disimulada. Recordé que Juana, á mi llegada, no estaba en el balcón, ni habían acudido después su madre y ella á darme la bienvenida. Por muy mal que me quisiera *la viuda*, siempre esperé yo de

su hipócrita cortesía un cumplido de vecindad. Y pasaba el tiempo sin que apareciesen. Mi madre debió leer en mi pensamiento, pero nada me decía; la miré, y estaba más angustiada que yo mismo. Al fin me decidí á interrogarla.

—Perdóname, madre, yo no debiera pensar más que en ti en estos momentos; pero tú eres tan buena que disculparás mi impaciencia. No la he visto á mi llegada, no la he visto aún y ansío verla.

Con la voz súbitamente enronquecida, como si una mano invisible y traidora le apretase la garganta, mi madre contestó:

—Me hablas de Juana...—y se detuvo bruscamente.

—Sí, de Juana te hablo; de Juana, que no ha venido, que no viene.

Haciendo un esfuerzo doloroso, me replicó:

—Juana, pobre hijo mío, no está ya aquí...

Y viendo que yo palidecía, sin acertar á decir palabra, contestó:

—Juana y su madre se fueron del pueblo ayer mismo, sin que nadie supiera su de-

cisión hasta pocas horas antes de emprender el viaje.

Pensé que algo se desplomaba sobre mí al escuchar la revelación de mi infortunio. ¡De mi infortunio, sí! Porque comprendí que aquel viaje, aquella negra traición, significaban mi vencimiento completo y definitivo. ¡Ah, *la viuda* me ganaba la partida, me arrebataba á Juana, se burlaba de mí! Tuve un instante de cólera, de rabia impotente. Mi madre la respetaba en silencio. Sólo cuando yo me arrojé en sus brazos, vencido, aniquilado por aquel inmenso dolor, los abrió dulcemente para recibirme en su regazo, al mismo tiempo que exclamaba:
—¡Llora, hijo mío, llora...

***

Dios sabe á qué extremos de desesperación me hubiera entregado, si otra pena—no sé como decirlo—más *sagrada*, no hubiera adormecido mi sensibilidad para todo lo que fuera extraño á ella.

Mi madre estaba muy enferma; se iba apagando su vida como lámpara sin aceite.

¡Lo conocí antes de transcurrir la primera semana! La emoción, el placer de tenerme á su lado habían encendido en aquella lumbre que se extinguía una débil y fugaz llamarada; pero, rendida la naturaleza por aquel último esfuerzo, sobrevino la postración, la atonía.

No había entrado en mi casa la Muerte, pero estaba en el umbral de nuestra puerta mirando hacia adentro. Y un día entró, sin que yo pudiera atajarle el paso, y se llevó á mi madre. La vió llegar serenamente, como á una amiga á quien se espera desde hace tiempo, y, como tenía sobre su pecho un crucifijo y una de mis manos entre las suyas, mirándome con placidez de bienaventuranza, se despidió de mí murmurando:

—¡Dios está conmigo y tú junto á mí: muero tranquila!...

Al otro día se la llevaron para siempre. Al resplandor amarillento de las luces mortuorias, sobre la misma mesa enlutada en que habían descansado sus restos benditos, mientras en la tierra cavaban un hoyo que los recibiera, dejé caer mi cabeza ocultándola entre las manos, traspasada el alma,

secos los ojos, porque el dolor me negaba el tributo del llanto...

Fué mucho después cuando, alzando la frente, y al ver mi casa desierta, mi vida truncada en el espacio breve de unos instantes, pude al fin llorar y protestar de tanta desdicha:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué cruel eres y qué solo me dejas!...

# V

Como las horas luminosas y alegres llenan el mismo espacio que las tristes, aunque medidas por el dolor sean más largas, pasaron los primeros días, pasó un mes entero y mi espíritu fué recobrando su equilibrio.

Seguía compartiendo en el fondo de mi alma dos recuerdos: el de mi madre, muerta, y el de Juana, ausente. Medía esta pena doble y sin consuelo con más exactitud, pero también con más resignación. Me parecía, á veces, que se trataba de dos sucesos muy lejanos. Con frecuencia llegaba á confundirlos, á amalgamarlos, á hacer una sola de dos penas tan diferentes.

De aquella precipitada fuga de *la viuda* y su hija, fuí conociendo algunos pormenores. El proyecto había traslucido más de lo que mi madre pensaba, sólo que el secreto

fué mejor guardado pára ella, cosa harto fácil. Me contaron que la madre de mi novia había repetido en diversos sitios y ocasiones que yo *no volvería á ver* á Juana; cuando el anuncio de mi regreso al pueblo llegó á sus oídos, hasta se jactó de que iba á cumplir su promesa. Muchos no lo creyeron hasta verla salir de Villalegre.

Tampoco era el misterio tan absoluto que no supiesen algunos á donde llevaba á su hija, la viuda. Según los informes de los que estaban mejor enterados, la *secuestraba* en la finca de unos parientes, una casa de campo á unas cuantas leguas de Málaga. Pero todo esto, ¿qué me importaba á mí? Si Juana hubiera seguido queriéndome, ¿podía haberle faltado un minuto para escribirme, para animarme, para darme nueva fe de su amor? No, la separación era poca cosa; un detalle trivial.

Me *resigné*—de algún modo tengo que decirlo—á perderla para siempre: lo que no pude hacer fué olvidarla, porque nadie doma el corazón rebelde. Además, mi amor, por instinto de conservación, se aferraba desesperadamente á esta idea: «¿Y si Juana me

quiere? ¿Y si en todo esto no hay una traición odiosa, sino una violación abominable de su voluntad?» Y entablaba conmigo mismo este diálogo: «¿No hubiera vencido, queriéndome, todos los obstáculos? ¿No los había vencido en otras ocasiones?— Sí, pero entonces estaba yo junto á ella; una mujer sola es doblemente débil. —¿Y la escasez de sus cartas en los últimos meses?—Puede explicarse por la redoblada vigilancia de su madre.—¿Y aquel cansancio de luchar, aquel repentino *enfriamiento* que yo adivinaba entre líneas con verdadero espanto? A esta pregunta extrema, ya no contestaba satisfactoriamente; vacilaba como un polemista á quien de pronto falta el argumento, y acababa por decirme:—«Te cansas inútilmente; la traición es cierta; *esto se acabó.*»

Un día, me dijo no sé quién, sin duda para *consolarme:*

—Yo las vi cuando salían del pueblo...

Buscando aquel pícaro argumento que siempre me faltaba, le interrogué:

—¿Y la viste de cerca? ¿Estaba muy triste?

—¿Muy triste? Nada de eso; muy tranquila.

Aún tuve el heroismo de pensar: «—Iba muy tranquila, *al parecer*, porque es orgullosa; tal vez sufriera horriblemente.

Casi sin darme cuenta de ello, alimentaba una esperanza: la de que Juana me escribiera. Pasaron quince días más, y Juana no me escribió.

Figuráos un barco que ha flotado en medio del mar tres ó cuatro días, como un inválido empeñado en no rendirse; de pronto se abren las olas, el barco cruje y se hunde en el seno de las aguas; una agonía muy larga, y después el término lógico, la muerte; el naufragio total. Eso me pasó á mí; no encuentro manera más apropiada de expresarlo.

Mi estancia en el pueblo se me hizo desde entonces insoportable; ¿á quién le gusta encerrarse en el cementerio y vivir entre los sepulcros de los seres queridos? Mi pueblo era un cementerio grande, donde estaban enterradas mis esperanzas, y huí con espanto. No volví la cabeza más que á una tumba: la de mi madre. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

De nuevo en Madrid, sirvióme mucho el cruel aprendizaje del oficio hecho anteriormente. Dos años después conseguí una pensión en Roma, y emprendí mi viaje á la gran ciudad. El trabajo me había devuelto la salud del alma, fortaleciéndola, templándola como el martillo templa el acero, á fuerza de golpes. Como suele suceder á los que han sufrido alguna pena muy honda antes de cruzar el lindero que separa la adolescencia de la juventud, quedóme al traspasarlo, como fondo ó base de mi carácter, una vaga desconfianza y una resignada tristeza. No quiero decir con esto que fuera un hipocondriaco ó un misántropo; obrero incansable, la fe que ponía en mi trabajo era un constante antídoto que me preservaba de la enfermedad.

Viví en Roma, la ciudad-museo, ocho años; conocí todos los repliegues de la bohemia artística, hasta los más recónditos y menos sanos; pero si seguí algunas veces á mis camaradas por aquellos bajos fondos de la vida alegre, siempre salí de ellos con

cierto género de virginidad espiritual, porque cuando mis pies se hundían un poco en el barro parecía que una mano invisible me levantaba diligente.

El fenómeno es muy vulgar. El que haya querido mucho á una mujer, y, ausente de ella, dejándose arrastrar por la juventud loca, haya descendido á las grandes impurezas del amor liviano, habrá sentido después, al despertar del desorden, como de una pesadilla, cierto asco inmaterial, cierta depresión del espíritu, descontento de sí mismo, y habrá visto más esplendente, más luminosa que nunca la imagen, un momento obscurecida, de la mujer amada...

Sólo que mi *caso* no se explicaba tan fácilmente; porque, ¿qué mujer era aquella á quien yo quería y por quien era querido? ¿Juana quizá?

No la había vuelto á ver desde que salí por primera vez de mi pueblo. Después de aquella brusca interrupción de nuestros amores, y cuando el tiempo convirtió «*aquel afán, aquella angustia, aquella congoja, en plácida tristeza*», me encontré que seguía enamorado, ignoro si de Juana ó de *mi*

*amor*. No sé en cual, pero estoy seguro de haber leído en algún libro esto, que parece un gran disparate: «Hay una época en la juventud, en que se ama *al amor:* más tarde este vago sentimiento se encarna en un ser.» A mí me ocurrió lo contrario: primero amé á Juana, después me pareció que Juana había muerto, y seguí amando á un fantasma, á alguien que no existía y que no podía por lo tanto corresponderme.

No teniendo que guardar fidelidad á nadie, era fiel al único amor de mi vida: «Fidelidad egoísta á un pasado donde estaban mis únicas venturas!

...Trabajé sin tregua durante ocho años y logré, al fin, saber lo que era una victoria. Había sido muy humilde y muy pobre, y un día me di cuenta de que era dueño de un nombre y de unas cuantas monedas de oro que tirar. Entonces regresé á mi patria.

A poco de llegar á ella, me asaltó esta idea: «Ahora puedo, con sólo quererlo, averiguar el paradero de Juana». Y me sorprendió la facilidad de la empresa, como podría sorprender á un pobrete acostumbrado á la abstinencia forzosa el encontrar

de pronto en su bolsillo el dinero suficiente para aplacar el hambre y hasta colmar su gula.

Desde que me separé de Juana habían pasado cerca de doce años. Tenía yo veintinueve. La lucha diaria por la vida me había transformado por completo en un hombre que aparentaba treinta y tantos. Hasta tenía algunas canas.

Una noche me metí en el tren con billete para Málaga.

Fué mi primer capricho satisfecho.

FIN DEL PRÓLOGO

# LUCHA EXTRAÑA

## I

Á las dos de la tarde de un día de Agosto, de calor canicular, llegué á Málaga y me instalaba, poco después, en una fonda de la Alameda.

No trato de relataros mis primeras impresiones en aquella ciudad, enteramente desconocida para mí, y donde no tenía, al menos que yo recordara, ni un solo amigo.

También me sería muy difícil explicaros la razón de mi viaje. Sólo os diré que, cuando el tren salió de la estación de Madrid, yo mismo traté de inquirirla, algo perplejo y sorprendido de hallarme en el vagón. Supondréis que no me llevaba á Málaga ningún plan determinado, ni siquiera el de ver á Juana, que sabe Dios dónde estaría después de doce años, durante los cuales

no había tenido la menor noticia de su paradero. Lo cierto era, que yo me confiaba por completo á un azar de la fortuna, sostenido, sin darme cuenta de ello, por la insensata esperanza de volverla á ver; siendo lo más gracioso del caso, mi empeño en convencerme á mí mismo de que todo se reducía á la satisfacción de un capricho, en el cual mi corazón apenas si se interesaba. «Lo probable es que no la vea—me decía—y si *por casualidad* tropiezo con ella, lo natural es que se haya casado y que vaya con su marido; si se fija en mí, la saludaré muy ceremoniosamente; hasta puede ser que crucemos algunas palabras... y como la cosa no da para más, volveré á coger mi maleta y se acabó mi historia»...

Luego, en las primeras horas de la madrugada, dormitando penosamente en mi asiento, convertí esta hipótesis vulgarísima, pero racional, en otra más interesante y semitrágica. Me encontraba á Juana con su marido, y cerrándoles á los dos el paso, apostrofaba duramente, sin compasión, á *la traidora*. Juana se desmayaba al verme, la gente se arremolinaba, y—esto sí que era gracioso—mi ex-novia, al volver en sí, cogía mi brazo y se iba tranquilamente con-

migo, mientras el marido, estupefacto, se mesaba los cabellos.

También soñé que Juana no se había casado; que me aguardaba; que me quería más que nunca, y que éramos muy felices.

Al despertar, fatigado de tanto disparate, tardaba en darme noción exacta de la realidad, y como avergonzado de mis sueños, me decía: «¡Ah, sí; ya caigo! Estoy en el tren y voy á Málaga por el *capricho* de ver á Juana *si es que está allí*. ¡Cuidado con las estupideces que se sueñan!»

...Aquella misma noche me lancé decididamente á la calle y al acaso. La Alameda estaba llena de gente. En uno de los extremos, el que da al muelle doblando hacia la izquierda, había un teatrito de verano, donde se representaban funciones por horas; ví también diseminados aquí y allá varios kioscos de flores, barracones de construcción reciente, una tombola, y en el centro del paseo una gran *tienda* de madera—salón de baile de feria andaluza—con el nombre de no sé que Sociedad en uno de los arcos de entrada. Entonces me fijé en los cartelones, con el programa de los festejos próximos en grandes letras. La feria de Agosto.

Ya se advertían los preliminares. Las muchachas de la población paseaban cogidas del brazo, formando grupos, curioseando las instalaciones, deteniéndose un poco más ante el salón de baile, á medio decorar, como saboreando cercanas victorias. En algunos barracones se había anticipado el espectáculo; sonaban endiabladamente los organillos, y vociferaba el exhibidor de fenómenos con incesante movimiento de brazos, mal cubierta la melenuda cabeza con el casquete turco rematado en una gran borla. En otro rincón, un chusco de la Caleta vestido de payaso, con la cara embadurnada de albayalde, lucía sus habilidades sobre un tabladillo, tragándose ante la concurrencia atónita más de doscientas varas de cinta que luego *echaba* arrollándola en su varita mágica, entre los aplausos, las risas y el pataleo de los bobalicones. Málaga entera se divertía tomándose aquel alegre anticipo de la feria, respirando á pulmón lleno la brisa del Mediterráneo que apenas agitaba las hojas de los árboles, resecas y abarquilladas por el calor de Agosto.

...Me encontré más sólo que nunca en medio de aquel torbellino de gente, y fué

entonces, sólo entonces, cuando, sin distingos ni sutilezas engañadoras, me dí cuenta exacta de mi insensatez, preguntándome con disgusto: «Pero, ¿qué haces tú aquí?

No tuve tiempo de *contestarme*. Unos brazos vigorosos, me hicieron girar con fuerza sobre los talones, al mismo tiempo que una voz conocida me interpelaba con acento de cariñosa sorpresa: «¡Pepillo! ¡Tú en Málaga! ¡Tú en mitad de la Alameda mirando como un bobalicón al cielo! Pero, ¿qué es esto, hombre?» Conocí en seguida al que me zarandeaba con tanta efusión entre sus brazos. Era Germán Alvarez; un antiguo amigo de mis primeros años de Madrid, al cual había perdido de vista antes de trasladar yo mi residencia á Roma. Se me venía á la mano cuando más lo necesitaba, porque habéis de saber que el tal Germán Alvarez, era un andaluz más alegre que el sol de su tierra, más charlatán que los sacamuelas de los barracones, más curioso que una mujer y más preguntón que un catecismo; pero un corazón de oro. En suma; un excelente amigo, que ni llovido del cielo en las circunstancias en que yo me encontraba. Pocos abrazos he dado tan sinceros como aquel que le dí correspon-

diendo al suyo. En vez de contestar á las infinitas preguntas que me disparaba á quemarropa y sin tomar aliento, le interrogué á mi vez, como si temiera que de pronto se me escapase ó desapareciese:

—Pero, oye, Germán, ¿tú vives aquí?

—Para lo que gustes mandar: hace dos años y un pico que no salgo de Málaga. Pero, hombre, ¿no estás harto de saber que esta es mi tierra... y la de María Santísima, nuestra paisana...?

—Es verdad; debí recordarlo; pero ahora dime: ¿no piensas irte? ¿estás decidido á seguir en Málaga?

—¡Por vida de...! pues es claro; ¿dónde quieres que vaya?

—Es que me has dado un alegrón tan grande, que temo perderte de vista...

—Pues tranquilízate; y una vez que te hayas tranquilizado, dime qué haces aquí y por qué estás aquí...

—Pues mira: *como hacer*, no hacía nada; en cuanto á saber por qué estoy aquí, yo mismo se lo preguntaba á las estrellas cuando me encontraste mirando al cielo...

—¿Y el cielo no te contestaba?

—¡El firmamento permanecía *mudo* é *insondable* al llegar tú!

—Corriente: te estás burlando de mí.

—No es burla; palabra de honor.

—Pues te propongo una cosa.

—La acepto incondicionalmente...

—¿Ves aquella cervecería?

—La veo.

—Pues es la cervecería del León de Oro. Podemos entrar, sentarnos junto á la puerta, pedir cerveza y averiguar entre los dos qué es lo que tú haces aquí, ya que tanto trabajo te cuesta el saberlo. ¿Es buena idea?

—Es como tuya.

—Gracias.

Fué seguido escrupulosamente el programa. En cuanto Germán Alvarez apuró el primer trago de cerveza, dejó el vaso sobre el velador, y mirándome de hito en hito, con cierta fruición, exclamó:

—Vamos á ver si con un poco de buena voluntad resolvemos nuestro problema. Tú, ¿de dónde vienes?

—De Roma; es decir, ahora de Madrid.

—Y ¿cuantos días has estado en la Corte?

—Una semana justa.

—¿Has venido aquí con algún plan?

—No estoy muy seguro.

—¿Pero no lo niegas?

—Ni lo niego, ni lo afirmo.

—Tú eres pintor.

—¡Gran descubrimiento!

—No lo decía por eso; pero puedes venir aquí buscando inspiraciones. Este cielo es muy hermoso, aunque mudo é insondable para tí.

—No pienso pintar.

—Tendrás negocios que resolver.

—Ninguno.

—Parientes á quien visitar...

—Soy solo como los hongos.

—Entonces... chico, la verdad es que la cosa va resultando obscurilla. Pero se me ocurre una idea. ¿Vienes tal vez siguiendo una aventura?

—¿Una aventura? Mira, tal vez sí. Una aventura á modo de las de D. Quijote, con molinos de viento y todo.

—Luego tenías *negocios?*

—No; porque una aventura no es un negocio.

—Pero se le parece; hay aventuras que *quiebran* como los asuntos de Bolsa ó los mercantiles.

—Puede que sí.

—En resumen, ¿hay mujer de por medio?

—Tal vez.

—¿No lo sabes?

—No; puede haberla; puede haberse muerto; puede haberse casado.

—¿Muerta y casada? Eso es una redundancia.

—...Puede no estar aquí.

—Pero ¿ha estado?

—Sí; por lo menos, hace unos diez años estuvo.

—Larga es la fecha... ¿Y después?

—No he vuelto á saber de ella.

—Voy viendo alguna luz. Vienes á indagar su paradero.

—Puede que sí.

—Una pregunta aclaratoria. La dama en cuestión ¿fué tu querida? ¿tu novia?

—Fué mi novia.

—¿Y la quieres aún?

—Permíteme que no te conteste.

—¿Puedo yo ayudarte en tus pesquisas?

—Sin duda alguna.

—Sólo falta que me digas su nombre.

—Pues su nombre es...

El *bok* de cerveza, que en aquel momento me llevaba á los labios, cayó con estrépito sobre el velador, saltando en mil pedazos. Sobrecogido por una emoción honda, incontrastable, se apoderó de todo mi cuerpo un temblor convulsivo, un frío penetran-

te, como de terciana. Debí quedarme pálido como la cera. Germán asustado me había cogido un brazo y me interrogaba con sobresalto:—¿Pero qué tienes? ¿qué te pasa?

Apenas si tuve aliento para responderle con angustia:

—Cállate por Dios; espera un instante; no puedo hablar.

Entretanto pasaban frente á nosotros dos mujeres; una de ellas bajita y graciosa, de facciones menudas: la otra... ¡ah! la otra era una mujer soberbia, escultural, con aire de reina; moreno el rostro, negro el pelo como el azabache, los ojos negros, grandes, dulcísimos; llevaba de la mano un pequeñuelo que se tambaleaba por seguirla, prorrumpiendo á cada traspiés en una alegre risotada. Ella también se reía llevándole casi *en volandas*. Germán, á pesar de la turbación en que mi brusca congoja le tenía, las vió pasar, y me dí cuenta de que las saludaba familiarmente; primero quitándose el sombrero, después con la mano: «Adiós, Paquita; adiós, *Juana*...»

La mujercilla graciosa, la de las facciones menudas, agitó en el aire su abanico, correspondiendo al saludo; la otra inclinó la cabeza y contestó: «Buenas noches, Ger-

mán» Quise yo levantarme, seguirlas; pero caí de nuevo en mi silla, mientras Germán temeroso de algún accidente volvió á decir:

—¿Pero estás malo? ¿quiéres que nos vayamos?

—No; irnos no: ahora menos que nunca. Esto no es nada: ya lo ves, estoy tranquilo.

—Sin embargo, tu voz no es segura; ¡estás temblando, chico!...

Sin hacer caso de sus cuidados le pregunté:

—Dime, Germán. ¿Tú conoces á esas mujeres?

Miró alrededor y me replicó con asombro:

—¿De qué mujeres hablas?

—De esas dos á quienes saludaste... de esas que iban con el niño...

—¡Acabáras cristiano! Pues son... una doña Paquita y la otra su prima Juana de...

Con sudor de agonía, y cerrando los ojos después de la pregunta, como si esperara que la contestación fuera un mortal trabucazo á quema ropa, añadí:

—¿... y aquel niño?...

—¿El niño? ¡Ah, sí! Es de Paquita... Juana es soltera.¡

—¡Soltera!... ¿Estás seguro?

—¡Segurísimo, hombre! ¿Pero qué mosca te ha picado? ¿Por qué me miras con esa cara de condenado á muerte?

—No hagas caso de mi cara. Lo que quiero ahora, es que me respondas á esta pregunta: ¿Tú crees que esas señoras... me han visto?

—¡Caramba, es lo más fácil: han pasado junto á tí!

—¿Pero no observaste con qué serenidad te dió las buenas noches?

—¿Quién?

—¡Quién había de ser!... Juana.

—Ah, vamos ¿te extraña que me salude con serenidad? Mira, chico, yo voy á pedir socorro. Creo que has perdido el juicio...

Contuvo de pronto su hilaridad y sus bromas. Debió leer mi angustia en mi cara, porque súbitamente se puso muy serio, y en voz baja exclamó:

—Á tí te pasa algo; vamos, dejémonos de tonterías. Confíate á mí.

Haciendo un esfuerzo para serenarme le contesté:

—Sí, Germán; tienes razón. Comprendo que debo confiarme, entregarme á tí por completo. Hace un instante me brindabas

con tu ayuda; ahora la necesito más que nunca.

—Perfectamente; así hablan los hombres, Pepillo. Pero ¿sabes que me estoy consumiendo de curiosidad? Bueno ¿en qué estábamos? En que me necesitas; tanto mejor; me muero porque me necesiten. Ya te escucho.

—No estábamos en eso; estábamos en que iba á decirte un nombre y en que se me cayó de pronto de las manos el *bok* de cerveza...

—Pues pidamos otro *bok*, aunque lo rompas también, si te da la gana y venga el nombre.

—No hace aún dos minutos que lo has pronunciado tú mismo.

—¿Yo?

—Sí; dijiste: «adiós, *Juana*.»

—Calla; pues tienes razón. Y ahora caigo en que te turbaste y palideciste al pasar frente á nosotros Juana y doña Paquita... ¿Acaso la mujer de tu aventura...?

—Es esa misma Juana á quien saludaste.

—¡Por vida de... he debido comprenderlo! ¡torpe de mí! ¿De modo que tu emoción?

—Doce años sin verla ¡figúrate tú! doce años lejos de ella, como si nos separara esa fuerza oculta, misteriosa, que nos separa

del ideal... Y de pronto, como evocada por mi propio pensamiento, surge ante mí, más hermosa, más *radiante* que nunca. ¡La he visto tantas veces! Pero ahora, ahora era su imagen real, de carne y hueso ¿verdad? Hubiera podido acercarme á ella y estrecharla entre mis brazos, sin temor á que se desvaneciese como se desvanece una sombra. Luego... aquel niño que llevaba de la mano: ¡hubiera jurado que era suyo y entonces!... ¡cuánto he sufrido en un minuto, Dios mío! Pero en este instante, ¡qué alegría! ¡qué dulcísimo contento! ¡qué dicha más completa! Ya ves, ha pasado junto á mí. No sé si me ha mirado; pero no importa; *hoy creo en Dios*... ¿Y dices que es soltera, libre, enteramente libre? Esto es mucho más de lo que yo esperaba. Imagínate, hombre, que yo me daba por muerto, muerto y enterrado bajo una losa de plomo muy grande, muy pesada... y de pronto una voz me dice: «¡pero si puedes empezar á vivir! ¡si el pasado es una pesadilla muy triste! ¿Creías que el horizonte estaba cerrado? Pues nada de eso; míralo, abierto de par en par, luminoso, color de rosa!» Y me llevo la mano al corazón porque me duele de puro gozo, y lo siento agitarse con violencia, y me digo

asombrado: «¿pero eres suyo todavía? Y él latiendo vertiginosamente, sofocándome casi, me contesta: Pues ¿qué creías, pobre diablo? ¿que yo era un pedazo de carne insensible? ¿qué me habías domeñado y vencido? ¡Sí, sí! ¡ya estás fresco! yo te dejé venir y me estuve muy calladito, sin chistar, para jugarte, sobre seguro, esta mala pasada.» ¡Ay Germán de mi alma! ¿me comprendes ahora? Pues si me comprendes, no vaciles; pide socorro, como decías antes, porque voy creyendo que tienes razón, que me he vuelto loco...

Germán me miraba entre sonriente y compasivo, y cuando terminé mi desatado discurso, hizo este lacónico y exactísimo resumen:

—¿Acabaste? Bueno; pues se hizo la luz. Ya no queda nada por saber. Estás enamorado de Juana como un bobo; por Juana viniste aquí, y á Juana andabas buscando entre las estrellitas cuando tuve la buena suerte de topar contigo. Sólo que—¡claro está!—como Juana no es estrella, más que poéticamente hablando, has tenido que descender á la tierra para encontrarla.

Luego, como si repentinamente le asaltase una duda, siguió diciendo:

—Que tú no has dejado de querer á tu antigua novia ni un solo instante, bien claro está; que tienes esperanzas de volver á ser correspondido, tú mismo lo dejaste entender hace poco. Pero, ¿cómo en doce años no has intentado verla? ¿cómo has podido correr ese albur peligroso? ¿Crees en milagros? Pues, chico, te diré que sólo por un milagro no te la encuentras casada. ¿Y á quién culpar entonces? ¿Creías que su amor, era un maná que había de caerte del cielo?

—Tengo dos medios de explicar mi conducta—le respondí.—El uno es muy vago, muy confuso: se siente, no se razona. Juana era la encarnación de mi ideal: tal vez por serlo, estaba siempre lejos de mí!... ¿Querrás creer que al llegar á Málaga tuve un instante de supersticioso terror? ¿Me entenderás si te digo que al ver la facilidad conque me acercaba á ella, pensaba... ¡qué se yo!... pensaba en algo así como la violación de una ley sagrada que me condenara á perpetuo apartamiento?... Si deshechas esta explicación recurriré á la otra: es más práctica, más prosaica, quizá no sea tampoco verosímil; pero es la única que puedo darte «he sido pobre; he tenido que luchar

con todo género de adversidades y en mi lucha no ha habido tregua: tuve que esperar la primera victoria: la alcancé y aquí estoy: ahora comprendo que tienes razón, que no he dejado de querer nunca á Juana: su sola presencia me ha revelado esta gran verdad; todo mi estoicismo, todo aquello que yo reputaba atonía de mi espíritu, insensibilidad de piedra, era culto secreto, fidelidad ignorada, sin esperanza de premio, resignación de un alma desheredada de la fortuna. Por eso te dije que había venido aquí sin saber á qué. Aún encontrando á Juana, lo cual dependía de un azar, no pensé en que una Providencia, generosa en demasía, me la guardase con amorosa solicitud. Ahora mismo ¿no estoy acaso tan lejos de ella como antes? ¿Sé yo si se acuerda de que existí? Soy un sediento que vé el agua pura y cristalina. ¿Moriré de sed junto á ella? ¿Puedes tú asegurarme lo contrario?

—Lo que yo te aseguro es que Juana es libre; que tú lo eres. Trata de aproximarte al agua. Y mira, un consejo de amigo, acércate pronto...

Llegó el momento de las explicaciones. Más dueño de mí, traté de llenar aquella

inmensa laguna de doce años... Germán había conocido á Juana, al regresar él á su pueblo natal tres años antes. La madre de mi novia había muerto ya. Vivía Juana, á la sazón, con una tía suya, señora ya anciana, madre de Paquita. Esta se había casado hacía dos años y tenía dos niños; uno de ellos el que Juana llevaba de la mano cuando yo la ví. Las dos primas, según dijo Germán, se querían entrañablemente. Desde el matrimonio de Paquita, vivían solas tía y sobrina, y la casada y su prole alegraban la soledad de la vieja y de mi novia pasando con ellas muchas horas del día y luego la velada. Sin duda la casa de estos parientes, fué el refugio de la *viuda* cuando, poniendo entre Juana y yo tierra por medio, cortó con tal crueldad nuestros amores. No sentía rencor hacia la muerta; pero, en el fondo, me alegraba de que se hubiera ido al otro mundo sin conseguir para Juana el príncipe soñado.

Otras noticias de más interés me proporcionó el complaciente Germán Alvarez. Sin duda alguna había que creer en milagros — como él decía — porque Germán, por más que se devanaba los sesos, no le había conocido á Juana ningún novio. Mi corazón

repicó á gloria. Germán lo advirtió, y más sereno y sobre todo más práctico, como si al verme completamente desvanecido, tratara de evitarme una mortal caída, me señaló cruelmente el peligro con estas palabras:

—Ea; ya lo sabes todo. Ahora, si es cierto que quieres á Juana, no pierdas tiempo, no te calles como un trapense; ya no os separa *la fuerza oculta y misteriosa*, antes al contrario, tu buena estrella te pone frente á frente á tu novia cuando menos lo esperabas, y además te la encuentras soltera; cuida de que no te separe de ella algún obstáculo menos metafísico y más difícil de salvar.

Recordé entonces que Germán me había insinuado antes esto mismo y le interrogué con cierta desconfianza.

—Tú sabes algo; tú te callas algo ¡habla por Dios!

—No necesitas rogármelo tan solemnemente. Iba á decírtelo con entera claridad. Vosotros *los artistas* sois unos pobres mentecatos, vivís en Babia. Bueno; pues has de saber que Juana no tiene novio; pero...

—¡Pero... qué! ¡Hombre, por los clavos de Cristo, no hagas puntos suspensivos...

—...Pero puede tenerlo.

—¡Ay! ¡gracias á Dios! ¿Sabes que se te ocurren unas cosas estupendas?

—Déjame concluir. Juana tiene un pretendiente.

—Bah...

—Y como no se va á pasar la vida esperándote...

—Pues ya me tiene aquí.

—¿Pero lo sabe?

—No.

—Entonces como si no estuvieras...

—Es que lo sabrá.

—Ese es precisamente mi consejo; que lo sepa pronto.

—Y lo seguiré, te lo aseguro. Y ahora dime: ¿mi rival es...?

—Un tonto; pero espera. Además de tonto es Conde. Y por si esto no te pareciese peligroso en estos prosaicos tiempos de igualitarismo, te diré que es *rico;* más aún, archi-rico... ¿te enteras?

Sí me enteraba; pero vaya usted á saber porqué impulsos contradictorios de mi espíritu, borracho de impresiones, se había apoderado de mí una loca confianza, una seguridad insensata. Tenía la certeza de que bastaría mi sola presencia para que

Juana me volviese á querer, como si no hubieran sido suficientes unos cuantos meses de ausencia para que me olvidase. Después de todo ¿no creí yo mismo durante mucho tiempo que había enterrado á Juana en ese hoyo del corazón donde se arrojan los afectos muertos? ¿Y no me había bastado también el verla pasar junto á mí para convencerme de que la seguía amando?...

En suma, creí prudente el consejo de Germán, ¡pero ni siquiera se me ocurrió que el Conde tonto y archi-rico pudiera ganarme la partida. ¡Ved de lo que sirven las lecciones de la experiencia!

Quiso Germán Alvarez dejar trazado un plan completo aquella misma noche. ¡Lo único que yo hubiera querido era volverla á ver! A esto se reducían por el momento todos mis anhelos. Pero como Germán me hizo comprender lo imprudente de mi propósito y yo estaba quebrantado de cuerpo y de espíritu, levantamos aquella primera sesión y nos despedimos hasta la mañana siguiente.

# II

Estábamos Germán y yo casi solos en el *Salón*; Germán aburriéndose tranquilamente y yo atacado de una impaciencia tan nerviosa que me producía calentura. La escasa brisa que venía del mar apenas si agitaba las banderolas y gallardetes de la *tienda*. Millares de bombillas de gas alumbraban la Alameda, y la luz y el polvo formaban una niebla dorada, densa, irrespirable. Era la primer noche de feria, y el *Salón* se inauguraba con un gran baile. Aquella mañana había quedado resuelto todo mi plan de *batalla*, que se reducía á bien poca cosa: hablar á Juana. Faltaba un detalle interesantísimo, un dato fundamental que sólo podía obtenerse *sobre el terreno:* ¿me conocería mi antigua novia? Yo hubiera jurado que al pasar junto á mí, la noche antes, me había visto sin reconocerme. ¿Ocurriría lo

mismo en el *Salón* cuando pudiera fijarse en mí con más detenimiento? Esta duda era la que convertía mi impaciencia en fiebre. Deseaba saber pronto á qué atenerme, aunque estaba decidido á hablar con Juana, me reconociese ó no. En este segundo caso, el más probable, Germán me presentaría, buscando cualquier medio de evitar el decir mi nombre; luego, yo, poco á poco, y con la mejor maña posible, me daría á conocer...

Las horas de aquel día transcurrieron con una lentitud abrumadora, y aún no habían sonado las nueve de la noche, cuando llegamos al *Salón*. Como el baile empezaba á las diez, nos encontramos... á los músicos que ni siquiera habían desenfundado los violines. Germán me dijo: «¿Lo ves? ¿te convences? ¡bonito papel estamos haciendo! Cerca ya de las diez comenzó á llegar gente; primero los hombres, que se quedaban en la escalinata principal, formando grandes grupos, dispuestos á pasar minuciosa revista á las mujeres que fueran llegando; después éstas, ataviadas con trajes veraniegos, muy claros, muy *vaporosos* y adornados con profusión de flores. Se rompió el fuego de los piropos, los saludos

acompañados de sonrisas de inteligencia, las peticiones de bailes que las muchachas anotaban en sus *carnets*, deteniéndose en la escalera. El *Salón* se animaba; algunos músicos afinaban sus violines que parecían decir con ásperos chirridos «vaya una nochecita que nos espera». De pronto, Germán Alvarez, me tocó en el brazo y exclamó:

—Atención, Pepillo; ya puedes engañar tu aburrimiento; mira hacia allá.

Miré hacia donde me señalaba y como no ví á Juana entre las mujeres que seguían entrando, contesté con acento de soberano fastidio.

—¿Qué quieres que mire? ¿qué ocurre?

—¿Ves á aquel caballerete? El del pompón de flores en la solapa del frac.

Me fijé en un hombre alto, desgarbado, de rostro pálido, ojos azules inespresivos, barbilla rubia, casi azafranada y muy rala; vestía correctamente el traje de etiqueta y usaba *monocle*; además llevaba en la mano unos gemelillos de teatro, con los cuales examinaba á *quema-ropa* á las mujeres aunque las tuviese á dos dedos de las narices... Después de esta rápida ojeada le dije á Germán con indiferencia:

—Bueno; ya le he visto ¿y qué?

—Que puedes entretenerte un poco contemplándole.

—Mil gracias.

—No hay porqué darlas; pero te advierto, que ese es *tu* conde; más claro, el conde de Valdemar, el pretendiente de Juana y por lo tanto, un rival tuyo.

Volví á mirarle; él seguía enfilando tranquilamente sus gemelos con gran desparpajo.

Por uno de esos impulsos inesplicables que hacen que nos irritemos por una verdadera nimiedad, sentí una rabia violenta contra el impertinente.

—¿Sabes lo que pienso?—le dije á Germán;—que si ese imbécil fija en Juana sus gemelos, como los está fijando ahora en otras mujeres, voy á corregirle del feo vicio de ser mal educado.

Germán burlándose de *mi indignación*, exclamó:

—¡Cualquiera te entiende! ¡Te quedas tan tranquilo cuando te digo que le hace el amor á Juana y te enfadas porque le gusta mirar á las muchachas bonitas!... ¡A fe mía que no hay loco más divertido que un enamorado!

Tenía razón; la verdad era que mi antipatía naciente, buscaba un pretexto y el pretexto fueron los gemelos. No obstante, respondí con acento de mal humor:

—Yo no puedo evitar que le haga el amor á Juana: pero puedo darle una lección de urbanidad.

No sé por qué endiablada coincidencia, en aquel preciso momento mi rival dirigió á mí sus gemelos, como si hubiera oído mi provocación y se burlara de ella. Hice un movimiento instintivo, los gemelos cambiaron de punto de vista y Germán, que había observado toda la maniobra, lanzó una carcajada. Yo mismo me reí. Hubiera tenido que ver que dejándome arrastrar por aquel primer impulso, me dirigiera al conde preguntándole como el matón de Schakespeare en Romeo y Julieta: «*Caballero, ¿es á mí á quien miráis mordiéndoos la uña?*»...

En aquellos momentos, Juana entraba en el *Salón* con doña Paquita; y no sólo Valdemar, sino el mundo entero—si me permitís esta hipérbole de enamorado—desaparecieron de mi vista.

Los curiosos abrieron calle y todas las miradas se fijaron en Juana. Los rasgos característicos de su belleza no habían cam-

biado; era mi novia de Villalegre, con sus grandes ojos negros, su rostro moreno, su cuerpo flexible, esbeltísimo; pero sus ojos parecían más grandes, su tez más aterciopelada, más pálida; su cuerpo más arrogante y al mismo tiempo más *femenino*. Aquellos doce años habían recogido y aprovechado toda su belleza de niña, formando, sin alterarla, su belleza de mujer.

Juana y doña Paquita se sentaron Las sillas formaban un triple semicírculo; mi exnovia y su prima estaban en la primera fila. Cerca de ellas, Valdemar... y sus gemelos.

—Es necesario - me dijo Germán—que no perdamos tiempo.

Y enlazando su brazo al mío, empezamos á pasear por el *Salón*. Por fin iba á resolver una parte de la incógnita; de la solución dependía mi conducta futura. Debíamos acercarnos, necesariamente, en nuestro paseo, á doña Paquita y á Juana, y podría yo saber con absoluta certeza si Juana me reconocía. Conforme nos íbamos aproximando, se aumentaba mi malestar, mi desasosiego. Rápidamente me hice esta pregunta: «¿Y si me conoce?» y crecía mi turbación al pensarlo. Gracias que el tormento no duró más que instantes. A unos cuantos pasos

de Juana y de su prima, ambas vieron á Germán y le saludaron. Germán se dirigió á ellas, y yo, entre tanto, me quedé frente por frente á mi antigua novia. Las dos me miraron varias veces durante su breve conversación con Germán; hubo un momento en que la mirada de Juana y la mía se encontraron. Fué un segundo; pero me bastó para adquirir el convencimiento de que no me había reconocido. Me miró como se mira á las personas á quienes no nos unen ni los afectos, ni los recuerdos: como á un extraño. Vagamente, como si estuviera á mucha distancia, oía la charla de Germán con las dos mujeres; percibía el ruido material de las palabras, sin comprender lo que decían. Aun teniendo prevista esta impresión, sentí ese desconsuelo profundo que se apodera del ánimo ante las grandes decepciones. ¡Ay! ¡Para aquella mujer, que había sido tan mía, en el sentido más puro de la palabra, que había compartido conmigo las venturas más dulces de la vida, era yo un muerto, enterrado en su memoria; pero un *muerto-vivo*, como aquellos de que os reíais hace poco, y que son sin embargo tan *trágicos*! ¿Y ella?... ¡Ella no era mi Juana, mi Juanilla, la de la reja de los clave-

les rojos, la compañera de mi infancia, la esposa prometida!... ¿Qué existía de común entre nosotros? Nada; ¡estábamos casi juntos y nos separaba una distancia inmensa! «¿Comprendéis ahora que haya *muertos-vivos*? ¿Comprendéis que una misma persona pueda *ser* y *no ser* al mismo tiempo?...

—Ya te habrás convencido—me decía Germán poco después—de que tu novia no te conoce. Tienes resuelta una duda.—De pronto me miró fijamente, y exclamó: «¿Sabes lo que pienso? Que no es extraño que no te haya reconocido. Mi palabra de honor; tienes cara de muerto...»

Fué una imprudencia de Germán el decírmelo; lo debió comprender, porque me estremecí involuntariamente, y le repliqué con voz mal segura:

—¡Tienes razón; eso pensaba yo ahora, que he muerto hace muchos años!

Sin duda, pesaroso de su observación, quiso borrar el efecto de sus palabras, añadiendo:

—Bah, bah, Pepillo, si tú quieres, ya te reconocerá. Me juego cualquier cosa á que yo no conozco á más de la mitad de las novias que he tenido. Y á propósito, ¿sabes lo

que me ha dicho Paquita? Pues oye sus palabras:—«Anoche le vimos á usted con ese amigo (señalándote á tí), ¿es forastero?—Forastero, doña Paquita.—Te miró á hurtadillas, y añadió:—Es simpático... ¿verdad Juana? Claro está que tu novia no contestó, pero no se opuso; al contrario, te volvió á mirar; es lo más que puede hacer una niña casadera...

El baile empezó. El bullicio en el *Salón* era ya tan grande, que á duras penas podían revolverse las parejas; no se encontraba una silla desocupada. Fuera de la tienda se veía un doble cinturón de curiosos. A medida que la noche avanzaba, parecía que la brisa del mar, en vez de refrescar el ambiente, lo hacía más denso, más caliginoso y enervante. Juana bailó varias veces; la veía del brazo de un desconocido y no sentía celos; me dominaba un embotamiento profundo. En una ocasión pasé junto á ella; el conde de Valdemar estaba á su lado, y me pareció oir que solicitaba para él el resto del *programa*. Juana, entre sorprendida y molesta le decía: «¡Si se contenta usted con un wals!» Y bailaron, y de nuevo se sentó junto á ella. Germán, impaciente, me detuvo de pronto, y me dijo:

—Esto se acabó; no más indecisiones; ahora te presento, aunque no quieras.—Y como yo hice un movimiento instintivo de resistencia, añadió riéndose:

—¡Hombre, por Dios! ¡aunque sólo sea por librarla de ese impertinente! ¿No ves cómo se aburre á su lado la pobrecilla?

...Me encontré frente á Juana y doña Paquita, y oí que Germán exclamaba:

—Juana; este amigo mío, desea que usted le conceda un rigodón. Sea usted buena y no se lo niegue. Es un forastero que pide hospitalidad.

Se levantó sonriendo, me hizo una graciosa inclinación de cabeza y tomó mi brazo. Valdemar, sorprendido, *se echó á la cara*... los gemelos. Si llegan á dispararse, me asesina.

Todavía no estaban arregladas las parejas para formar el cuadro. Empezamos á dar vueltas por el *Salón*. Sentía junto á mi pecho el contacto del brazo de Juana, y el calor de la piel á través de la blanquísima muselina del traje. Muy confusamente me daba cuenta de mi situación. Era ésta tan anómala, que aun teniendo la serenidad que á mí me faltaba, me hubiera sido difícil salvarla airosamente. Evocar de un modo brus-

co el pasado, revelar mi nombre, me parecía ridículo, algo así como un efecto de sainete burdo y rebuscado. Hablar de cosas indiferentes, era también ocioso y necio; lo que yo, en medio de mi turbación buscaba, era un término justo y racional entre estos extremos. Deseaba saber con certeza qué es lo que había pasado diez años antes, para que Juana me olvidase, sin haberme dicho siquiera, que había dejado de quererme; anhelaba encontrar un rayo de luz, por tenue que fuera, que alumbrara un instante aquella lejana catástrofe de mi vida, que seguía en sombras. No sabía cómo empezar.

Una pregunta de ocasión, le sirvió á ella para romper el silencio.

—¿Es usted forastero?—me dijo.

—Forastero en Málaga, señorita; y casi extranjero en mi patria. He vivido muchos años lejos de ella y acabo de regresar.

—Yo no he salido nunca de España—prosiguió, aprovechando con naturalidad el tema iniciado,—pero pienso que debe experimentarse una emoción muy dulce, cuando al cabo de muchos años de ausencia se la vuelva á ver...

—¡Oh, sí! ciertamente, y yo la sentí; una impresión profunda, dulce, como usted ha

dicho. Pero en lo que á mí se refiere, esa misma dulzura iba mezclada con una gran tristeza. Se siente avivado el amor al suelo natal; sólo que el que, como yo, no tiene en él seres queridos que le aguarden, siente avivado también el desconsuelo de haberlos perdido... Pero, por Dios, señorita—añadí excusándome—perdóneme usted. Ni la ocasión, ni el sitio, son apropósito para que yo la importune con estos recuerdos.

—¡Importunarme!—interrumpió ella con delicada cortesía,—no por cierto. Comprendo perfectamente esos sentimientos de que usted habla; las mujeres de hoy día, tenemos fama de ser superficiales; pero no lo soy tanto que pueda parecerme extraño lo que usted dice...

—¡Líbreme Dios de haberla hecho á usted tamaña ofensa!... Lo que quise expresar, es que no está bien que yo me queje en estos momentos de mi mala fortuna. Apenas llegué á Málaga, donde creí no tener un solo amigo, encontré uno, y de los excelentes; ahora mismo acabo de tener el honor de que usted acepte mi brazo; bastaría esto solo para que la queja resultara, por lo menos, injusta.

La lisonja provocó una sonrisa. Enton-

ces yo, seguro ya de mí, y después de explicar mi presentación algo anómala, merced á los privilegios que durante la feria se conceden á un forastero, añadí resueltamente:

—Además, señorita; ¡por qué no decirlo! mi buena estrella me ha favorecido mucho más de lo que yo podía esperar. He logrado ser presentado á usted al día siguiente de llegar á Málaga, cuando uno de mis deseos, al venir á este pueblo tan hermoso era conocerla á usted...

Me miró sin disimular su sorpresa y haciendo un gracioso gesto de incredulidad, replicó sonriendo:

—Ahora sí que declaro mi torpeza; ahora es cuando no le entiendo á usted. Si acaba usted de verme por primera vez hace unos minutos ¿cómo podía usted desear conocerme antes de llegar á Málaga?... ¿Sabía usted siquiera si yo existía?

—Es cierto todo eso—contesté—pero yo *sin conocerla, la conocía* desde hace tiempo. Ríase usted, no importa; la paradoja no es tan imposible...

—Supongo que, al menos, me explicará usted el enigma...

—¡Pero si no hay tal enigma! Verá usted: acabo de tener el gusto de conocerla

*personalmente;* ¿y si antes la conocía á usted de nombre, por referencias? ¿No es esto muy sencillo?

—Efectivamente; así queda explicado el misterio: soy muy tonta; pero ahora, permítame usted que también sea curiosa...

—Qué por quién la conozco ¿no es eso?

—Justamente.

La orquesta preludió el rigodón: nos dirigimos al cuadro que empezaba á formarse. Casualmente hacíamos *vis á vis* á una andaluza muy rubia, de ojos azules, que bailaba con Germán. Juana al verle, me señaló con el abanico y le dijo con desenfado:

—¡Somos antiguos amigos!—y buscó mi aprobación preguntándome:—¿no es verdad?

Germán se quedó mirándome con la boca abierta. Sin duda pensó que todo estaba ya «arreglado».

Terminó la primer figura. Otras parejas empezaron la segunda y Juana aprovechando aquellos instantes, exclamó:

—Vamos; acabe usted de explicarme eso...

Venciendo un resto de irresolución, quemando por completo mis naves, contesté:

—Pues *eso*, es muy sencillo. ¿Conoce usted á Pepe Aguilar?

El corazón me latía violentamente; creo que Juana debió notar en mi brazo un pequeño estremecimiento; comprendí que me ponía muy pálido y esperé con ansia su contestación.

Al oir aquel nombre, ella me había mirado; pero su rostro no revelaba emoción alguna: más bien extrañeza; exclamó dos veces «Aguilar,.. Aguilar» y al cabo dijo:

—Pues mire usted, no recuerdo.

Sentí en el pecho, en el corazón, un dolor agudo; algo así como si penetrase en él la hoja fría de un puñal. Al mismo tiempo, me faltaba aire, me ahogaba. Y había que decir algo, sonreir amablemente. ¡Mi cara me vendía! Al fin, dominándome, merced á un esfuerzo del que nunca me hubiera creído capaz, pero con cierta inflexión de amargura en la voz, le contesté:

—¡Es extraño! Pepe Aguilar no la ha olvidado á usted... Por sus propias confidencias la conocía yo á usted... de nombre.

—¿Por sus *confidencias*? — interrumpió subrayando la palabra y poniéndose muy seria.

—Eso he dicho; pero dé usted por retirada la palabra si resulta atrevida ó irrespetuosa. ¡Me hablaba tanto de usted, Pepe

Aguilar! ¡Hasta pretendía que usted le había querido un poquito! ¡Pobre amigo! Sin duda se hacía ilusiones. Crea usted que no me perdonaré nunca la impertinencia que acabo de cometer...

Debió extrañarle la ironía imprudente de mis palabras; pero al oirlas también ella había cedido á un leve movimiento de sorpresa y pareció turbada...

—¡Pepe Aguilar! —exclamó por fin.— Tiene usted razón; tengo una memoria... Vea usted; ahora lo recuerdo todo; ¡hasta que *me hizo* el amor! ¡Pero hace ya tanto tiempo de eso!...

—¡Doce años! —interrumpí yo temerariamente. Por fortuna no se fijó en lo extraño de mis palabras y siguió diciendo:

—No nos hemos vuelto á ver desde entonces. ¿Sabe usted algo de él?...

Me sonó á burla la pregunta.

Como una ráfaga de la juventud llegaban á mi memoria los recuerdos... «*Cuando me acerqué á la reja en que solía hablar con Juana, ella me esperaba ya. Agitado y balbuciente pero intentando sonreir, la dije: —Esta es la última noche, Juanilla; mañana á estas horas ¡qué lejos estaré de tí! —Sí, ¡muy lejos! —contestó abstraída; —¡Cada vez más*

*lejos! y luego... allá en Madrid, ¡qué grande debe ser aquello y cuánta gente!... ¿Sabes lo que estoy pensando? ¡que quizás me olvides!...*

Era la evocación tan cruel, pero tan exacta, que me parecía escuchar mi propia voz, suplicante, humilde, ahogada por la emoción de la despedida y después estas palabras, pronunciadas por Juana:

—«*No tengas miedo; si mi madre no te quiere, ¡te quiero yo!*»

... Por fin, un ¡adiós triste, una dulce promesa y al día siguiente, en la hora amarga de la separación definitiva, una mujer que me despedía desde su balcón *agitando al aire el blanco pañuelo, llevándoselo después á los ojos.*

Y Pepe Aguilar se había separado de ella, dispuesto á luchar cuerpo á cuerpo, á recibir todas las heridas en el pecho, á apurar todas las amarguras, porque siempre le quedaba la esperanza risueña, color de rosa, de que llegara un día en que frente á frente á Juana, con las manos enlazadas en amoroso nudo, mirando su propia imagen en los ojos de la mujer amada, pudiera decirla con el orgullo del combate librado y del triunfo legítimamente conseguido: «Aquí me tienes; trabajé y vencí; tengo un

nombre, un porvenir y son tuyos. Ya nadie puede rechazarme; te he ganado; eres mía» Y vino el desengaño, el silencio indiferente y hostil durante la lucha, la traición y el abandono, y por fin, cuando asido como un náufrago á la última tabla, á la última esperanza, pensaba en resucitar con mi presencia la llama estinguida, el amor muerto y sepultado entre los escombros de doce años, encontraba solamente la ingratitud, el desprecio, la burla... «¿Sabe usted algo de él?»...

***

...Me incliné pidiendo perdón nuevamente por mi torpeza y Juana clavándome el último puñal, me dijo:

—Vaya; dejemos á Pepe Aguilar. Hablemos de otra *cosa*.

. . . . . .

De este modo vulgar, murieron nuevamente en flor todas mis esperanzas. El castigo era justo; mis proyectos cayeron por tierra. Comprenderéis fácilmente que, al separarme aquella noche de Juana, no le dijera mi nombre; la situación hubiera sido cómica; pero no fué sólo el temor al ridículo lo que selló mis labios; era un sentimien-

to de amor propio herido y al mismo tiempo de inconsolable amargura. La conducta de Juana había sido de una lógica inflexible. ¿Pero hay algo más cruel que la lógica? ¿Por qué se había de acordar de Pepe Aguilar después de doce años, si supo olvidarle antes del segundo de ausencia?

Figuráos la sorpresa de Germán Alvarez cuando, creyendo arreglado «mi asunto» me encontró decidido á marcharme de Málaga y á huir de aquella mujer, de aquel amor para mí tan funesto.

No quería convencerse. «¿Acaso Juana no me había reconocido *á las primeras de cambio*? ¿No? Pues entonces ¿á qué venía el decirle á él que éramos «antiguos amigos»? Y luego me asediaba á preguntas. «Pero tú ¿qué le dijiste?» «Pero ella ¿qué te contestó?» Y cuando se fué enterando por palabras sueltas de lo ocurrido, añadió muy enfadado:

—¡Por vida de Dios! ¿Con que ni del santo de tu nombre? Mira, si me dejas voy yo á decirle cuatro verdades á tu Juanita...

—Oh, no; ¡eso no! ¡te lo prohibo resueltamente! Mañana me voy; quede entre los dos este secreto de aventura ridícula. Imagínate que no ha pasado nada...

Y en efecto... me quedé en Málaga, y volví al *Salón*, y sintiéndome cobarde para huir de Juana, transigiendo vergonzosamente, acepté aquella amistad efímera concedida á un extraño, la aproveché, como una máscara su disfraz para entrar en un sitio del cual se la arrojaría ignominiosamente á no llevar cubierta la cara. Mi locura llegó hasta la superchería. Necesitaba un nombre y tuve uno postizo. Germán me lo buscó con apellido y todo. Me llamé «Fernando Moncada».

Germán se reía de la ocurrencia. Yo también; ¡pero lloré por dentro!

Hablaba todas las noches con Juana, aprovechando la libertad de la feria. Valdemar estaba furioso; sus gemelos me seguían constantemente. A Pepe Aguilar no volvimos á nombrarlo; ella sin duda agradeció mi discreción ó había vuelto á olvidarlo por completo.

Si no hubiera ocurrido lo que os voy á relatar, sin lo que vais á oir, esta historia no merecería la pena de ser contada...

# III

Acababa de despedirme de Paquita y de Juana y apenas me separé de ellas, cuando Germán Alvarez se dirigió á mí precipitadamente y me dijo al oído:

— Salgamos del *Salón*, tengo que hablarte.

—¿Cosas serias?—le pregunté.

—Muy serias.

Salimos. El bullicio se iba extinguiendo poco á poco; la brisa del mar comenzaba á ser fría; algunas bombas de gas se habían apagado y el aire hacía oscilar con fuerza los farolillos á la veneciana. La Alameda se fué quedando solitaria y sólo se oía el *rum rum* monótono de algunos organillos, la voz chillona de un infatigable sacamuelas y á lo lejos el rumor del mar que enviaba sus ondas amargas á estrellarse contra los murallones del puerto.

Germán me detuvo de improviso; me puso ambas manos sobre los hombros, y exclamó:

—Pepillo; te estás haciendo popular en Málaga. Mi enhorabuena.

—¿Popular yo?—contesté, revelando en la voz el cansancio de mis emociones.

—Sí, tú; tú mismo. Si has pensado escaparte, como otras noches, sin contármelo todo, te llevas chasco. Me corresponde de derecho. Yo he sido el muro por donde escalaste la fortaleza. Ya ves, es mal papel el mío; pero no me ofendo. Con que, vamos á ver, habla.

—¿Pero, de qué diablos hablas tú?—le repliqué con aire distraído.

Frunció las cejas y me apostrofó con cómica indignación:

—Mira, Pepe, tengamos la fiesta en paz. De mí no se burla nadie, ¿te enteras? ¡Tendría que ver que pretendieras engañarme! ¡á mí, á tu mejor amigo!...

—Hombre, ¿quieres acabar de una vez? ¿quieres quitarte de delante y seguir andando?

Germán, impertérrito y guiñando maliciosamente un ojo:

—¿Con que no sabes nada, eh? Pues yo sé que no se habla de otra cosa en toda Mála-

ga á estas horas. Sé que desde hace ocho noches no faltas ni una sola á los bailes del *Salón;* sé que no te separas de Juana; sé—porque lo he visto y lo hemos visto todos—que Juana te mira muy expresivamente...; sé que á Valdemar se lo llevan los demonios y que trata de buscarte camorra, y por último, que tú, por Pepe Aguilar ó por Fernando Moncada, muy á la chita callando, y muy filosóficamente, te entiendes con Juana, ¿te parece poco todo esto? Pues pide más, hijo...

La charla de Germán hizo brotar con la rapidez de un chispazo eléctrico, en mi inteligencia adormecida una idea; pero una idea absurda, grotesca, inverosímil. «¿Acaso Juana...?» ¡Pero, Dios mío, si no me atrevía ni á pensarlo! Yo era un vencido; y un vencido á quien no quedaba ni la más remota esperanza de lograr su desquite. Adquirido el convencimiento de que no tenía fuerzas para huir de Juana, me había *refugiado* en aquella amistad superficial y frívola. Llegué á tener miedo de que el engaño se descubriera, y hubiera querido hasta olvidar, yo mismo, mi verdadero nombre. Un criminal no lo ocultaría con mayor empeño. Lo que jamás, jamás, se me hubiese

ocurrido, es que Juana pudiera llegar á quererme. Las palabras de Germán pusiéronme en grave confusión. Me resistía á creerle, luchaba desesperadamente por desechar la idea; pero ya era tarde. Recordé que, en efecto, Juana parecía complacerse en estrechar aquella amistad, y mi imaginación desbocada, daba principio á esa prodigiosa labor en que la realidad se empequeñece tanto, que casi desaparece por completo para dejar su puesto á la ficción. Germán me decía de pronto: «Juana te quiere», y ya no me paraba á averiguar si la afirmación era cierta, sino que dándola por una verdad probada, partía de ella para disparatar más á mi gusto. Hice un último esfuerzo para librarme de aquel nuevo lazo en que inopinadamente había caído; el esfuerzo resultó inútil. Procurando dar un tono indiferente á mis palabras, pero suspensa el alma entera de la contestación de Germán, le interrogué:

—¿Tú crees?...

—¡Que si lo creo!... ¿Pues no te lo estoy diciendo? ¡Si es imposible que tú no lo hayas comprendido! Hasta Valdemar, que es tonto, ha caído en ello. A propósito de Valdemar. Te repito que trata de provocarte, de

buscar una cuestión contigo; acaba de decirlo en un corrillo retorciéndose gallardamente el bigote. Bueno; y ahora, díme: ¿Sigues la aventura? ¿le declaras á Juana tu atrevido pensamiento? ¿qué proyectos tienes? ¿qué dices? ¿qué diablo estás mirando ahí en el suelo?...

No consiguió Germán satisfacer su curiosidad. Aun queriéndole yo explicar mis pensamientos, no hubiera podido. Sólo os diré que, si por un instante, la idea de ser querido por Juana, fué algo así como luz vivísima que me deslumbró, al darme cuenta de que Juana si, en efecto, amaba á alguien, no era á Pepe Aguilar, sino á Fernando Moncada, sentí, no las alegrías del triunfo inesperado, sino la ira de los celos...

***

Amanecía cuando cerré el balcón de mi cuarto. La claridad empezaba á romper la niebla extendida sobre las aguas del mar, serenas como las de un lago. Me acosté y cerré los ojos para seguir *soñando* despierto. Mis ideas se agitaban confusamente, parecían chocar unas con otras; mi voluntad había perdido por completo el dominio

sobre ellas. En medio de aquel desorden, de aquella danza vertiginosa, parecía como que resaltaba, imponiéndose á todas las demás, aquella idea «absurda, grotesca, inverosímil». Yo, es decir, yo no, otro cualquiera, un rival mío, me arrebataba el amor de Juana, posesionándose de su corazón, haciéndolo suyo. Y al mismo tiempo, yo mismo, Pepe Aguilar, despreciado, humillado cruelmente, con verdadero ensañamiento. La idea se convertía, poco á poco, en obsesión tenaz, en pesadilla extraña, en locura, y pugnando por abrirse camino, como el sol cuando tropieza con la negrura de una nube, mi razón hacía esfuerzos sobrehumanos para imponerse.

Cuando me levanté, tenía el rostro pálido, los ojos hundidos, cercados de violadas ojeras y el corazón cansado y perezoso como una máquina desgastada por un trabajo superior á su resistencia. Mi sangre parecía de plomo, me pesaba dentro de las venas, como si la circulación se hubiera interrumpido bruscamente, y no obstante, percibía su golpeteo en las sienes, en la garganta, hasta en las yemas de los dedos, mientras que un extraño y monótono *tic-tac* en los oídos me martirizaba sin darme

un minuto de reposo. Conocía muy bien todos aquellos síntomas. Los había sentido muchas veces en aquellas eternas horas en que el fantasma del desaliento vagaba por mi Estudio, inclinándose ante los caballetes, mirando el lienzo manchado por la figura abocetada, diciéndome con acento de burla: «¡Por qué luchas! ¡qué te importa ser vencido, si aunque triunfaras no tienes nadie á quien ofrecer tu victoria! ¡Renuncia á todo; me he posesionado de tu espíritu para siempre!...» Después del último desengaño, el más doloroso, es cuando conocí que mis energías estaban verdaderamente agotadas. No había un punto de luz en mi vida; no alimentaba ni una sola esperanza, ni siquiera sentía el dolor agudo y desesperado de las grande catástrofes; sólo una vaga y recóndita tristeza; espumilla leve y amarga que sigue marcando por algunos instantes el sitio del naufragio. Lo único que anhelaba era el descanso; un descanso parecido á la muerte; si se lograra no pensar, aún hubiera podido creerme feliz. Y en este estado de mi espíritu, Germán Alvarez, con sus palabras, le hacía vibrar de nuevo, levantarse como bestia cansada que saca fuerzas de flaqueza al recibir el brutal lati-

gazo. Seguía rechazando con indignación, el pensamiento de aceptar el amor de Juana; me parecía que Pepe Aguilar me hubiera abofeteado llamándome ladrón. Pero la idea «grotesca», la idea «ridícula» se transformó de pronto. ¡Oh, si Germán no se equivocase! ¡si Dios permitiera que Juana llegara á querer á Fernando Moncada!... Mi vida aún podía tener un objeto. Entreveía una *lucha extraña* y una venganza monstruosa, á un mismo tiempo cruel y justa. Si ella llegaba á pertenecerme, aunque sólo lograra ser dueño y señor de su alma, como Juana lo era de la mía ¡ah, entonces! ¡qué tormento! ¡qué castigo tan grande! Pero, ¿y si Germán se equivocaba? ¿y si todo era un sueño?

Abrí el balcón; entró la luz á oleadas; allá abajo estaba la Alameda llena otra vez de gente, de ruidos, de músicas, flotando sobre ella una finísima capa de polvo abrillantado por los rayos del sol; allá también, en un extremo, con sus gallardetes y banderolas desplegadas al viento, el *Salón* de baile, ceñido por una guirnalda verde salpicada de rosas y clavellinas, mustias por el calor, deshojadas por el viento de la noche...

* * *

Iba á salir de mi cuarto, cuando entró un criado del hotel que, me entregó dos tarjetas, diciéndome al mismo tiempo:

—Estos dos caballeros, desean ver á usted...

Leí los nombres; no los conocía.—¿Dice usted que desean verme? ¿está usted seguro?

—Sí, señor; esperan abajo.

—Está bien; puede usted decirles que suban.

Entraron; me saludaron ceremoniosamente y uno de ellos preguntó:

—¿El señor?...

—Fernando Moncada—me apresuré á decir—devolviéndoles el saludo y ofreciéndoles un asiento.

—Nuestra comisión—dijo entonces el mismo que me había interrogado—es bastante enojosa...

Comprendí en seguida el objeto de la visita. Indudablemente Valdemar cumplía su palabra; «me buscaba camorra»—como me había anunciado Germán Alvarez.

—Ustedes dirán, añadí sin darme por entendido.

—Seré breve y explícito para no molestarle demasiado.

El Conde de Valdemar cree que su amis-

tad con la señorita Juana de *** le da ciertos derechos de preferencia, cuya índole usted comprenderá perfectamente. El Conde, nuestro amigo, ha oído algunos rumores que, bien pudieran ser proyectos expresados por usted y desea...

—Desea—interrumpí—una explicación de esos rumores ó de esos proyectos ¿no es así, señores?

—En efecto; no se ha equivocado usted...

—Pues ante todo—y sin que esto sea eludir ninguna responsabilidad—creo que el señor Conde de Valdemar, debía dirigirse á esa señorita, puesto que para ello le abonan esos *ciertos* derechos que ustedes han invocado no hace mucho...

—El Conde hará lo que tenga por conveniente, caballero. Nosotros cumplimos su encargo; no estamos obligados á más. Ciertamente—añadió con cortesía, sin duda para suavizar la dureza de sus anteriores palabras—ciertamente usted no ignora lo que son estos asuntos. Apelamos pues á su discreción, y puesto que hay necesidad de limitarse á una pregunta, permítanos usted que la formulemos sin rodeo alguno: «¿Cree usted poder dar al Conde las explicaciones pedidas?»

—Lo siento, señores; por el contrario las niego en absoluto...

Se levantaron al mismo tiempo; me entregaron sus tarjetas y adelantándome yo entonces á su pregunta, añadí dando por terminada la entrevista:

—Me ocuparé al momento en designar dos amigos. Tendrán el honor de visitar á ustedes dentro de media hora...

... Hacía mucho tiempo que no me había sentido tan alegre. Aquel duelo me satisfacía; lo necesitaba. ¡Ver frente á frente al mentecato que creía tener *ciertos* derechos sobre Juana!... Iba á vengarme por Fernando Moncada y por el otro... por el que tenía más derecho que ninguno ¡por el pobre Pepe Aguilar!

Escribí cuatro letras á Germán Alvarez que, llegó poco después. Ya sabía lo del duelo; pienso que no lo ignoraba nadie en Málaga. Entregándose al incorregible vicio de preguntar cien cosas sin dar tiempo á la contestación, exclamó al entrar, casi desde el corredor: —Con que, vamos á ver; ya sé que has recibido una visita ¿qué piensas? ¿qué decides? ¿te bates? ¿me nombras padrino? ¿dónde va á ser? ¿conqué armas? y luego de pronto, como sintiendo un remor-

dimiento vago, añadió—«Por supuesto, Pepillo, á primera sangre, un rasguño de sable ¿no es verdad?»

—Como quieras. A tu elección lo dejo todo; pero que sea pronto, muy pronto, hoy mismo si es posible...

***

No pudo ser. Germán Alvarez, que había salido á concertar lo necesario, volvió jadeante á decírmelo.

— Hoy es imposible ¿sabes? Mañana temprano, á las cinco, en la huerta de Villarroel (una preciosa huerta que tiene ese fatuo) ya me entiendes, uno de sus padrinos. Bueno; pues verás: el sable; filo y punta,—no me gustan las pantomimas—una *reprise*, un rasguño... y se acabó; no te concedo más. ¿Te has enterado? ¿me has comprendido? ¿estás conforme? Corriente; pues vámonos á la Alameda.

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

# IV

Cuando aquella misma noche entré en el *Salón*, pude apreciar los efectos de la *popularidad* que la víspera me había anunciado Germán Alvarez. Había ganado, además, mucho terreno durante aquel día y observé muy pronto que, todas las miradas estaban fijas en mí. Un forastero es siempre blanco de la curiosidad en todas partes y más en una capital de provincia, aunque ésta sea de primer orden. Pero un forastero que, á los pocos días de llegar se bate por una muchacha bonita, es ya digno de la atención general, una atención fisgona, desvergonzada y rumorosa. Germán Alvarez me dijo al oído:

—Pepillo, eres el héroe de la noche; el *lion* como dicen los franceses. Ese pobre diablo de Conde va á pasar un mal rato.

—No te fíes—le respondí—puede vengarse.

—¡Vengarse! —exclamó despreciativamente—¿si querrás hacerme creer que vas á dejarte pinchar por semejante imbécil?

—No pienso en tal cosa; pero es un imbécil que tira á las armas. Esta noche es para mí la jornada; no lo niego. Mañana... ¡mañana, Dios dirá!

En la escalinata del *Salón* apareció entonces un grupo de mujeres y ví, entre ellas, á Juana. Estaba más hermosa que nunca; pero un poco pálida y muy seria. Me pareció que al entrar me buscaba impaciente con la mirada, como si en aquellos instantes todos sus pensamientos fueran míos. Al fin me vió, y al saludarme fijó en mí sus ojos, como haciéndome una interrogación muda. Valdemar que la seguía, se sentó á su lado. Observé que la hablaba con calor, como quien expone quejas y que Juana le oía abstraída, indiferente, sin notar que todos la miraban, murmurando después en voz muy baja... Pasados los primeros bailables, y respondiendo á la estúpida provocación del Conde, me acerqué á saludarla interrumpiendo su conversación. Cuando le extendí la mano, se levantó resuel-

tamente, cogió mi brazo y exclamó en alta voz: «Van á tocar; si quiere usted bailaremos». Durante aquella noche, era la primera vez que se levantaba de su silla. Valdemar hizo un gesto de despecho y se despidió.

...Comprendí en seguida que Juana quería decirme algo y que no encontraba la frase. Yo empecé á hablar de cosas indiferentes. De pronto sin poder disimular sus pensamientos, me interrogó con audacia:

—Mañana se bate usted ¿no es cierto?

—Es cierto, señorita.

—¿Y lo es también que se bate usted por mí?

—No puedo negarlo.

Con enérgica concisión, añadió entonces:

—Explíqueme usted eso.

—Es muy sencillo. El Conde de Valdemar cree tener ciertos derechos...

—No tiene ninguno—dijo precipitadamente.

—Déjeme usted concluir. Cree tener ciertos derechos á que usted no baile conmigo. Yo he bailado y él me ha pedido una explicación. La explicación no puedo dársela; pero tampoco debo negarme á batirme.

—Pero es—replicó con vehemencia—que

yo no puedo consentir semejante duelo; que ese duelo es imposible...

—Ruego á usted que no insista sobre ese punto; me vería en la dura precisión de negarme á cualquier súplica de usted en tal sentido.

—Sí; lo comprendo—exclamó con dulzura—pero si ocurriera una desgracia, y por mi causa ¡oh Dios mío, no quiero pensarlo!

—Por causa de usted, señorita, no será ciertamente nada de lo que ocurra. Me ha hecho usted el honor de aceptar mi brazo y nada más. En todo caso—añadí mirándola con fijeza para ver el efecto que le producían mis palabras—yo sería el único culpable, puesto que por satisfacer un deseo he perturbado quizá otras relaciones...

—¡Oh! ¡de ningún modo!—interrumpió Juana con inusitada viveza—yo *le juro* á usted...

Cortó bruscamente la frase; había comprendido que aquella vehemencia no era natural. Debió pensar de pronto que, su situación respecto á mí, no dejaba de ser anómala. No hacía aún ocho días que nos habíamos conocido; había bailado con ella unas cuantas noches y por un encadenamiento inverosímil de las circunstancias, su

nombre y el mío corrían mezclados de boca en boca. Juana se dió cuenta de que todo esto era extraño, peligroso, y su franqueza, no calculada, le sorprendió á ella misma. Por eso se detuvo; pero se detuvo vacilante, como quien ha recorrido mucho camino y al volver atrás los ojos no se atreve á retroceder.

—¿Sabe usted—me dijo, saliendo de su abstracción—que es bien extraño lo que *nos* sucede?

Advertí la mutua asociación que revelaban sus palabras y midiendo mucho las mías, como quien se sirve de ellas para una exploración cautelosa, le contesté:

—Me acuso, señorita, de no haber pedido á usted perdón hasta ahora. Comprendo que he hecho mal y espero que usted disculpe el que yo, involuntariamente, la haya obligado á tomar parte en un asunto que, no puede menos de desagradarla. Pero no tema usted. Mañana estará terminado todo. Acabado ese duelo, yo me alejo de aquí y muy pronto se olvidará un incidente que deploro, pero que no he podido evitar...

Aquella resolución mía pareció contrariarla. Reflexionó brevemente y me dijo, no atreviéndose á formular con claridad su pensamiento:

—¡Alejarse!... ¿y si ocurriera...?

—¡Oh! tranquilícese usted—respondí interpretando mal, de propósito, sus palabras —aun siendo herido por mi adversario, me marcharía; usted empezó antes un juramento; yo ahora, le juro que me alejaré de todos modos.

Sentí en mi brazo un estremecimiento de su cuerpo; después con voz turbada me dijo:

—¡Oh, eso no! ¡no me ha entendido usted!...

***

Un enemigo rencoroso que ve llegar á su víctima descuidada é indefensa, no siente mayor gozo que el que yo sentía en aquellos instantes. ¡Oh, sí! ¡mi venganza era posible! Germán Alvarez no se equivocaba. Capricho de la suerte ó justicia providencial, Juana me quería... Yo lo veía, yo lo adivinaba en sus ojos negros que me miraban con dulzura; yo lo *sentía*, como sentía su cuerpo estremecido pesando sobre mi brazo. Hubo un momento, en que una palabra, un nombre, grato á mis labios acostumbrados á pronunciarlo, estuvo á punto de

escaparse de mi boca... «¡Juana, Juanilla mía!...» Pero de pronto recordé, que yo no podía llamarla de aquel modo; que yo no era aquel pobre Pepe Aguilar tan despreciado y que tanto, tanto la había querido.

Tenía dos personalidades; *era y no era al mismo tiempo;* sentía celos de mí mismo y cuando Fernando Moncada entreveía una felicidad posible en aquel amor, cruzaba ante sus ojos otra imagen; la imagen de Pepe Aguilar, vencido, fatigado de la vida. ¡Qué lástima tan profunda me inspiraba! ¡qué remordimientos! No, no podría nunca Fernando Moncada amar tranquilamente á Juana; aquella sombra implacable, que me miraba como á un rival aborrecido, me causaba miedo...

—Se ha quedado usted muy pensativo— dijo Juana rompiendo aquel silencio embarazoso, del cual yo no me daba cuenta.

—Es cierto—contesté—pensaba... en mil tonterías—una por ejemplo: en que todo cambia eternamente, en que todo pasa, en que mañana estaré muy lejos de aquí...

Hizo un gesto de disgusto y me preguntó.

—¿Insiste usted en irse mañana mismo?

—Mañana.

—¿Aunque yo le rogase lo contrario?

—Sería para mí un verdadero pesar. Pero me iría.

—Pues bien—replicó valientemente—deseo convencerme de que es usted poco galante. *Quiero* que se quede usted—y añadió dulcificando la voz—...se lo ruego.

Pasábamos junto á Paquita. Dejó mi brazo rápidamente, como queriendo evitar mi negativa y exclamó al despedirse, con aire de provocación:

—¡Hasta mañana!

## V

¿Estás sereno? ¿tienes firme el brazo? ¿porqué callas? ¿en qué diablos piensas?... Temí que Germán cometiera alguna indiscreción. No íbamos solos en el coche; venían con nosotros otras dos personas, extrañas para mí; las había conocido al poner el pie en el estribo.

Germán comprendió el objeto de mis miradas y guardó silencio; silencio que, poco á poco, se iba haciendo más absoluto, y sólo turbado por los cascabeles, que sonaban alegremente al compás del trote de los caballos.

Era muy de mañana. El camino bordeaba la costa; á la derecha se extendía el mar; la neblina flotaba en blancos girones sobre la superficie, como vapor desprendido del seno de las aguas. Allá, á lo lejos, la línea del horizonte se empezaba á enrojecer vagamente. De pronto, el coche describió una curva doblando un recodo violento del camino y el paisaje cambió. Se veían los campos, los amarillos rastrojos, los troncos de los árboles, hundidos en la media claridad del amanecer. Entre una mancha verde, inmensa, cuyos matices no podían apreciarse todavía, se destacaban las blancas paredes de una casa. Aquella era la huerta de Villarroel. Germán me tocó en el brazo y señalando con el dedo, exclamó: «Mira; allí es.» Otro coche nos precedía; oíamos los cascabeles de los caballos y el rechinar de las ruedas. En él iba Valdemar con sus testigos.

Cuando, minutos después, los coches traspusieron el vallado de la huerta, y nos bajamos, Germán Alvarez me apartó un momento del grupo y con verdadera ira de curioso burlado, me preguntó:

—¿Me querrás decir ahora en qué has venido pensando todo el camino?

—Ya lo sabrás, Germán,—le contesté.—

Por lo pronto, cumple tu obligación. Esos señores te están echando de menos.

Los preliminares del lance quedaron arreglados. Se habían medido las armas, el terreno estaba elegido; nos entregaron los sables. Villarroel con grave acento, tan grave que tuvo algo de cómico, exclamó. «*Señores, cumplan ustedes con su deber*» y el duelo empezó:

Tenía frente á frente, á mi adversario, pálido no por el miedo, sino por la ira y el rencor del desaire sufrido; le veía buscar con ansia mi cuerpo para clavar en él la punta de su hierro, y yo... yo sentía que toda mi cólera se iba desvaneciendo como el humo; comprendí que no odiaba á aquel hombre tanto como había creído, quizás porque estaba seguro ¡oh, sí, seguro! de que Juana no le amaba y de que en aquellos instantes, sus temores, sus zozobras, no serían por Valdemar, sino por mí... Esta idea, estuvo á punto de perderme; acudí tarde y torpemente á una parada y sentí un contacto frío sobre mi corazón. Brotaron unas gotas de sangre; Germán Alvarez se interpuso, pálido como un muerto entre nosotros y Villarroel ceremonioso y solemne, gritó: «Alto, señores!».—No tenía yo en el pecho más que

un rasguño; me ofrecí á Valdemar para seguir el combate; pero los testigos se opusieron y mi adversario saludándome friamente se retiró. Subimos de nuevo al coche; de nuevo aparecieron ante mi vista los secos rastrojos, dorados ya por los rayos del sol, los árboles, desnudos de hojas, y más tarde, al doblar el recodo del camino, el mar inmenso, extendiéndose hasta el horizonte, con los rizos de sus olas abrillantados por una lluvia de luz que, parecía querer penetrar hasta los movibles arenales del fondo...

Había cambiado el paisaje; también en mi espíritu las ideas. Parecía que el espectáculo de aquel mar, tranquilo, rumoroso, pero amargo y traicionero, me volvía á mi verdadero ser, y en mi alma, antes serena, se levantaban los recuerdos como oleaje de tempestad. No era ya el rival afortunado de Valdemar que acababa de batirse por Juana, era Pepe Aguilar; el otro, el vencido. Esta doble personalidad, llegaba á producirme un mareo extraño; borrachera de las ideas que tropezaban unas con otras. Había momentos en que me creía feliz; Juana me amaba; su amor se reflejaba en sus pupilas negras, dulces, tranquilas... De pronto, sentía indecible tristeza, cobarde desaliento, locos im-

pulsos de ahogar entre mis brazos á aquella mujer que, burlándose de Pepe Aguilar, concedía su corazón á otro hombre... que era yo mismo.

Horas después leía esta carta:

«Estoy enterada de todo; entiéndalo usted bien; de todo. Conozco detalle por detalle, las circunstancias de ese maldito duelo que tanto me ha hecho padecer. No extrañe mi franqueza: si la herida que usted ha recibido hubiera sido grave, sino tuviera la seguridad de verle hoy mismo «sano y salvo» me moriría de remordimiento. Al fin y al cabo, yo he sido, aunque involuntariamente, la causa de todo. Pero ahora recuerdo, que no le escribo á usted para decirle estas cosas, sino para darle las gracias por haber atendido mi súplica. Germán Álvarez me ha dicho que no se marcha usted hoy. Hice bien en no dudar de su galantería. Si persiste usted en su buen propósito de no despedirse *á la francesa* tendré el gusto, esta noche de expresarle, de palabra, mi agradecimiento.

*Juana*

***

Estaba allí. Antes de que Germán me lo dijera, mis ojos la adivinaron. No había querido, sin duda, entrar en el *Salón;* algo me decía que no era solo el miedo á la curiosidad impertinente lo que motivaba aquella decisión. Se había sentado con Paquita en un extremo del paseo, en un rincón solitario, donde las luces eran más escasas y menos el bullicio. Estrechó mi mano, señalándome una silla, y mientras Germán hablaba con «la prima», ella en voz muy baja, como estableciendo el principio de una franca complicidad, exclamó:

—¿Nada, por fin, verdad? Necesito oirlo de sus propios labios. ¡Si supiera usted, lo que he sufrido!

—Es usted muy cruel,—contesté sonriendo — me recuerda usted que sólo he recibido un arañazo y quisiera—no lo tome usted á broma — quisiera que el arma hubiera penetrado un poco más en mi pecho.

—¡Jesús, qué cosas dice usted! ¡Buen modo de compadecerme! ¡qué susto, Dios mío!

—Pues eso deseaba; que la herida hubiera sido digna del susto. Además, á mayor desgracia, mayor compasión. Ya ve usted que mi propósito era bien egoísta. Me

hubiese usted compadecido un poco más...

Brilló una ráfaga de alegría en sus ojos y exclamó riéndose.

—No diga usted tonterías. Ea, y ahora sea usted formal; deje que le dé las gracias...

—¿Por ese duelo? ¡Bah! no me lo agradezca usted. Cualquier Valdemar tiene derecho á ofenderse y yo podía haber bailado con tantas...

—Pues resígnese usted, porque es el caso que no ha bailado usted más que conmigo—contestó reprochándome delicadamente la grosería. Además; ya que usted no quiere aceptar mi agradecimiento por el duelo, habrá de aceptarlo por su cortesía. Le doy las gracias por no haberse marchado...

—Tampoco las merezco — repliqué—me marcho mañana.

No pudo disimular un movimiento de despecho; luego dominándose, exclamó lacónicamente:

—Siento perder tan pronto un amigo. De todos modos, mire usted si soy buena; me acordaré de usted.

Transcurrieron unos minutos de silencio. Al oir sus últimas frases sonreí tristemen-

te. «¡Me acordaré de usted!» ¡Ah! ¡quién sabe! Juana era muy diestra en el olvido ¡la conocía tanto! Por un esfuerzo violento desechó aquellas ideas que pretendían apoderarse de mi espíritu, y sin mirarla, como si hablase conmigo mismo, sin poder evitar una ligera inflexión de amargura, contesté:

—...Y después de todo ¿á qué quedarme? ¿Qué dejo aquí? Nuestra amistad ha sido tan breve que, muy pronto, olvidará usted mi nombre. Además—exclamé mirándola con fijeza—tengo miedo, Juana, mucho miedo. Un rasguño sobre el corazón, ya ve usted, se cicatriza en seguida. Pero hay otras heridas más profundas, más traidoras y esas... ¡qué tarde se cierran y cuánto duelen!..

Se había puesto roja como la grana; me miró con dulzura y exclamó en voz muy baja:

—No le comprendo á usted...

—Ni quiera usted comprenderme; sería inútil. No diré una palabra más ¡para qué! ¡á usted que le importa!

—Me juzga usted muy duramente—contestó con resolución.—Le he dicho que soy su amiga y yo no miento.

—La explicación de mis palabras es muy

sencilla. No espere usted un relato novelesco. Quise mucho á una mujer y ella me olvidó. Eso es todo, y como usted ve, todo es nada. Desde entonces, cualquier simpatía me inspira miedo, cualquier amistad de mujer me es sospechosa. Puede pasarse muy fácilmente de esa simpatía y de esa amistad á otro afecto más íntimo, más profundo. Yo pasé una vez y encontré el desencanto, la traición... Son dos cosas que no deben buscarse dos veces...

No respondió á mis palabras; pero bruscamente me preguntó:

—¿Quiso usted mucho á esa mujer?

—¡Oh, mucho!—le respondí...

Vaciló un poco, y después con acento extraño, me dijo...

—Entonces ella no merecía ese cariño... ¿verdad?

¡Y era Juana quien me lo preguntaba! Me estremecí de alegría y sin poder dominarme, satisfaciendo, al fin, un deseo irresistible, exclamé:

—¡Oh, no! Es indigna... era indigna de aquel cariño... yo se lo juro...

Mi acento colérico no la sorprendió; me miró con tristeza y se limitó á contestar:

—¡Cuánto la ama usted!...

Hice un esfuerzo violento para dominar mi emoción; tan violento, que repliqué casi friamente:

—Se engaña usted, Juana; no es amor lo que queda aquí, dentro de mi pecho; he logrado recordarla con indiferencia; su traición sólo me inspira el desprecio de las traiciones vulgares. Comprendo que me hizo mucho daño, porque al engañarme, secó en mi alma el manantial de los sentimientos más puros, hirió las fibras más delicadas de mi corazón. Ya se lo he dicho á usted; la sola idea de que puedo volver á amar, lo cual significa que puedo también volver á ser engañado, me inspira un miedo invencible. Por eso no me detengo en mi camino. Hoy la encuentro á usted; nuestra amistad, los extraños acontecimientos que han seguido á ella, despiertan mi desconfianza, mis sobresaltos. ¿Cree usted que todo esto es demasiado sutil? Pues traduzcámoslo al lenguaje vulgar: Tiene usted una cara muy linda, unos ojos muy negros... Es bastante, me voy... mas si usted quiere... huyo.

No había sonreído al oir mis últimas palabras, dichas en tono de broma; al contrario, estaba muy seria, cuando alzando hacia mí sus ojos, me dijo:

—Su vida de usted debe ser muy triste. Ha medido usted la constancia de todas las mujeres, por la inconstancia de una sola. ¡Qué horrible debe ser dudar de todo y dudar siempre! Por mi parte—añadió—agradezco ese miedo que le inspiro; pero lo agradezco como una galantería porque... no creo en él...

Luego, pausadamente, sin fingimiento, con el corazón en los labios, añadió:

—Podría usted quedarse aquí, sin temor alguno. Para quererme *á mí*, necesitaba usted querer menos á esa mujer.

Se adivinaba en su acento una inflexión de celosa amargura, que hacía su voz más dulce y acariciadora. En aquella pena honda que velaba el brillo de sus ojos negros, no había rencor, ni odio; era un sentimiento melancólicamente apacible, tristeza resignada, sin valor para la protesta, sin fuerzas para la lucha. Y yo... yo la miraba con fijeza, sintiendo vacilar todas mis energías, rechazando con heroísmo el encanto de aquella seducción, apretando los labios como si temiera que me traicionasen. En aquellos momentos no era Fernando Moncada, era Pepe Aguilar quien pensaba, observándose á sí propio con el asombro de la derrota

inesperada, algo así como un deshielo rápido, en el cual todos los proyectos de venganza y todos los rencores se desmoronaban fundidos por un rayo de sol.

Pero al cabo fuí también implacable; *recogí* mis energías, juntándolas, merced á un esfuerzo supremo, como se juntan en el campo de batalla los soldados dispersos, y recordé á Pepe Aguilar, con estóico ensañamiento, todos sus desengaños. «No cedas, no implores ahora una limosna deshonrosa. Mírala, está á tu lado. Es la misma mujer que juró ser tuya; inconstante, como siempre, es por mí, por un extraño, por Fernando Moncada por quien sufre. No es á tí á quien quiere, es á un rival como otro cualquiera á quien debes aborrecer ó por lo menos dejar que te vengue... No escuches lo que hablamos, te estamos escarneciendo; ¡vete!...»

Necesito decirlo; mi indignación era una máscara; Aguilar me estorbaba, y con hipócritas argucias pretendía alejarlo. Por vez primera tuve conciencia exacta de aquellas dos vidas, de aquellas dos personalidades cuya existencia resultaba absurda. Una de ellas representaba el pasado, el tiempo viejo, algo que no sé explicar, pero que parecía

salirse de mí como si fuera ajeno á mí mismo; la otra era el presente. Al alejar de mí á Pepe Aguilar, alejaba el pasado, lleno de recuerdos, de tristezas; todo un bagaje que me estorbaba, dificultando mi marcha y que quería arrojar egoistamente en mitad del camino. Allí estaba Juana, celosa de otra mujer que era ella misma, más amante que nunca, brindándome con un porvenir de felicidad. ¿No era acaso necedad imprudente rechazarlo? ¿Qué tenía que ver Fernando Moncada con aquel Pepe Aguilar, rencoroso y vengativo? ¿No había muerto en el corazón de Juana? ¡Pues al olvido! Ella lo había dicho: «mi vida era muy triste... había llegado el momento de descansar...»

De pronto, una idea deshizo mis sofismas. «Fué infiel á Pepe Aguilar, ¿por qué ha de serme fiel á mí?» Volví á mirarla; evoqué otros tiempos lejanos y en el fondo de aquel recuerdo obscuro y desdibujado por los años, vi una mujer que, con el rostro pegado á los barrotes de una reja, exclamaba con la energía de un amor sin vacilaciones.

—Anda, vete; te espero ¡ya lo sabes!

.....Una vocecilla aguda y fresca me sacó de mi abstracción. Alcé los ojos y ví á nues-

tro lado á una chicuela de carilla morena y desvergonzada, los ojos grandes y claros, los labios encarnados como una guinda y el pelo enmarañado. Cubría su cuerpo menudo, un traje de percal rojo y lunares amarillos, bandera española, y llevaba una cesta de flores colgada del brazo y apoyada en la curva naciente de la cadera. Me miró riéndose y exclamó con su vocecilla argentina:

—¿No me compra nada, señorito? ¡Mire que clavellina! ¡No la hay mejor en toda la canastilla!—y la enseñaba haciéndola girar entre el pulgar y el índice.

—No me gustan las flores, chiquilla—le contesté fingiendo enfadarme.

Ella entonces fijó sus ojos en Juana y exclamó de pronto:

—¡Pues cómpresela usted á su novia, que es muy reguapa, señorito!

Juana se había puesto muy encarnada y se reía.

Cogí la clavellina; la muchacha escapó, ligera como un pájaro, apretando en su mano la moneda y yo mirando á Juana, exclamé:

—No desaire usted á la pobre niña. Tome usted su flor.

—Deme usted; pero—replicó con malicia—no sé á quien agradecérsela.

—A ella, desde luego, y si usted quiere, á mí; pero no me atrevía á ofrecérsela á usted...

—Pues yo la acepto—contestó burlonamente—mire usted; ya está, y prendiéndosela en el pecho, donde llevaba otras, añadió:—es la más bonita de todas...

—Tal vez es usted injusta. Estoy viendo el ramo que forman las demás. Dicen que Valdemar tiene un jardín precioso...

Entonces, sin volver la cara, sin tratar de ocultarme su pena, me miró con tristeza y murmuró:

—Hace usted mal en decirme eso...

Y no dijo más, pero ví que se llevaba bruscamente el pañuelo á los ojos...

## VI

¿Necesito deciros que, á pesar de haber jurado marcharme, me quedé en Málaga? Ciertamente que no; porque ya habréis descontado vosotros esta defección de mi propia voluntad.

Supe por Germán Alvarez, que Juana, después de nuestra última conversación en la Alameda, había estado tres noches seguidas en el *Salón;* después dejó de ir.

Cuando Germán me lo contaba, me decía:

—Iba por tí; no lo dudes, y al convencerse la *pobrecilla* de que no irías, ha mandado á paseo el baile y la feria.

Luego hacía observaciones que á mí me parecían crueles, añadiendo:

—Mira, Pepillo; bien puedes agradecerle que se haya despojado de sus galas, igual que se despojaría una hermosura de serrallo, persuadida de la indiferencia de su dueño; porque te doy mi palabra de honor, que estaba guapísima.

Y como notara que yo ponía el alma entera en sus palabras, sin interrumpirle, se extendía en prolijos detalles, adivinando que más que oirlas, bebía sus noticias como un opio delicioso y enervante.

—...Muy guapa, sí... ¡si vieras! ¡hasta su palidez le sienta bien! Todo el mundo la admiraba. Pásmate, chico; hasta las mujeres. Pues ¿y el desventurado Valdemar? También la contemplaba; pero de reojo... Parece que ha renunciado á la mano de doña Leonor...

El final obligado de esta charla, era quererme conquistar para que saliese, para que hablara á Juana. A los ocho días de reclusión me dí por vencido. Era el último de feria y terminaba ésta con un gran baile, no en el *Salón* de la Alameda, sino en el centro de la bahía; sobre el mar. No hablaba de otra cosa la *elitte* malagueña. Estaba anclado en el puerto un soberbio acorazado inglés. La oficialidad del buque había sido muy obsequiada; no se celebró fiesta, durante la feria, en la que no se hubieran visto, siempre en primer término, las casacas rojas de los marinos de la rubia Albión. Picada la galantería inglesa con la franca hospitalidad española, anunciaron un gran baile en el acorazado. Este baile es el que me hizo romper aquella especie de clausura voluntaria entre las cuatro paredes de mi cuarto.

Por intuición de enamorado, no se me ocurrió, ni por un momento, que Juana dejase de asistir. Después supe que ella pensó lo mismo respecto á mí. ¡Misteriosas adivinaciones del corazón que, no podría la flamante ciencia moderna clasificar prosáicamente entre los fenómenos sugestivos que estudia!

Fueron, para mí, dulcísimos los preparativos del baile. Cuando me vestía el frac, comparaba mentalmente mi contento con la infantil alegría del niño á quien visten para llevarlo por primera vez al teatro.

Tres veces, en quince minutos, le había preguntado á Germán Alvarez «que hora era». Germán me contestaba imperturbable y se sonreía. Al ponerme la corbata blanca frente al espejo, ví que me miraba burlonamente; yo también me reí. El se frotó las manos y exclamó:

—¡Gran noche, Pepillo! ¡Lástima que yo no tenga también mi Juana!

—Paciencia, chico; eso hay que buscarlo —le respondí con un tonillo de fatuidad de que no puedo ahora acordarme sin morirme de risa...

Puesto ya el frac, doblados los guantes entre la camisa y el chaleco y listos los dos para salir, dejamos el hotel y nos dirigimos al muelle.

Era aún muy temprano; pero ya los lanchones ingleses empezaban á transportar invitados al buque. Presentaba el muelle curioso aspecto. Puede decirse que toda Málaga estaba allí; los que no asistían al baile, gozaban del espectáculo gratis de ver

embarcarse á los demás. Las mujeres esperaban su turno junto á la escalerilla del muelle, con los trajes recogidos graciosamente y resguardado el busto por abrigos ligeros que, aprisionando mal el cuerpo, dejaban ver cintas y colorines del vestido de baile. Algunas señoras impacientes, se quejaban de la humedad y del reuma, y dominando los cuchicheos de las viejas, las risas de las jóvenes y los donaires de la gente chusca, se oía el rumor del mar, chocando contra los murallones del puerto como si, más que nunca, le estorbasen, y al ver tanta mujer hermosa quisiera romper su freno y besar con su espuma el diminuto pie de las malagueñas.

En el centro de la bahía, flotaba orgullosamente el acorazado. La luz de sus focos eléctricos plateaba las aguas y eran sus destellos tan poderosos que, la luna, fija en un cielo sin nubes, parecía aquella noche estival, más triste, más amarilla, con sus pálidos y fríos resplandores de astro muerto.

Eran ya las nueve; la fiesta debía empezar á las diez. Yo miraba por entre la compacta masa de gente, deseando y temiendo ver de pronto á Juana. Sin darnos cuenta de ello, las oleadas de la multi-

tud nos acercaron, á Germán Alvarez y á mí, á la escalera del muelle. Atracó una lancha y alguien nos invitó á saltar á bordo. Vacilé un momento y al fin saltamos los dos; la embarcación, al impulso vigoroso de los remeros, se deslizaba rápidamente sobre las aguas. Casi me alegraba de que Juana no hubiese llegado; tenía la seguridad de verla, y esperarla era para mí un nuevo goce. De pronto llegamos al centro de la zona de luz abarcada por los focos eléctricos del buque. La mole tomaba proporciones inmensas; más que una casa parecía el acorazado un pueblo entero. Al poner el pie en la cubierta se experimentaba una sensación de asombro; el barco no era ni una casa ni un pueblo; era un jardín inmenso, cubierto de plantas, de flores. Los mismos marinos ingleses aspiraban con delicia la brisa del mar, saturada de perfumes meridionales. Germán Alvarez, que se había colgado de mi brazo, lo escudriñaba todo y lo comentaba alegremente.

—¡Eh! ¿qué tal, Pepillo? Estos borrachones de ingleses saben lo que se hacen... ¡Por vida de..., parece mentira que lo hayan arreglado todo con *tantísimo* gusto!...

Entre tanto, los ingleses *borrachones*—

como decía Germán—dejándose arrastrar por la vulgaridad, que supone un borracho en cada hijo de la Gran Bretaña—hacían los honores de su barco con exquisita galantería, ya recibiendo á las señoras, ya explicándoles el mecanismo de los enormes cañones armados en las muras ó ponderando cortesmente «el cielo de España», «las flores de España», «las mujeres de España»...

De pie, junto á una banda del barco, yo me había quedado solo, ó mejor dicho, solo entre mucha gente. La franca alegría sentida poco antes, era entonces abstracción voluptuosa, á la que empezaba á mezclarse la impaciencia. Seguían atracando las lanchas al costado del buque. Yo distinguía las caras desde lejos y no viendo á Juana en las barquillas que iban llegando, exclamaba mentalmente: «¡Tampoco en esa!» Inmóvil en mi sitio y embriagado por la esperanza, recordaba al *Emzo*, de *Gioconda*, cuando espera á Laura en su bergantín, y devorado por la impaciencia, exclama en dulces notas: *L'angelo mio ¿verrá dal mare? ¿verrá dal cel?*

***

...Al fin llegó. La ví saltar de la lancha á la escalerilla y subir á la cubierta del barco, donde ya se hallaban casi todos los invitados á la fiesta. Estaba un poco pálida, pero más hermosa que nunca; los resplandores blancos de los focos eléctricos daban matices nacarados á su palidez, y sus ojos negros, su cabello de azabache, su boca de labios rojos, resaltaban aún más en aquella luz dura, sin medias tintas, que lo alumbraba todo bruscamente, sin suavidad, pero con claridades espléndidas de Mediodía.

Ella también me había visto; nuestras miradas se encontraron un instante; pero observé que apartó en seguida la suya, confundiéndose después con los ojos bajos entre la multitud.

Llevaba un vestido blanco, adornado de gasas, de ligero tono verde-mar, y rosas de thé prendidas en el pecho y en el negro cabello. Yo permanecía inmoble en mi sitio, siguiéndola con la mirada, distinguiéndola entre las demás mujeres por su cuerpo esbeltísimo y su cintura flexible de andaluza.

Deseaba vehementemente acercarme, hablarla, oir su voz; pero al mismo tiempo retardaba el instante, sintiendo un goce profundo, casi sensual, sólo con poder pen-

sar: «Ella está aquí.» Y no sé cuánto tiempo hubiera prolongado este placer extraño, inexplicable, de mi espíritu, si Germán Alvarez no se hubiese acercado á mí y sacudiéndome un brazo con fuerza no me hubiera gritado:

—Pero, chico, ¿estás haciendo competencia al palo mayor? ¿Piensas estarte ahí embobado toda la noche?

Tardé un poco en contestarle, y como si en aquel instante bajase de un mundo ignoto, sólo se me ocurrió decir:

—¡Qué bien se está aquí, Germán! ¡qué delicioso es esto!

—Sí, delicioso; pero ¿no estarías mucho mejor al lado de Juana? ¡Vamos, hombre! déjate de mirar á las estrellitas con la boca abierta, ¡por vida de...! ¿pues á qué *hemos* venido aquí?... es decir, ¿á qué has venido tú?

Me dejé llevar por Germán Alvarez sin contestar, porque no había contestación posible. Tenía razón: ¿á qué había ido yo allí?

De pronto Germán, señalando á un grupo de mujeres, exclamó:

—Mírala; ahí la tienes.

Y como en aquel momento la música

preludiaba un bailable, Germán me dió, casi con rabia, un pellizco en el brazo, y murmuró en voz baja:

—Anda, bobote; sácala á bailar.

Lo mismo que el que toma de pronto una resolución suprema, me dirigí al grupo donde estaba Juana. Al verme su rostro pálido se cubrió de vivo carmín. Apenas llegó á mis oídos el *sí* débil con que respondió á mi invitación, tomando mi brazo. Parecía asustada y temblorosa; se apoyaba tan ligeramente que casi no sentía yo el dulce peso de su cuerpo. No era la misma mujer resuelta y decidida, cuyo acento firme, vehemente, sin vacilaciones, le había prestado siempre el encanto de cierta valentía, ingénua y franca, pero profundamente femenina; no era la misma mujer que bailó conmigo en el *Salón* de la Alameda, sin conocerme casi, bajo la fe de una presentación anómala é irregular.

No recuerdo las primeras frases que la dije; desde luego aseguro que fueron de una trivialidad estremada. Poco á poco fuí recobrando mi aplomo; sintiéndome más dueño de mí mismo. Entonces pude mirarla frente á frente y decirle esta falsedad poco delicada:

—No esperaba verla aquí, Juana—y puse el *Inri* á mi necedad con no sé que cumplimiento trasnochado y estúpido.

Ella no pareció ofenderse; sin duda por instinto, no daba valor alguno á mis palabras, comprendiendo que nuestra conversación, quizá porque iba á ser algo difícil, debía empezar así.

—Yo también creí—replicó—que se había usted marchado de Málaga. Luego me dijo Germán Alvarez que aún no nos había usted abandonado.

—También yo supe por él—Germán lo sabe todo por lo visto—que usted no ha vuelto á la Alameda.

Me miró, fijamente, y con cierto dejo malicioso exclamó:

—Pues en eso no está Germán bien enterado. Estuve tres noches; luego... me cansé.—Y al decir esto último su voz volvió á tomar cierta inflexión de tristeza.

—Usted, más que nadie,—repliqué trabajosamente, porque al fin nuestra conversación tomaba el giro deseado—tenía motivos para creer que yo no estaba aquí. Ya sabe usted que juré con toda solemnidad, marcharme.

Entonces, Juana misma, me dió alien-

to para seguir, con un delicado reproche:

—Casi ha cumplido usted lo jurado. No se marchó de Málaga; pero tampoco se le volvió á ver. Si el objeto era evitar la murmuración de estas gentes, lo ha logrado usted.

No pude menos de sonreirme al contestar:

—Sí; tiene usted razón; no volvimos á bailar después de aquel malhadado duelo, en el cual, no pude evitar á usted una intervención que no me perdonaré nunca; pero ¿olvida usted, Juana, que en este momento, es usted mi pareja y que no falta quien nos mira porque, naturalmente, no nos ocultamos de nadie?

—¡Oh! ¡eso no me importa! ¡que nos miren! —añadió con cierta altivez en su hermoso rostro.—Usted juró... por lo que fuera... yo no se lo exigí.

—Es cierto; juré voluntariamente y además en vano porque estoy aquí. Pero usted también sabe—no sé si lo recordará, pero se lo dije—que para alejarme tenía un doble motivo.

Sentí un leve estremecimiento de su brazo sobre mi pecho y bastó aquel temblor, casi imperceptible, para probarme que no

me dijo la verdad al contestar con voz ahogada:

—¿Otro motivo? No lo recuerdo

—Le dije á usted, Juana, que me alejaba... por miedo, por verdadera cobardía...

—¡Ah! sí...—murmuró con turbación y esforzándose por sonreir—se hizo usted el miedoso.

—¿Pero no recuerda usted que el miedo me lo inspiraban unos ojos negros, muy negros, y muy hermosos. ¿No hace usted memoria de esto, Juana?

Muy dulcemente me dijo:

—Sí; también; ¿por qué no?

—Es que á pesar de eso, no me he marchado.

—Tampoco me sorprende. Creo que fuí yo misma quien le dijo á usted que no creía en ese miedo. Además, ahora es usted el olvidadizo; también me habló usted de una mujer á quien ama mucho; esto último no lo dijo usted; pero lo dije yo...

—Oigame usted, Juana; exclamé resueltamente.—Lo mismo que entonces, repito ahora. Yo no amo á aquella mujer; se lo juro, y este juramento sí que no es en vano. Dije la verdad; y tampoco la engañé al asegurar que usted me inspiraba miedo. ¡Ay!

¡era harto justificado! Es imposible que no lo haya usted comprendido. Perdóneme esta confesión brusca; yo que he luchado, yo que me he defendido de usted unos cuantos días, he venido á este baile con la sola esperanza de verla. Y ahora... ahora haga usted otro esfuerzo. Recuerde que se compadeció de mi vida triste, errante, con la duda y la desconfianza por único caudal; recuérdelo y si aún merezco como entonces su compasión, ¡por qué no ser feliz! ¡sería tan feliz si usted me quisiera!...

—¡Jesús, Dios mío!—exclamó sorprendida, y apurada porque mis ojos sin respetar su silenciosa turbación, la interrogaban—¡dice usted, las cosas de un modo... así, tan de pronto!

—No nos engañemos más, Juana. Si este cariño que yo siento por usted, nació al verla; si desde entonces la amo y he callado veinte días y lo digo hoy ¿por qué ha de ser pronto? Y si usted me quiere ¿por qué no decírmelo también, ahora, ahora mismo? ¿á qué más fingimiento?

Se serenó de pronto; hizo un gracioso movimiento de cabeza, como desechando la última vacilación y me dijo con voz argentina:

—Es verdad ¡á qué fingir! ¡á qué engañarnos! Este amor podrá hacerme feliz ó desgraciada, yo no lo sé, pero también le amo...

—¡Oh, ¡Juana! — exclamé, loco de alegría—¡ahora sí que no tengo miedo!

Se puso un poco seria—más bien melancolía que seriedad—y con voz firme, contestó así á mis transportes:

—Usted no tiene miedo; ahora empiezo yo á tenerlo, ahora me toca á mí.

—Usted, ¿Juana? ¿por qué?

—No sabría explicárselo; yo misma no me lo explico. Le querré á usted, sin vacilaciones, porque Juana cuando da su corazón lo da todo entero. Pero esa mujer... esa mujer que tanto le hizo sufrir... Mire usted; no tengo derecho aun á ser celosa; pero si usted me engañase, sería la más desventurada de las mujeres. Algo me dice que este es el amor de mi vida; mi felicidad está en sus manos. ¡Vea usted lo que hace de ella!

***

¡Oh, justo Dios! ¡por qué senderos más desconocidos llega tu justicia! Pero en esta ocasión—desventurado de mí que asistía al

naufragio de mi voluntad—¡qué inútil resultaba tu Providencia, si al ofrecerme el castigo y levantar mi brazo que, impunemente podía descargar el golpe, me privabas del valor necesario, y consentías que mi alma entera se abrasase en el amor de Juana, haciéndome por el amor esclavo suyo y no su dueño, y que olvidara un pasado de ingratitud negra y de traición odiosa, y que todos mis planes de venganza se derrumbasen con estrépito!

***

Terminado el baile, había regresado á tierra en la misma barca en que iba Juana. No sé como lo conseguí; pero fué el caso que me encontré sentado junto á mi novia, sintiendo el calor de su cuerpo, casi juntas nuestras caras cuando volvía la cabeza para mirarla. Iba la navecilla atestada de gente; las invitadas comentaban la fiesta y los hombres reían á carcajadas siempre que un balance un poco fuerte arrancaba ligeros gritos á la tripulación femenina. Era aquello, un resto de la loca alegría y de la excitación del baile. Se sostenían diálogos, se lanzaban piropos de lancha á lancha, en medio del

reguero de luz potente que arrojaban los focos eléctricos del buque, plateando las aguas del Océano y alumbrando, en un último alarde de cortesía, el movible camino de las embarcaciones.

Por lo mismo que, al poner el pie en tierra, era necesario que me separase de Juana, se iba apoderando de mí, á medida que nos acercábamos al muelle, un irresistible deseo de hablarla, de repetirla mis apasionadas protestas de cariño, de decirla mil puerilidades, por ejemplo: que estaba muy guapa; cosa que seguramente le habría dicho cien veces durante aquella noche.

Pero era preciso ser prudentes porque no estábamos solos. ¡Harta imprudencia era el estar juntos, después de no habernos separado ni un instante á bordo del buque! La orgullosa valentía de Juana, su audaz desprecio por la murmuración, me subyugaban por completo, aislándome de todos, aun en la estrecha lancha donde íbamos apiñados.

Muy cerca ya del muelle no pude resistir la tentación de hablarla:

—¿Sabe usted, Juana, en lo que pienso? Pues pienso que me gustaría, que ahora, de pronto, se abriese la barca y naufragaran

todos los que van en ella y nos dejaran en paz á usted y á mí.

Reprimiendo la risa me contestó:

—¡Qué cosas tiene usted! ¡Nos ahogaríamos también nosotros! ¡vaya un gusto!

—¿Ahogarnos?—añadí muy seriamente —¿y usted piensa que nos ahogaríamos? Pues no señor; mientras los demás se irían al fondo, nosotros flotaríamos sobre las aguas, como dicen que flotó el espíritu de Dios. ¡No hay ola capaz de anegar el espíritu Divino, ni un amor como el nuestro.

—Bueno; pues flotaríamos; pero no sea usted imprudente; cállese usted un poco.

—Pues dígame usted que me quiere.

—¡Pero si se lo he dicho ya muchas veces!

—No importa; quiero oirlo otra vez. ¡Mire usted que me tiro al mar de cabeza!

Como en aquel instante la lancha atracaba, Juana se levantó, fijó en mí dulcemente sus ojos y murmuró en voz baja, pero firme:

—Pues bien; sí, le quiero, le querré siempre...

Saltó á tierra y poco después se confundía entre la multitud.

Os diré que los días más felices de mi vida, fueron aquellos que siguieron al baile en el acorazado inglés. Cuando una tarde, paseando por el muelle, le ví levar anclas, poner la proa al mar y despedirse de Málaga con un ronco silbido, tuve un momento de tristeza y casi lloré de gratitud.

## VII

Antes de seguir el relato de mis amores con Juana, tengo que detenerme un poco para poneros al corriente de ciertos detalles. Hasta ahora, he hablado de Juana y de mí, sin preocuparme de otra cosa y dejando injustamente en una especie de penumbra, á un personaje, que en lo sucesivo, váis á *tratar* con mucha frecuencia; á doña Paquita.

Era la prima de Juana, una malagueña muy mona, bulliciosa y alborotadora. Como Germán Alvarez me indicó, la noche de nuestro feliz encuentro en la Alameda, Paquita quería á Juana entrañablemente y la llevaba á todas partes amparándola bajo su pabellón de «señora casada» y de su for-

malidad «supuesta» y lo digo así, porque la linda mujercilla no tenía ninguna. Donde ella estaba todo era alegría y contento. Se la adivinaba sin verla, por su franca risa, su charloteo sin fundamento, lleno de ceceos andaluces, con ese tonillo dulce y mimoso de las malagueñas. Gracias á ella, había yo podido hablar libremente con Juana en el *Salón*, en la Alameda y en el barco inglés y concluídas las fiestas que facilitaron nuestras entrevistas, me sirvió de mucho, protegiendo nuestros amores. Esta protección, era muy de su agrado y cuadraba perfectamente con su carácter y hasta con sus teorías, porque Paquita solía decir graciosamente que «una soltera no era ni chicha ni limoná.» «Ya ve usted; ¡una mujer que ni á tiendas ni á misa puede salir sola! *¡Jesú que tristesa!*»

Pero, como es natural, su protección decidida, casi imperiosa, no empezó, al menos directamente, hasta después de aquella memorable noche en que hice á Juana la confesión de mi amor.

Al principio, nuestras entrevistas, tuvieron todo el encanto de los amores de la primera juventud. Yo esperaba con impaciencia que llegase la noche—como estudiante

que abandona los libros por la novia—para dirigirme á la calle estrecha y solitaria donde estaba la casa de Juana. Era esta casa de dos pisos, como casi todas las antiguas; con patio y fuente de surtidor y ventanas bajas á la calle; ventanas de celosía pintada de verde. No sé si habréis observado que la celosía,—ya casi en desuso—prestaba á estos viejos locutorios del amor cierto poético misterio. Yo la comparo—y quizá sea una extravagancia—con el rebocillo de las mujeres; aun mismo tiempo embellece y medio oculta lo que se quiere ver.

Descubrí en Juana, desde los primeros días, un carácter tiernamente apasionado, cierta vehemencia, no exenta de recelo y melancolía. No había vuelto á hacer alusión alguna á aquella vieja historia que yo le dejé entrever una noche en la Alameda, pero se conocía que no la olvidaba y que el recuerdo era para ella mortificante. A veces me escuchaba sin responderme y permanecía largo rato con sus ojos obscuros fijos en los míos, sin pestañear siquiera.

Una noche, mi espíritu se sobresaltó bruscamente y toda mi sangre afluyó al corazón, cubriéndose de mortal palidez mi rostro. Después de uno de aquellos largos

silencios, en que yo oía distintamente su agitado aliento, Juana me dijo de pronto estas palabras que me estremecieron:

—¿Sabes lo que pienso? ¡Que te he conocido siempre! ¡que te conozco de toda mi vida! ¿verdad que es extraño?

Tardé en contestar porque comprendí que mi voz trémula iba á venderme. Luego esforzándome por sonreir le dije:

—¡Quién sabe, chiquilla! ¡quizás se conocieran nuestras almas!

Ella muy pensativa y muy seria, me respondió:

—No es eso; es que te quiero mucho...

Hablamos luego de mil cosas, de mil nonadas que constituyen el obligado tema de los enamorados; pero las palabras de Juana se habían quedado clavadas en mi pecho como agujas finísimas que me punzaban muy dentro y muy hondo. Fué aquella una inesperada y nueva revelación de mis dos personalidades: un salto atrás violento, en el cual mi felicidad presente estuvo á pùnto de estrellarse. Pero la defendí con el mismo sobrehumano esfuerzo que emplea el náufrago, medio asfixiado, para alcanzar la tabla que flota entre las olas como único asidero á la vida. Aquel amor no se presentaba

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA


ya á mi espíritu con los caracteres de una complicada venganza, sino con la dulzura apacible del bien logrado y merecido que se disfruta sin remordimientos. Lo que yo creí vengativo instrumento ¿no podría ser premio á mi afán constante, lenitivo á mis penas, bálsamo que había de curar todas mis heridas? Mi raciocinio no sacaba ya conclusiones claras y terminantes. Dudaba por egoísmo y me decía: «¡Qué es lo que vas hacer! Amas á una mujer y ella te ama; has colmado con creces la aspiración de toda tu vida, tienes á Juana á tu lado, es tuya. Necio tú, insensato que pretendes mezclar al presente, la hiel del pasado, amargando para siempre tu dicha. Eres como un sediento que con el agua cristalina al alcance de su boca, se entretuviera en enturbiarla en vez de apagar su sed en ella. ¿Quieres ser feliz? ¡Pues no mires hacia atrás, ¡ancho horizonte tienes!»

...Y yo no me resistía á la tentación halagadora y exclamaba mentalmente con ansias de desesperado. «Sí, es verdad, es verdad... ¡á qué retroceder!»

Otras veces la tentación tenía argumentos aún más peligrosos por ser menos metafísicos y por consiguiente más humanos.

«¿Sabes por qué te quiere?—me decía.—Pues porque eres tú, tú mismo; porque ha bastado tu sola presencia, porque le ha bastado verte, para que su corazón, no muerto para tu amor, sino dormido, haya despertado.»

La primera vez que mi egoísmo me sugirió esta argucia, sentí un placer indescriptible; la satisfacción vivísima del matemático que, perdido entre los laberintos del cálculo, ve de pronto clara y precisa la solución del problema.—«¡Toma, pues es verdad!—pensé—por eso me quiere, porque *yo, soy yo.*» Y me quedé tan satisfecho con conclusión tan estupenda. Pero en seguida un resto de desconfianza me impulsó á interrogar á Juana:

—Ya sé—le dije—que tu pasado no me pertenece; nunca te he interrogado acerca de él, porque no tengo derecho; pero, mira, has de perdonármelo; no puedo resistir al deseo de preguntarte: Juana, antes de conocerme, ¿has querido á otro hombre?

¿Pensaréis, sin duda, que la intención de mi pregunta—puesto que nadie mejor que yo conocía sus amores con Pepe Aguilar—era tan sólo profundizar más y más en su traición? Así debiera haber sido si el cora-

zón humano obedeciera á la lógica; pero no; os aseguro que esperé su respuesta con el alma pendiente de sus labios, lo mismo que si jugara mi felicidad á una carta, y cuando, un poco sorprendida y quizá con una sombra de remordimiento, me contestó: «No, á nadie; á tí solo he querido», sentí que respiraba con libertad, como si en aquel instante me hubieran quitado del pecho una piedra enorme.

Me sucedió entonces una cosa extraña, ¡estaba escrito que aquella pasión mía no había de detenerse ni ante los mayores absurdos! Se apoderó de mí una celosa desconfianza, y cuando Juana, recordando que yo mismo le había hablado de Pepe Aguilar, mostró empeño en quitar importancia á aquel afecto de su niñez para desvanecer todas mis dudas, en vez de sentir avivados mis vengativos instintos, me tranquilicé por completo, como si aquel rival—que era yo mismo—me inspirase lástima y risa. Pienso que me hubiera creído desgraciado si Juana me dice: «Pues mira, sí, quise un poco á un pobre muchacho que se llamaba Pepe Aguilar.»

Poco á poco, el egoísmo, que seca todos los puros manantiales del alma, se hizo

dueño de la mía, sin dar lugar á otro sentimiento que no fuera el de mi felicidad. Desaparecieron todos los recuerdos del pasado, ahuyentados por mi dicha ó avergonzados de mi apostasía, y libre de su pesada carga, empecé á vivir una segunda juventud. Ahora comprenderéis que aquellos días fueran los más felices de mi existencia. No hay felicidad, por grande que sea, que no esté turbada por algún recuerdo doloroso; yo en aquellos primeros instantes olvidé mi pasado, como olvida, á veces, el borracho sus penas.

Analizando mi propio corazón, se hubiera hallado en él fácilmente *hambre* de afectos, que no hay ciertamente palabra que mejor exprese esa inquieta y vaga ansiedad de amar y ser amado. Había salido de mi pueblo casi adolescente, me quedé solo muy pronto, sin el santo amor maternal, que aun de lejos calienta y alumbra, porque á un tiempo mismo es calor que conforta y luz que guía, había perdido también á Juana, y mi vocación ó mi destino me lanzaron á un suelo extraño, á las luchas del arte, donde las batallas se libran para conseguir un nombre, y en las que, hasta los triunfadores salen maltrechos, jadeantes, des-

gastadas todas sus energías por el esfuerzo. ¡Ah! ¡sólo los que de esta suerte han combatido, sólo los que han sentido el frío del desaliento penetrar hasta el alma, lejos de la patria grande, sublimada por la distancia, y de la patria pequeña, el hogar nativo, poetizado por la ausencia, pueden comprender con qué fuerza de percepción, con qué clarísimos contornos se aparece la imagen de la mujer á quien amamos adolescentes, y con qué anhelo, con qué ansia de paz y de reposo se piensa en la amorosa soledad del pueblo y en el afecto dulce de la compañera elegida!

Yo no había podido realizar este sueño; pero el amor de Juana, la posesión tranquila de su cariño, eran una aproximación al ideal, y aunque aquella felicidad había venido á mí por caminos extraños y peligrosos, la aceptaba agradecido, como acepta el hambriento una migaja. No amenguará esto el oprobio de mi debilidad; pero ¿no es cierto que la disculpa?

***

Una noche, estando al pie de la reja, esperando á Juana, me pareció oir, á través

de la celosía, otra voz que no era la de mi novia y una risita retozona y mal reprimida. Ví que Juana se acercaba, imponiéndome silencio con un dedo sobre los labios y distinguí al mismo tiempo una sombra extraña que, cruzaba la habitación, casi á obscuras.

Juana acercó su rostro á la reja, y temiendo sin duda que mi bienvenida fuera, como de costumbre, demasiado apasionada, me dijo rápidamente :

—Paquita ha bajado conmigo ¿sabes? Se empeña en protegerte. A su madre, casi la ha vuelto loca *preparándola*, como ella dice, para que entres en casa.

Mientras Juana me decía esto, en el rincón, donde se había refugiado la sombra, seguía la risita sofocada. Sin duda aquella intervención en nuestras veladas le hacía mucha gracia á la bulliciosa mediadora.

Seguro ya de su presencia, exclamé en alta voz :

—No vale jugar al escondite, mi señora doña Paquita. Acérquese, que tenga yo el gusto de saludarla.

Salió al fin de la penumbra y acercó su cara picaresca y alegre á la celosía, enlazando al mismo tiempo su brazo á la cin-

tura de Juana. Mi novia, entre gozosa y turbada, nos miraba á los dos sin saber qué decir.

—Pues, sí señor... he bajado con la primita, para decirle á usted que me canso de estar allá arriba sola con mi pobre vieja y mis nenes que no me dejan sosegar ¿Se entera usted?

—Sí, señora, me entero; y Dios le premiará el sacrificio.

—Bueno, que me lo premie; pero es menester que arreglemos esto, caballerito.

—Arreglémoslo, doña Paquita.

—En vez de hablar por la reja, pueden ustedes hablar dentro de casa ¿se entera usted?

—Sí, señora, me voy enterando.

—Pues no hay más que decir. Mañana doy el golpe. Le presento á usted á mamá y pelan ustedes la pava como Dios manda. ¿Estamos?

—No, señora; no estamos todavía, pero estaremos en la misma gloria y doña Paquita nos habrá abierto la puerta ¿verdad, Juana?

—*¡Jesú!* ¡no sea usted adulón! ¡Si eso no cuesta trabajo! Conque hasta mañana, ¿eh?

Y se marchó riéndose como había venido.

Cuando nos quedamos solos, pregunté á Juana:

—¿De modo que tu tía sabe?...

—Sí; primero se lo indiqué yo, y lo que yo no dije—añadió riéndose, — se encargó Paquita de decirlo. La pobre vieja, me quiere mucho y te querrá también á tí...! ¡ya verás!

De este modo vulgarísimo, sin el menor ribete poético, entré, desde la noche siguiente, en aquel honrado hogar y compartí las largas veladas, con la anciana, con Paquita, con su marido que, solía ir á recogerla á última hora, con los nenes que, se dormían como dos ángeles, y con Juana, de cuyo amor era cada vez más esclavo.

Y quien sabe si esta especie de felicidad casera y prosaica hubiera tenido el más razonable de los desenlaces, el de casarme tranquilamente, si á las tres semanas, poco más, poco menos, no hubiera interrumpido mi dicha, el lance terrible que os voy á relatar.

# VIII

Acababa de separarme de Juana, después de una de aquellas veladas tan dulces y apacibles. Entré en mi cuarto y apenas si pude reprimir un grito de terror.

Nunca he sentido tanto miedo; nunca lo volveré á sentir.

Sentado en una silla, frente por frente á la puerta de la habitación, junto á un velador, estaba un hombre. No me hubiera producido tanto pavor, un asesino que, puñal en mano, acechase mi llegada para hundirme el arma en el pecho. Pero el siniestro visitante, ó no pretendía causarme daño alguno ó al menos no quería herirme traidoramente, sin darme tiempo á la defensa. Cuando yo, paralizado de espanto, le contemplaba, sin poder articular una sola sílaba, alzó la cabeza y clavó en mí sus ojos. Herido por aquella mirada, más que pudiera herirme una fría hoja de acero que se hundiese en mi carne, logré, al fin, gritar y reconociendo al hombre que estaba sentado en la silla, exclamé bruscamente:

—¡Qué haces aquí!

Casi sin moverse, sin que un solo músculo de su cara se alterase, y con acento, más que irritado, triste, me contestó:

—Ya lo ves; te esperaba.

Después, cogiendo una silla, la acercó al velador y sin dejar de mirarme, exclamó:

—Siéntate y hablemos.

Yo quería huir; pero una fuerza extraña me retenía; me senté, frente por frente á él, y enjugándome el sudor frío que me bañaba el rostro, le dije:

—Hablemos, pues.

Entonces aquel hombre, pronunció pausadamente estas palabras que, más que en mis oídos, caían sobre mi corazón, no sé si como lava hirviente que me abrasaba, ó como nieve que penetraba hasta mis huesos; ambas sensaciones advertía:

«—Yo he sufrido mucho por esa mujer; yo he pasado la mitad de mi vida amándola, casi sin saberlo, y la otra mitad luchando, porque sabía que la amaba. Esa mujer me pertenece; es mía porque juró serlo, porque he comprado su amor á precio de muchas lágrimas, de muchas penas ¿lo sabes?

Yo contesté estúpidamente:

—¿De qué mujer hablas? ¡No te entiendo! ¡No sé lo que dices!

El se sonrió con mucha tristeza y me replicó:

—No pretendas engañarme; *á mí, no se me engaña.* Ya sabes que hablo de Juana.

—¡De Juana!—balbucí como un sonámbulo—¿y qué tengo yo que ver con ella? ¡No la conozco! ¡Déjame en paz!

—¡En paz!—siguió él con voz implacable—¡no se lo que esa palabra significa! Si la paz existe, hace ya muchos años que no gozo de ella!—Luego añadió irónicamente.

—¡Qué no sabes quien es Juana! ¡Qué no la conoces! Pues yo te lo diré: Juana, es la mujer que yo amo; la que amé de niño, de hombre, de viejo; porque mírame bien, estoy viejo; no he vivido mis años, he vivido mis penas. Pero todo esto lo sabes tú; tú sabes que vine por ella, después de una ausencia, en que el tiempo, con haber transcurrido mucho, no puede servirme de medida. Vine por ella ¡sí! Y te encuentro en mi camino, entre Juana y yo... ¿Me comprendes?

—Sí, te comprendo; pero ahora, ahora díme ¿qué es lo que quieres de mí...?

—Quiero decirte—replicó con fria calma

—que tú no la mereces, que tú no hiciste nada por merecerla. Pues que, ¿basta que un hombre, diga «yo quiero á esa mujer», para lograrla? ¿Basta que un advenedizo, un cualquiera, pretenda robármela, para que sea suya? Imagina que un pescador fué sorprendido por la borrasca al tender sus redes y que pasada la tempestad y el mar de nuevo sereno y apacible, un intruso recogiera la pesca. ¿Verdad que no puede ser? ¿Verdad que esto es risible? Pues mira, ¡eso pretendes hacer tú!

Si me hubiera hablado colérico, irritado, amenazador, le habría disputado sus derechos; pero ¡ay! no era así. Una palidez de cera, cubría su rostro; me miraba con resignación, suplicando más que pidiendo. Busqué una argucia, una mentira hipócrita. Sin atreverme á levantar los ojos, le dije:

—Pero, tonto, no te enfades ¡si en mi amor triunfante consiste tu venganza! ¡Si lo hago por tí! Yo no seré su amante; seré su verdugo; entre ella y yo, te arrojaré á tí. ¿No te lo dije? ¿No quedamos en eso?

—Sí; tal vez. Pero luego me has engañado. Hice mal en fiarme. Y no creas, yo mismo te disculpo; ¡Juana es tan hermosa! ¡Son tan negros sus ojos! ¡Su voz tan dul-

ce! ¡Cómo verla y oirla, sin que el ánimo suspenso se prende de ella!

Quise aprovecharme de aquella especie de concesión y arrojando la máscara, exclamé:

—¡Oh! pues si lo comprendes, ¿por qué me lo reprochas? Tú has sufrido mucho ¡qué te importa sufrir un poco más! Vamos, sé razonable, renuncia á tu amor, déjame gozar del suyo. Ella me quiere á mí...

Se levantó con violencia de su silla y al dolor, sucedió la cólera:

—¡Qué ella te quiere!—gritó con furia—mientes, mientes, ¡mientes! ¡Juana es mía! ¡Lo fué siempre! ¡Lo será! Y tú, tú que me has traicionado, que has pisoteado con tan fría calma mi corazón, sólo mereces mi desprecio; ¡me das lástima! ¡En tí solo tenía confianza y también me vendes! *¡Ni aun en la voluntad propia cabe la confianza!* Pero ¡ay de tí! ¡ay de ella! ¡ay de los dos, que veréis siempre amargadas vuestras horas por la sombra de Pepe Aguilar!

Sentí una sensación de ahogo, de angustia inmensa, al oir la tremenda amenaza y me cubrí los ojos para no ver al espectro acusador. Luego observé, que con acento, otra vez reposado y triste, como si se hu-

biera deshecho en dolor toda su cólera, volvía á sentarse junto á mí, diciendo:

—Vamos, no temas; sé razonable y podremos entendernos; te perdono tu debilidad; pero tú, tú también me cumplirás tu palabra, ¿no es cierto?

—Es cierto, sí; la cumpliré—respondí dominado, fascinado por sus ojos, como el pájaro por la serpiente.

—Si vuelves á ver á Juana ¿será para vengarme? ¿Para atormentarla?

—Para vengarte... para atormentarla...

—Júralo. Pero espera; júralo por lo que más hayas amado.

—¡Entonces, por *ella* misma!

—¡Oh, necio!—exclamó con acento de indignación—ese juramento no me basta. ¡Juras por un ídolo falso!

—Pues bien; ¡por la memoria de mi madre!

Se levantó conmovido, cruzó la habitación y volviéndose hacia mí desde la puerta, pronunció estas palabras á modo de fatídica despedida:

—¡Por la memoria de tu madre! Me basta; ¡adiós!

Solo, en mi cuarto, apenas si me daba cuenta de lo ocurrido; pero recordando que el nombre de mi rival era el mío, que su ima-

gen era como la mía propia reflejada en el cristal de un espejo, sentí oprimido violentamente el corazón y grité con espanto:—¡Oh, Dios mío, Dios mío, ¿quién es él?... ¿quién soy yo? . . . . . .

. . . . . .

. . . Podría emplear un recurso muy gastado; por ejemplo, deciros que de pronto.... desperté. Pero yo os aseguro, que el hombre que en mi cuarto me esperaba, no era un fantasma, y que nuestra entrevista no fué un sueño, ó más bien—para ser consecuente con mi teoría,—que á un mismo tiempo, *lo fué y no lo fué*. Pensad lo que queráis.

## IX

Si la felicidad dura siempre tan breve espacio que, al perderla la damos por soñada, figuráos lo efímera que fué la mía, lograda por torcidos senderos y cimentada en un engaño. Al despertar, aquella mañana, ví por tierra mi castillo de naipes. Ocurríame una cosa extraña; al pensar en Juana, en Paquita, en su madre, en nuestras dulces

veladas, me parecía que eran recuerdos lejanos de una dicha pasada; y aunque podía volver á gozarla con sólo quererlo, dijérase que una determinación fatal é inquebrantable me lo vedaba, sin que supiera fijamente, de dónde provenía aquel acto de mi propia voluntad. ¿Cómo os lo explicaré? Imaginad un hombre que tiene la felicidad al alcance de su mano; mejor dicho, alcanzada, y no obstante la llora por perdida, porque se dice: «dentro de un momento voy á destruirla irremediablemente.» Eso iba á hacer yo. Podría justificar esta resolución por aquel juramento solemne pronunciado ante *mi rival* la noche anterior; pero ya os he dicho, que no estoy muy seguro de que todo aquello fuera real, y sería pueril fundar en ello el brusco cambio de mi espíritu. Lo cierto era que yo había vuelto á ser Pepe Aguilar; consideraba mis venturas como ajenas, y por consiguiente, fuéronme de nuevo aborrecibles. Desde el momento en que no era yo, sino otro cualquiera el amante de Juana, es claro que había de ser el rencoroso enemigo de siempre, aunque para mi venganza, siguiera usurpando aquella personalidad postiza con que disfrazaba mis odios.

Cuando volví á verla, había ya formado un plan completo para torturarla y martirizarla, con la misma delectación brutal de un esbirro inquisidor que medita nuevos géneros de tortura para sus víctimas.

Empecé por cubrir mi venganza con el antifaz de una tristeza, reservada y enigmática, que Juana no pudo menos de observar desde el primer día—mejor dicho desde la primera noche—en que enmascaré tan arteramente mi rostro. Al principio, me miró con sobresalto mal disimulado, sondeó delicadamente aquella oculta herida de mi alma; más tarde me interrogó con dulzura, y al cabo, desanimada por el mal éxito de sus tentativas, la duda y el desaliento se apoderaron de su espíritu. Me había yo entregado á su cariño tan por completo, me había presentado siempre á los ojos de Juana tan feliz y orgulloso de su posesión, que aquel cambio, inopinado para ella y estudiado cruelmente por mí, tenía que producir el efecto previsto; ¡fácil previsión, caza de acecho y sobre seguro en que la víctima ni siquiera se resistía! Y con qué placer, con qué deleite, contemplaba yo su tormento! Yo veía palidecer sus mejillas; era que cruzaba por su frente la idea negra de mi abandono

ó de mi hastío; yo veía empañarse la limpidez de sus hermosos ojos negros; era el desconsuelo de su amor olvidado; yo la veía enrojecer súbitamente, endureciéndose la expresión de su rostro; era que Juana sentía en el corazón la mordedura de los celos; y así, en su semblante, como en un espejo purísimo, donde el alma entera se reflejaba, veía retratadas sus más recónditas ideas, los matices más imperceptibles de sus sentimientos, y me prestaba mi vengativo instinto, una clarividencia, una fuerza de adivinación que, á mí mismo, me asombraba. Con frecuencia, durante los primeros días, solía decirme con voz opaca y mal segura: «¿estas triste?» y acababa exclamando quejumbrosamente: «¡es que ya no me quieres!» Yo entonces le respondía—«No; no pienses eso, ¡te quiero mucho... igual que antes! No me preguntes...»

Y ella bajaba los ojos, velándolos con sus pestañas obscuras, parpadeando nerviosamente para rechazar las lágrimas.

Una noche en que su angustia parecía ser mas intensa, mas honda, rompió de pronto el prolongado silencio en que nos abismábamos, y clavando con energía sus ojos en los míos, se escapó de sus labios

esta exclamación brusca, inesperada...

—¡Oh Dios mío! Dios mío... Aquella mujer... Apretó los labios, como para obligarles al silencio; pero no pudiendo contener su pena, añadió lentamente:

—¡Sí!... ¡ya lo sabía yo! por eso te dije que tenía miedo. Ella es quien me roba tu cariño. Sé generoso al menos, y confiésalo. Vale más la certeza.

A mí mismo me sorprendieron sus palabras: no recordaba sus celos, su desconfianza instintiva por aquella mujer, de la cual en una ocasión le había hablado y que era ella misma.

—¿De qué mujer hablas?—repliqué al fin—y como ella no me contestase seguí diciendo:

—¡Ah, sí! ya recuerdo. Eres injusta. Creí haberte dicho que la odiaba... no, odiarla no, que la había olvidado, que me era indiferente...

—Sí... pero aún dijiste más... dijiste que su traición había matado tu alma para siempre... Y yo... yo lo oí, y sin embargo te dí la mía...

—Aquello fué un despropósito, una necedad. No está muerta mi alma puesto que te quiero...

—Mira tú—replicó ella, aferrada á su

idea—dices una mentira y una verdad. Es verdad que tu alma no está muerta: pero es mentira que me quieres. ¿No me entiendes bien?—añadió... Pues escucha: yo también sé discurrir sobre las cosas; yo también las analizo de cuando en cuando. No te culpo porque me hayas engañado. La amargura de su traición envenenó tu espíritu: te creiste incapaz de amar, te encontraste solo de repente, y la soledad te dió miedo. Entonces viste á la pobre Juana; á Juana que no supo ocultarte que te quería, y tu corazón, ansioso de afectos, buscó el calor del mío; pensaste de buena fe que me amabas, pero aquello fué un reposo, un alto en el camino, durante el cual tu corazón ha descansado, ha revivido, porque lo que creías muerte, era fatiga y desaliento, y al despertar del primer sueño, te encuentras que amas más que nunca, pero no es á mí, no, es á ella... á ella... que... ¡yo te lo juro, no te querrá tanto como yo!...

El mas encarnizado verdugo debe sentir un instante de piedad por la víctima que atormenta. Yo también lo sentí... *Me escapé de mí mismo*, por un momento, de un salto brusco. ¿Pero me creeréis si os digo que otra vez mi imaginación, el desconcierto

moral en que vivía y batallaba, me puso ante mis ojos, de repente, aquel pálido y melancólico espectro que me había hecho jurar por una santa y venerada memoria que le vengaría?... Oh, sí... Como ahora os veo á vosotros... le ví de pronto sentado frente á mí, junto á Juana, con no sé qué gesto implacable que ponía espanto en el ánimo, y claro, distintamente, oí que me decía: «¿Vuelves á vacilar, porque esta mujer sufre? No vaciles: adelante ¡más sufrí yo!»

Estaba tan absorto, que llegó vagamente á mi oído la voz de Juana que, me decía:

—Yo no te pido nada ¿sabes? Vete, abandóname, pero no dejes que me mate esta cruel incertidumbre...

Sus palabras me volvieron á la realidad, y dueño ya de mí, siguiendo en línea recta el camino trazado de antemano, le contesté:

—Te he dejado hablar, para conocer por entero tu pensamiento. Ahora te diré que te engañas. Sí, Juana, te engañas; despierta tus celos un amor muerto y enterrado, un sentimiento que existió, pero que no existe; no hables mas de él.

Ni ella pareció convencida, ni yo mostré empeño en convencerla... Nuestra velada acabó tristemente.

# X

Me fué harto fácil prolongar y aun extremar el tormento. En realidad, yo no hacía ni decía nada, que pudiera ofender á Juana. No faltaba á su casa una sola noche; repetíale mis protestas de cariño; disipaba sus celos, y me bastaba para mis traidores fines, subrayar con cierto acento de cansancio las palabras más apasionadas. No hay mujer, si en su corazón el amor ha echado profundas raíces, que no se sienta alarmada y miedosa, cuando su amante exclama friamente: *Si te quiero mucho... si no tienes motivo para dudar de mí...* El tono con que esto se diga, da ó quita valor á la afirmación; á veces produce un efecto diametralmente opuesto al que debía producir, interpretada en su acepción directa. Entonces la perspicacia de la mujer enamorada adivina un peligro, y piensa: *Ya no me quiere; le canso; pero me tiene lástima y no se atreve á romper conmigo francamente...* No hay herida más profunda para el amor propio de una mujer. El abandono es para ellas un puñal menos agudo y frío que la

compasión. Además el combate es desigual y casi imposible la defensa: la mujer, en este caso, lucha á pecho descubierto; el hombre traidoramente. Es por lo tanto, un jugador de ventaja. Cuando el amor es débil, el amor propio femenino se sobrepone y la cadena queda rota con más ó menos esfuerzo; cuando el amor avasalla el alma, no hay solución posible: una sola, sufrir. La dignidad podría romper la cadena; pero entonces, entre la duda y el egoísmo, surge esta nueva cuestión... *Puesto que él lo dice, será verdad que me ama... ¿por qué habia de engañarme? ¿no seré yo misma quien me engañe?*... El suplicio no será eterno; pero hay que confesar que puede prolongarse mucho... Os canso con esta proligidad en los detalles, porque todo mi complicado plan se reducía á eso.

Ya no sentía las dudas que otras veces me acometieron, al pensar en la firmeza del amor de Juana, sin la cual, todo hubiese sido inútil; no me explicaba por qué designios ocultos y casi providenciales, Juana me amaba lo bastante, para que su amor resistiera la prueba. Por experiencia propia, y como propia, dolorosa, sabía hasta qué punto podía fiarse en su constancia. Y, sin em-

bargo, Juana seguía amándome. Había yo hecho, cautelosas indagaciones, buscando un punto de luz que me guiase á través de su alma. Averigüé que no había embotado y profanado la sensibilidad de su corazón con fáciles amores. Teníanla por altiva y orgullosa. Era de esas mujeres que, en la calle, en el paseo, en el teatro, parece que miran á todos los hombres, sin mirar á ninguno. Los desairados, habían traducido esto, al caló grosero de la conversación familiar é íntima, diciendo «que no tomaba varas». Comprobados tales datos, forzosamente hubiera tenido yo, que sacar la conclusión, de que mi novia sólo me había amado á mí, y antes, mucho antes, á Pepe Aguilar, es decir, á mí mismo también. Si esta confusión de personalidades os cansa, recordad que, como os dije al empezar mi historia, yo *era* y no *era* al mismo tiempo.

***

Sucedió, en una ocasión, que nuestras veladas se interrumpieron por varias noches. Llegué, una de ellas, á casa de Juana, y ví su asiento habitual vacío. Estaban, como siempre, la anciana, más que sentada hundida en su sillón, los niños y Paquita. La cual, así que me hube sentado, después de saludarlas, acercó á mí su silla y me dijo, rápidamente, con su acostumbrado desparpajo:

—Tenemos que hablar, caballerito...

—Hablemos, doña Paquita. Pero antes—le interrumpí con impaciencia—me va usted á decir por qué no está aquí Juana.

—Pues mire usted, de eso vamos á hablar, de Juana...

—Pero, ¿cómo?—añadí con sobresalto—¿ella no va á venir? Hable usted por Dios, doña Paquita, y no me mire de ese modo.

—Bueno; no le miraré á usted, pero lo que le digo es que Juana no está de humor de venir y no vendrá...

—Me deja usted asombrado, ¿acaso está enfadada conmigo?

—No señor, está enferma.

—¡Enferma!—repetí yo, con angustia sincera, sintiendo un brusco ahogo, una fuerte opresión en la garganta.

—Sí, señor, sí, enferma he dicho, y no se

me haga usted de nuevas, porque usted, usted mismito ¿me entiende? es quien tiene la culpa...

No supe, al pronto, qué contestar; realmente, mi conciencia me estaba diciendo á gritos, que la fulminante acusación que con tal desahogo lanzaba sobre mí doña Paquita, era harto justa. Lo que me convenía indagar, ante todo, era si mi desvío, tan cautelosamente encubierto, había sido sorprendido por la perspicacia de la primita ó todo era resultado de una confidencia.

—¿Según eso—interrogué para salir de dudas—es Juana misma quien se queja de mí? ¿Es ella quien le ha dicho...?

—No, señor; no me ha dicho nada... pobrecilla. Pero, ¿cree usted que yo soy tonta? ¿Cree usted que yo no tengo ojos en la cara? Pues no se necesita ser muy lince para ver lo que yo he visto: y es que Juana está triste y llorosa, y así como en continuo sobresalto, desde hace días. Y cuando una muchacha que tiene novio, se entristece y llora y se sobresalta, no hay que decir quien tiene la culpa... ¿Sabe usted lo que le digo?—preguntó de pronto en aquel acceso de verbosidad implacable—pues que antes, éramos las mujeres las que dábamos *penitas* á

los hombres; pero ahora... ya ve usted, el mundo al revés... Ustedes son los que se dan tono.

—Sin embargo, doña Paquita,—interrumpí yo, por atajar de algún modo la avalancha de su indignación, que amenazaba aniquilarme.—Usted sabe muy bien que yo amo á Juana...

—Sí, ¿eh? Pues mire: si yo estuviera para *músicas* le cantaría ahora mismo un cantar;... aquel que dice:

Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de los hombres

..... y ya sabe usted lo otro...

—Sí señora... *palabras vanas;* pero esa copla no reza conmigo, y usted harto lo sabe;... porque sinó, vamos á ver: ¿hubiera usted protegido nuestros amores?

Frunció graciosamente el entrecejo doña Paquita, no encolerizada, sino sorprendida por mi pregunta, con la cual, aunque indirectamente, la declaraba cómplice del engaño de Juana, y replicó con turbación:

—¡Esa sí que es buena! ¿A que resulta ahora que tengo yo la culpa de todo lo que ocurre? Yo le protegí á usted porque creí de buena fe que quería á mi prima, ¿me en-

tiende? Pero hombre, ¡si ponía usted unos ojos cuando la veía!...

—¡Por Dios, doña Paquita, no se enfade conmigo! Usted me protegió é hizo bien en protegerme. Créame; todo eso son cavilaciones de usted. Digo... sino es que Juana...

—Le repito que Juana no ha chistado... ¡pues buena es ella!... Mire usted, yo digo que es de la cofradía del silencio. Nunca cuenta sus penas...

—¡Como que no las tiene!

No sé lo que iba á contestarme, porque en aquel momento entró Juana. Se adivinaba que salía de una habitación obscura, porque sus hermosos ojos se entornaban, heridos por la luz del quinqué. Tenía el cabello mal recogido, y en la palidez del rostro y desaliño del traje, conocíase que estaba realmente enferma.—La primita, al verla, se levantó, no sin decirme antes al oído, contestando á mi última afirmación:

—Si tiene ó no tiene penas, ella misma se lo dirá á usted, porque ahí está.

Juana se sentó junto á mí, arrebujándose en el abrigo que traía puesto.

—No quería salir, sabes... Estaba en mi cuarto; pero aquella obscuridad, aquel silencio, creo que me hacían más daño...

Ni una palabra de reproche salió de su boca; se callaba sus penas, como decía su prima. Temblaba ligeramente, estremecida por la calentura, y había en su rostro una expresión tan marcada de tristeza y desaliento, que aquel temblor convulsivo de su cuerpo se comunicó al mío, mientras una compasión profunda, infinita, un inmenso desbordamiento de ternura llenaba mi alma.

Con emoción sincera, exclamé al fin:

—No esperaba verte esta noche, Juana. Paquita me había dicho que estabas enferma... ¿Qué tienes? ¿qué sientes? ¿por qué has venido?

Con naturalidad dulcísima, sin dar valor al amoroso reproche, me respondió:

—Sí, estoy mala, no sé qué tengo; pero oí tu voz y he salido por verte. Aquella habitación estaba tan obscura...

Tomando bruscamente una resolución, como el médico que decide ensanchar una herida para llegar hasta su fondo, le pregunté:

—Paquita me acaba de decir que tu enfermedad tiene un nombre: «tristeza», y que yo soy la causa; díme, Juana, ¿es esto verdad?

Sorprendida, pero sin turbarse, exclamó:

—Nada he dicho á Paquita...

—Nada le habrás dicho; pero no es eso lo que te pregunto. Lo que no se dice puede adivinarse... ¿Lo ha adivinado ella?

No pudiendo rehuir una contestación directa, se vió precisada á responder:

—Mira, yo no quiero hablarte de... eso. Ya te hablé la otra noche y pensé no insistir más. ¡A qué me preguntas!

—Porque necesito preguntarte; porque necesito saber si tú me crees; porque tengo derecho á que me creas.

—Y yo, yo,—exclamó con la voz cortada por el llanto,—tengo también derecho á que no me atormentes... Luego, rehaciéndose de su debilidad por un extraño impulso de su alma, como si la pena contenida brotara á raudales de un manantial, hasta entonces cegado, siguió diciéndome con acento, á la par quejumbroso y firme.—Pues sí, estoy enferma, y enferma de tristeza, de desesperación, de pena, y la causa eres tú. ¿Querías saberlo? Pues ya lo sabes... ¡Quién iba á ser, si tú has llegado á serlo todo para mí!.. Te dije que este amor sería mi ventura ó mi desgracia... Dios ha querido que no sea lo primero...

A las palabras de Juana, que os acabo de referir fielmente, contesté así:

—¿De modo que, para tí, nada valen mis protestas? ¿De nada me sirve el asegurar que te engañas, que me acusas con injusticia?

—¡Qué más quisiera yo!—me replicó, como fatigada por aquella lucha—que poder creerte! ¡Ya comprenderás que entonces sería feliz, muy feliz!

—Pero, ¿qué es lo que en mí has notado? ¿Qué motivo doy á tu suspicacia? Podía apartarme de tí, y no me aparto... ¿A qué engañarte? ¿A qué engañarnos los dos?

—¡Ay! No lo sé. Este pobre amor mío, que tan pronto se hizo dueño y señor de mi alma, se me aparece en mis horas de insomnio, como un castigo, como una expiación; pero, ¿por qué falta, Virgen de los cielos? ¡La busco y no la hallo!

Me pareció que la sombra de Pepe Aguilar, cruzaba silenciosa la habitación...

Ella prosiguió diciendo:

—¿Me preguntas por qué no me abandonas? Pues yo te lo diré: acaso por lástima... ¿Pero que compasión es la tuya? Más te hubiera agradecido la verdad, por dolorosa que fuera. Cuando empecé á dudar de tu

cariño, te pedí que no me engañases... ¡Ni aun esa gracia quieres concederme! Mira tú si eres cruel conmigo.

Jamás un alma podrá mostrarse tan por entero á las celosas miradas de un amante, como á las mías se mostraba la de Juana. No había un rincón en sombra: toda ella era luz.

Si alguna duda pudiera haberme asaltado acerca de la sinceridad de aquel cariño, tan cruelmente hollado á sangre fría, se hubiera desvanecido al escuchar la última exclamación de Juana.

Lloraba sus venturas, dándolas por perdidas, como se llora por las esperanzas muertas, y aun en su misma desolación, aparecía amante y resignada. Se veía por sus palabras, que aceptaba hasta el abandono, sin ocurrírsele siquiera la idea de la rebelión, de la protesta: bajaba con humildad la frente, como al peso de una desventura inevitable ó de un terrible fatalismo.

Yo aquilataba ansiosamente todo aquel tesoro inagotable de ternura; pero no sé qué fuerza oculta, qué genio amparador de mi venganza, me empujaba hacia adelante, nuevo Fausto arrastrado por Mefistófeles con la inexorable fuerza de un pacto. Ha-

bía que cumplirlo. Y fué entonces, entonces precisamente, cuando más propicio debía tener el espíritu al perdón y al olvido, cuando, de pronto, surgió en mi cerebro un plan diabólico, que me hizo entrever clara y terrible aquella venganza, hasta entonces obscura y difícil. No; ¡no fuí yo quien urdió aquella red traidora, donde debía caer el alma de Juana, retorciéndose entre sus mallas con angustia! ¡Era un pensamiento ajeno dentro del mío propio: era otro sér que hablaba dentro de mí! Yo no hubiera sido tan cruel...

Juzgad vosotros mismos si la puñalada fué honda y certera.

Como el criminal que, abrumado por su conciencia, deja escapar la revelación de su delito, exclamé, fingiendo que arrojaba bruscamente la máscara:

—Es cierto, Juana; he sido muy cruel contigo; pero ya no me siento con fuerza para seguir engañándote; has de saber toda la verdad, y la vas á oir ahora mismo...

Sobrecogida por aquella inesperada contestación, observé que su cuerpo temblaba y que la palidez de su rostro se hacía más intensa. Quiso disimular su inquietud y con

voz mal segura, esforzándose por sonreir me dijo:

—¡La verdad! ¡eso ansío, la verdad!... pero ya ves si soy tonta; ahora... ahora que vas á decírmela tengo miedo...

—Y sin embargo—interrumpí yo—una parte de esa misma verdad, no debe serte dolorosa, si es que me quieres: porque, óyelo de una vez: mi alma es tuya; lo fué desde que mis ojos acertaron á verte; y de tal modo la esclavizaste, con tal género de soberanía reinaste en ella, que lo será siempre... ¡Pensaste, pobre Juana, que mi frialdad de algunos instantes, la tibieza con que á tus celos contestaba, era desvío y desamor! ¡cómo te equivocabas! ¡quizá en esos momentos, si para tí dé cruel incertidumbre, para mí de lucha terrible, te amaba más que nunca. Pero hay algo, algo que pesa sobre este amor, y es el remordimiento; remordimiento que me persigue, que me agobia, que no me deja gozar en paz de lo que creí mío...

—No te entiendo—exclamó acongojada no logro entenderte. Quiero pensar en todo eso que acabas de decirme y no puedo, porque en mi cabeza se levanta la confusión y las fuerzas para pensar me faltan.

Anhelo creer que me quieres, pero ¿de qué remordimientos estás hablando? ¿qué obstáculo se levanta entre nosotros y nuestro amor?

Irguiéndose, de pronto, con altiva dignidad, añadió, mirándome de frente, sin vacilaciones en la voz, casi con aspereza.

—Si el obstáculo es una infamia, no me la digas; vete y que Dios te perdone...

—¡Una infamia!—murmuré yo, como si pensara en voz alta.—¡Sí! tal vez...

Entonces Juana, con audaz valentía, exclamó:

—Mira, estoy pensando en una traición, en una deslealtad muy negra; ¡no quiera Dios que acierte! ¿Acaso no eres libre?... ¿Acaso otra mujer lleva tu nombre?...

—¡Oh! no, no pienses eso; no imagines que soy tan miserable.

Respiró como libertada de un peso enorme y desfallecida murmuró:

—Pues sea lo que sea, ya te escucho, habla...

Sin mirarla, porque me hubiera faltado valor para herirla de frente, empecé así:

—No sé si lo recordarás; pero aquella noche, á un tiempo feliz y desgraciada, en que

Germán Alvarez me presentó á tí, te hablé de un hombre, á quien en otro tiempo quisiste, y cuyo amor habías olvidado por completo. Ni de su nombre te acordabas; yo lo repetí á tu oído: Pepe Aguilar.

—Sí, lo recuerdo; y recuerdo también que te dije que nuestros amores fueron un juego de la infancia; pero entre él y nosotros ¿qué relación puede haber?

—¡Ah! ¡muy estrecha! tanto como este círculo de hierro, en que mi razón se debate inútilmente: porque ese desdichado Pepe Aguilar, que te amaba de niño, te ama hoy de hombre, con locura desesperada. Era mi amigo, es mi amigo, casi mi hermano. Nos unió, en la juventud, la pobreza que lucha, y no hay lazo más fuerte que ser pobres y luchar juntos. Y nosotros luchamos, Juana... Podría contarte, una por una, sus penas, sus esperanzas, sus desengaños; todo ese gran equipaje de los que empiezan á vivir la vida sin otro caudal. Con la mirada en el porvenir, y puesto tu cariño en el corazón, como se ponen las ofrendas en los altares, trabajaba sin descanso. Nos encontramos al principio de la cuesta y juntos vivimos y juntos emprendimos la penosa ascensión. De aquellos días son estas confi-

dencias, de aquellos días estas palabras suyas:

—«Yo lucho—me decía—por una chiquilla morena, con unos ojazos muy negros y muy hermosos... Ella me espera en el pueblo; su casa está junto á la mía; una casa muy blanca, con unas rejas muy grandes y unos claveles muy rojos. Siento impaciencias desesperadas por volverla á ver, pero no soy celoso ni desconfiado... ¡pues si supieras lo que ella me quiere!»

Luego, pasó el tiempo; ¡no fué mucho! Volvimos á encontrarnos, lejos de nuestra patria. El pobre amante, en otro tiempo tan feliz y animoso, sufría, atormentado por una pena oculta, traidora No pudiendo, por fin, sobrellevarla en silencio, se abrazó á mí y balbució llorando:

«...Mira... mi chiquilla morena, la de los ojazos negros y hermosos, ya no me quiere... ¡qué va á ser de mí!»

Y no había consuelo para él; agotaba su juventud y sus energías en un quietismo estéril, como combatiente que se entrega por desprecio y tedio de la vida; y cuando yo le señalaba el porvenir, viendo que su espí-

ritu se consumía, como lámpara de santuario en ruinas, me miraba tristemente, repitiendo su única querella:

«¿Qué quieres que haga? ¡si mi chiquilla morena ya no me quiere...»

Luego, como hiel que va fluyendo lentamente, destilando gota á gota su amargura, me confió todos los detalles de aquella gran catástrofe de su amor, deteniéndose en ellos con deleite enfermizo, sin distraer su imaginación de su pena ni un solo instante, como si no supiera apartarse de los escombros de su dicha...

Primero eran las cartas que llegaban muy de tarde en tarde, que faltaron por completo; la duda y la zozobra, alevosas avanzadas del desengaño. Después, el embotamiento del dolor, la fatiga, la anemia del alma.

...Yo asistí, punto por punto, á este espantoso naufragio, en el cual, ni aun el consuelo me quedaba, de ofrecer al pobre amigo una tabla de salvación, porque él quería hundirse y rechazaba el asidero.

A fuerza de oirla, llegué á considerar aquella pena como si fuera mía... ¡qué lejos estaba entonces de sospechar que yo mismo pudiera escarnecerla!

Un día, pensando que ya me había ganado honradamente el derecho de vivir en mi patria, volví á ella los ojos con enternecimientos de hijo ausente que, emprende su regreso al hogar. Era necesario separarme de aquel triste compañero, de aquel rezagado de la fortuna. Con el último abrazo, me dijo estas palabras... «Escucha; si la ves, cuéntale lo que he sufrido, lo que sufro; quiero que lo sepa...»

¿Me comprendes ahora? ¿Vas viendo claro lo que pasa en mi alma? ¿No es verdad que, cuando te dije que mi proceder era infame, no apliqué á mi negra traición el nombre que merece? ¿Qué ceguera de sentido moral fué la mía? Yo no lo sé. Tú la hiciste más densa. Te hablé de Pepe Aguilar, y nada te dijo al alma su nombre; quise relatarte sus penas, y me interrumpiste cruelmente... Ahora mismo, hace un instante, volviste á insultar su dolor; lo que para él era la vida entera, es para tí «un juego de la infancia». ¡Tú lo has dicho; un juego de azar, pero de azar terrible, en que él lo puso todo á una sola carta y lo perdió todo! ¡Parecía que ese gran infortunio debiera tener un límite; pues no lo tuvo, no lo tiene! Faltaba la traición del amigo, ¡pues

también la traición! Y mírame á tu lado, no como emisario de desventuras, sino como amante satisfecho. Me preguntas si te amo y yo te contesto: sí, cariño inmenso, sin límites, pero remordimientos más ilimitados, más inmensos aún; porque cuando mis ojos te miran, cuando mi oído te escucha, veo también á Pepe Aguilar, y oigo su voz que me repite con angustia:

«... Mi chiquilla morena, la de los ojazos negros y hermosos, ya no me quiere...»

Miré á Juana; sus ojos parpadeaban nerviosamente, empeñados en detener una lágrima que, al fin, poderosa, invencible, rodó por sus mejillas. Yo sentía que mi corazón se despedazaba, pero oprimiéndole con fuerza, aún tuve valor para exclamar:

—Ya ves, pobre Juana, que este amor nuestro es imposible... Bien haces en llorar por él.

Entonces ella, dejó correr libremente su llanto, y su conciencia prorrumpió en este grito:

—No, no quiero engañarte; esta es hora de verdades y hay que decirlas. No lloro por mí, lloro... por aquel... por el pobre Pepe Aguilar...

Los dos callamos; parecía que el silencio pesaba materialmente sobre nosotros. Sin embargo, mi alma gozaba una dicha purísima.

De pronto, apareció ante mí nuevamente aquel espectro misterioso, cuya imagen era como la mía reflejada en un espejo, y me estremecí de espanto. Estaba junto á Juana, inclinado hacia ella, pero en su rostro no se pintaba, como otras veces, el rencor vengativo, sino una placidez dulce, melancólica, un sublime reposo de bienaventuranza. La contempló largo rato, como embebecido en su hermosura de Dolorosa, y luego, fijando en mí sus ojos, exclamó con orgullo:

—Ahora llora por mí. No turbes el despertar de su conciencia. Déjame apurar toda esta ventura...

—Es justo, le contesté; á tí sólo te pertenece. Ella misma lo ha dicho; á tu vez dime, si estás satisfecho de mí.

Tendiéndome su mano, me respondió:

—Sí, estoy satisfecho; has cumplido el pacto; mejor dicho, has empezado á cumplirlo. El llanto lava sus culpas, pero falta el sacrificio que, por completo, las purifique..., ¿me entiendes?

—Te entiendo, pero me das miedo... ¿Qué más quieres de mí? ¿No ha sufrido aún bastante?

—No es bastante. Quiero que por mi amor, renuncie al tuyo...

—¡Oh! eso es para mí un imposible. Yo he podido atormentarla, pero no puedo mandar en su corazón.

—No te pido eso. Si me amara, ¿qué sacrificio haría con olvidarte? ¿Me comprendes ahora?

¡Ay! sí comprendí. Había pensado, por un instante, que llegaba al término de la jornada, y Pepe Aguilar me advertía que aún quedaba la mitad del camino por recorrer, y que la hora del descanso estaba lejana...

Volví, poco á poco, al mundo real... Paquita se había acercado á nosotros, al vernos tan callados y tristones, y con su graciosa desenvoltura exclamó:

—...Y díganme: después de dos horas de charla ¡dos horitas, justas y cabales! ¿se hicieron las paces? ¿Ha rezado el yo pequé este caballerito?

—Sí; lo ha rezado—contestó Juana, sin duda con doble intención. Y buscó mi asen-

timiento, preguntándome: — ¿No es verdad que sí?

— Santo y bueno — interrumpió alegremente la prima. Aquí está ya mi marido tocando retreta.

Nos despedimos, y así terminó aquella velada, triste y sombría para Fernando Moncada, aurora de una noche muy larga para Pepe Aguilar...

## XI

A la tarde siguiente, leía yo, en mi habitación del hotel, esta carta de Juana:

«Te escribo, porque considerándote honrado, doy por seguro que no vendrás esta noche; que no vendrás nunca... Lo más amargo, lo que más duele, hay que decirlo pronto: ya está dicho: nuestra separación es necesaria, inevitable; tú también lo habrás pensado. Con tus palabras en el oído, sin concederme á mí misma una piadosa tregua, te estoy escribiendo, antes de acostarme, en cuanto tú te has ido, para no poner un solo obstáculo, á este primer impul-

so de mi conciencia. Pero antes de separarnos, quiero á mi vez decirte, todo lo que pienso, y después de la tuya, quede también mi confesión en esta carta. Hiciste bien en no ocultarme la verdad, y al mismo tiempo que comprendo tu sacrificio, lo agradezco. No hubiera soportado la traición de un abandono vulgar; en cambio ahora, siento en mí algo que me sostiene y conforta. Engañada por tí, hubiérame sido necesario por propio decoro el olvidarte: sabiendo la verdad, puedo compartir mi mala ventura con tu recuerdo. Y no temas que me queje: yo sé sufrir...

»Oyeme, como me oiría mi confesor:

»Sigo amándote, porque ya te dije que, feliz ó desgraciada con tu amor, no tendría otro. Si he llorado por Pepe Aguilar, fué el mío llanto de lástima profunda. El relato de sus desventuras conmovió mi alma; no imaginaba que mi culpa pudiera ser tan grande, y hubiera jurado mi inocencia, sin miedo de ofender á Dios. Apenas era yo mujer cuando él me quiso: medía su cariño, más que con el corazón, con mi infantil vanidad recién despierta. Tú lo dijiste anoche: en aquel juego, él lo puso todo; mi espíritu, aún sin formar, blanda cera sin con-

sistencia, puso lo que podía poner, veleidades de niña, que ni el mal que hace comprende. No había tenido yo tiempo de darme cuenta de aquel afecto irreflexivo, cuando Pepe Aguilar se separó de mí... No quiero disculparme: tan sólo me confieso.

»Con la mano sobre el corazón, me pregunto si aquella infidelidad mía merece el gran castigo de perderte á tí ahora, y mi corazón me contesta que no: no es esa la razón que nos impone el sacrificio; es tu propia honradez, tu lealtad para el que llamas tu hermano. Si no hubieras acallado noblemente tu egoísmo; si después de lo que me revelaste, me hubieras pedido de rodillas que lo olvidara, que saltáramos los dos por ese obstáculo, imagino que me hubiera avergonzado de quererte.

»No; ¡no puede ser! esta es la triste verdad á que tenemos que acostumbrarnos. También yo, vería amargada mi dicha, turbados mis goces más puros, y aun siendo yo insensible, al sorprender en tu mirada la sombra de un remordimiento, se ablandarían todas las durezas de mi corazón.

»Por lo que ha pasado, juzgo perfectamente lo que pudiera pasar, cuando todo fuera irremediable. Con un poco de egoísmo

podríamos salvar nuestra felicidad; pero al salvarla, perderíamos quizá hasta la mutua estimación. En fuerza de querer borrar el pasado, podría llegar un instante en que tú mismo imaginases que gozabas una dicha ilegítima, bastarda.

»Tal vez, meditando con más sosiego, llegaran á parecerme sutilezas de un espíritu enfermo éstas que ahora tengo por deducciones claras é irrefutables. Pero ya te he dicho, que quiero aprovechar el primer impulso: sigámosle los dos.

»Si hubo en mí culpa, grande es la penitencia de perderte.

»Como te creo leal y generoso, no vacilo en volver á estampar en esta carta el nombre de Pepe Aguilar, para decirte que, cuando Juana dejó de quererle, tampoco quiso á nadie. Mi corazón ha dormido un sueño tan largo, que sólo despertó para tí: aún no logro explicarme lo rápido del despertar. Sin duda Dios lo hizo, para castigar dos traiciones, la tuya y la mía.

»...No te pido que me olvides, porque no tengo fuerzas para ello: yo tampoco te olvidaré: así será mayor y más noble nuestro sacrificio. Adiós...

JUANA.»

Ya no tenía necesidad, de extremar mi venganza: Juana misma se había anticipado á ella, como un reo que, adivinando un fallo de muerte, lograra un arma y se arrancara por su propia mano la vida. Era ocioso imponerle el sacrificio, porque lo aceptaba sin protesta. Podía yo dar por conseguida y aun apurada la venganza, porque nunca soñé que fuera tan completa. Entonces, pensé, sin miedo, en aquel Pepe Aguilar rencoroso é implacable: si otra vez se presentaba á mí, le diría tranquilamente: «Se acabó tu influjo tiránico; se colmó la medida: no podemos atormentarla más...»

Parece que mi propio pensamiento fué un conjuro; de pronto, volví la cabeza, y le ví sentado, junto al mismo velador en que se me apareció por primera vez. ¿Cómo os describiría yo gráficamente su expresión de triunfo, casi de beatitud? Sólo me ocurre una comparación sencilla de la vida vulgar. Figuráos que una persona, á la que siempre habéis visto de riguroso luto, se presenta á vuestros ojos con un traje muy claro y una corbata de colorines.

A pesar de mi aplomo, me causó cierto temorcillo su presencia, porque me dije: ¿Será éste capaz de salir con alguna nueva

embajada? ¿Imaginará alguna estupenda sutileza? ¡Dan en tales despropósitos estos fantasmas salidos de nuestro propio espíritu!...

Pero no: mi *alter ego*, me miraba con cara de pascua, y burlándose de mis secretos pensamientos, exclamó:

—Vamos hombre, ¿piensas que yo me como los niños crudos? ¿No has adivinado todavía que, con toda mi crueldad, no soy más que un pobre diablo enamorado? ¡Ya ves, he leído, por encima de tu hombro, la carta de Juana y á poco no te mancho la levita con mis lágrimas!

—¡Ah!... ¿la has leído?

—Desde el principio hasta el fin. Por eso me ves tan alegre.

Recordando yo que, después de todo, el amor de mi espectro no quedaba muy bien parado en la carta de Juana, porque Juana misma confirmaba en ella el que á mí me tenía, insistí con recelo:

—¿De modo que estás satisfecho?; ¿completamente satisfecho?

—Sí, hombre, sí; ¿qué querías que hiciera la pobrecilla, siendo tan joven y con un espíritu de *blanda cera sin consistencia...?*

—Ya, ya veo que te sabes de memoria la

carta... Lo que ahora me sorprende, es que tú la disculpes con tal facilidad.

—¡Pues podría no disculparla! ¿No acabas de leer lo que va á hacer por mí?

—Ya lo creo: fastidiarme y dejarme plantado por tu culpa.

—¡Buen tonto serás, si lo consientes!

—¡Cómo! ¿ya no tienes celos?

—¿Celos de mí mismo? Chico, tú te has vuelto loco.

—Poquito á poco, señor mío: ya sabes que á quien quiere, es á mí...

—No tal: á mí.

—Pero, ¿quién eres tú?

—¿Yo? Pepe Aguilar, ¿y tú?

—Pues... también Pepe Aguilar...

—Luego ya te habrás convencido de que somos uno mismo y que no hay tal infidelidad en Juana, puesto que sólo te ha querido á tí, es decir á mí, á Pepe Aguilar...

—Hombre, me gusta: por ahí podías haber empezado, sin obligarme á atormentarla. ¿Y ahora que hacemos?

—Ser muy felices.

—Y ¿cómo?

—Poniéndonos de rodillas á sus pies y pidiéndole perdón... ¿estás contento?

—Contentísimo.

—Pues, olvidemos lo pasado y démonos aquí mismo un estrecho abrazo...

...Y sucedió que al abrazarnos, y sin saber como fué aquello, nuestros dos cuerpos, nuestras dos almas se juntaron, se fundieron en una y me encontré solo dentro de mi cuarto.

## XII

Sin duda para probarme que había recobrado por completo mi personalidad una y *absoluta*, entró en mi habitación, en aquel momento, Germán Alvarez, el cual con cómico sigilo y alardeando de prudente—tal vez porque suele alardearse de las condiciones que menos se poseen—exclamó en voz baja desde la puerta:

—Pepillo ¿se puede hablar?

Como la alegría me retozaba por todo el cuerpo, prorrumpí en una franca carcajada, que dejó atónito á mi *discreto* amigo, y le contesté, gozándome yo también, de hablar en voz alta y sin tapujos:

—Sí, hombre, sí; puedes hablar todo lo que quieras, y puedes entregarte á tu vicio de preguntarme todo lo que quieras... y

puedes llamarme á grito pelado por mi verdadero nombre... Conque adelante.

—¡Ay, bendito sea Dios!—exclamó, como si arrojara un peso enorme—palabra de honor que empezaba á fastidiarme todo esto. ¿Pero no me engañas? ¿Se acabó la comedia? ¿Puedo enviar al diablo la discreción?

—Acabo de decírtelo...

—Hombre, que Dios te lo pague; me estabas imponiendo un sacrificio superior á mis fuerzas. Pero, oye, oye, ¿dices que puedo llamarte también por tu nombre de pila y por tu legítimo apellido?...

—¡Serás pesado!... ¿No te he dicho que sí?...

—¡Uf! chico; es que tenía un escrúpulo de conciencia... me he vuelto muy delicado...

—Confiésamelo y te absolveré...

—¿Sin penitencia grave?

—Sin penitencia...

—Pues mira, el pecadillo es muy reciente; acabo de cometerlo ahora mismo; está vivito y coleando; verás: Venía del casino, donde acababa de perder un coto de palos; tres mesas una tras otra. Yo me empeñaba en que Villarroel, mi contrincante (el due-

ño de la huerta donde tan famosamente te batiste), había hecho sucios los ocho últimos tantos..., y con esta gravísima cuestión en la cabeza, llego al hotel y le pregunto á un criado:

—¿Está en su cuarto el señor de Aguilar?

—¿Qué señor de Aguilar?—me responde.

—¡D. José Aguilar, majadero, quien ha de ser!

—Pues no le conozco; ahí tiene usted al amo que le dará razón.

Me encaro furioso con el amo y le repito mi pregunta, y claro está, me dió la misma respuesta. Ya conoces mi genio; monto en cólera y le grito desaforadamente en mitad del patio:

—¡D. Jo-sé Agui-lar, el-del-cuar-to-número nue-veee...!

—Pero caballero, si ese cuarto lo ocupa D. Fernando Moncada...

Me quedé corrido, chico; me hubiera propinado, de buena gana, los ocho palos sucios de Villarroel; pero te aseguro, que no me acordaba de que habías cambiado de nombre, encargándome la reserva. Cuando caí en la cuenta, tomé el partido de echar escalera arriba, ¡y puedes creerme! venía avergonzado...

Riéndome de la ocurrencia, tranquilicé á mi amigo, diciéndole:

—¡Pobre Germán! Desecha tus escrúpulos; ya es inútil la farsa...

Lo celebro; ¿pero convendrás en que fuera de esto, he sido un héroe?

—Mucho más que un héroe, y en prueba de ello, cuando termine mis asuntos, he de pintar tu retrato con nimbo luminoso y un letrero que diga: «San Germán Alvarez, discreto y mártir»...

—Mira; déjate de bromas... é ilústrame...

—No puede ser; ahora no tengo pinceles...

—¡Bah! Está visto que hoy no se puede hablar contigo. ¿Te empeñas en tomarme el pelo?... Pues aquí está mi cabeza inocente y acaba de una vez...

—Tu cabeza no, tus brazos son los que yo quiero, Germán; venga un abrazo y aprieta firme... Hoy es día de fiesta...

—No será para mí, que he perdido un coto sin meter baza..., y lo que es los últimos tantos fueron sucios; palabra de honor...

—Pues yo, en cambio, he ganado otra partida... Tampoco jugué muy limpio, pero chico, el fin justifica los medios... ¿Me comprendes?

—Creo adivinar que se trata de Juana; pero, calla, ¡majadero de mí! ¿Pues no se me olvidaba lo mejor? Cuando te digo que mi cabeza...

—Ya caigo; vas á contarme otra distracción...

—¡Qué distracción ni qué ocho cuartos! Lo que voy, es á contarte lo que acaba de decirme doña Paquita en plena calle, y con un humor de mil demonios...

Agucé el oído porque no esperaba que Germán saliese por aquel registro, y le dije refrenando mi impaciencia.

—Conque Doña Paquita, ¿eh? A ver, á ver; *ilústrame* tú ahora...

—Debiera decirte que no tengo aquí los pinceles...

—Pero como tú no eres vengativo...

—No lo soy, y en prueba de ello... allá va

—Me encontré á la dignísima señora, al salir del casino, sofocada y abrumada bajo el peso de tres ó cuatro paquetes enormes. Sin duda venía de tiendas. Me aparté de la acera para dejarla vía libre, y la saludé respetuosísimamente... «Dios guarde á mi señora doña Paquita...» Oirme y verme y venirse á mí disparada, todo fué uno;

¡pensé que me echaba á pique! Pero no señor; se contentó con dispararme esta andanada:

—Me alegro mucho de encontrar á usted, caballerito (ya habrás notado, que los diminutivos de doña Paquita, son de mal agüero).

—Yo también celebro el encuentro, le repliqué quebrándome por la cintura.

—Y ¿en qué puedo—añadí—servir á mi simpática y bellísima amiga?...

*Doña Paquita* (con desparpajo).—¿A mí? ¡A mí no me sirve usted de nada! ¿sabe?

*Yo* (muy humildemente).—No lo dije por tanto: reconozco mi inutilidad, y me resigno á ella...

*Doña Paquita* (subiéndose de punto).

—¿Sabe usted á lo que debió resignarse?... Pues yo se lo diré.

*Yo* (en el tono anterior).—Y yo lo escucharé con reverencia.

*Doña Paquita.*—Pues á no presentarnos nunca á ese caballerito, vamos, á su amigote, al forastero; ya me entiende, al tal Fernandito Moncada...

*Yo:*—Permita usted que me asombre, señora... ¿Qué ha hecho mi amigo, para merecer su desagrado?

*Doña Paquita.*—¿Que qué ha hecho...? pues nada, casi nada... ¿le parece á usted poco?

*Yo.*—¿A mí? Ni poco ni mucho... como usted no me lo cuente...

*Doña Paquita.*—Querrá usted hacerse ahora de nuevas, ¿verdad? ¡Como si no estuviera usted en el ajo!...

*Yo* (turbado y medroso).—¡Señora, por los clavos de Cristo!, yo no estoy en el ajo, ni en nada... Lo que estoy es abrumadísimo, desconsoladísimo, á punto de caerme y estrellarme en la acera, bajo el peso de la cólera de usted...

*Doña Paquita* (con recelo).—¿Palabra de honor que no sabe usted nada?

*Yo* (mordiéndome una uña).—¡Ni esto!

*Doña Paquita.*—Pues verá usted... Ya sabe, que Moncada, empezó á hacerle cocos á la primita desde que la vió... Francamente, yo no vi en eso nada malo... Usted conoce mi teoría: una soltera no es ni chicha ni limoná. *Por fin,* que les ayudé lo que pude, y ya los tenemos de novios, muy amarteladitos y muy dulzones... (Rejalgar le daría yo). Pero, cátate que, de pronto, *se me* pone Juana tristona y cari-acontecida, y comienza á darme mala espina el no-

viazgo; mejor dicho, el novio... Yo no me paro en barras, amigo Germán; así es que, anoche mismito, me fuí derecha al bulto...

*Yo.*—¡Pero señora...!

*Doña Paquita.*—No sea usted zumbón, es un decir... Vamos, que aproveché la ocasión de no estar allí Juana, y le canté las verdades del barquero á mi señor don Fernando...

*Yo.*—¿Y qué dijo él?...

*Doña Paquita.*—¿Qué dijo?... pues nada... que estábamos viendo visiones, que quería más que nunca á Juanita; lo de siempre, amigo Germán, farsa pura...

*Yo.*—¿Y qué pasó luego?

*Doña Paquita.*—Pues luego pasó, que salió Juana, y allá se estuvieron habla que te habla, sin dar descanso á la lengua, y, cuando al despedirse, les pregunté si habían hecho las paces, los dos me dijeron que sí...

*Yo.*—Pues, con perdón de usted, no encuentro nada pecaminoso en la conducta de Moncada.

*Doña Paquita* (cayéndosele al suelo los paquetes de pura indignación).—¡Quiere usted callar, hombre!... si ahora viene lo gordo... prepárese usted...

*Yo* (acercándome instintivamente á la pared).—Me preparo.

*Doña Paquita.*—Imagínese usted que, aún no había doblado Moncada la esquina de la calle, cuando la primita rompe á llorar amarguísimamente y á quedarse tan pálida, tan pálida, que creímos que se nos moría...

*Yo* (prestando oído, con el mismo interés con que tú me escuchas ahora).—Empiezo á conmoverme, doña Paquita.

*Doña Paquita.*—Figúrese lo que allí pasó; á mi pobre vieja, hubo que acostarla para que no se asustase: gracias que no oye y que apenas ve... (Digo, gracias no, ¡Jesús! qué cosas se dicen!). Bueno, usted me entiende... Mi marido salió á escape por un médico; mis nenes se despertaron llorando. Yo entonces, firme en mis sospechas, le pregunté á Juana: «¿Pero no me dijísteis que habíais hecho las paces?...» Ya, ya, ¡no eran malas paces! Se abrazó á mí llorando, la pobrecilla, y me contestó: «¡Ay, Paquita de mi alma, esto se acabó; ya no le veré más!»...

(Interpelándome con furia).—¿Qué me dice usted ahora, hombre?

*Yo* (realmente sorprendido).—Señora, que no vuelvo de mi apoteósis, como decía aquél...

(Luego, insistiendo). Pero dígame, dígame, ¿en qué paró la cosa?

*Doña Paquita.*—Pues en que nos vamos todos esta misma tarde... ¿Ve usted estos paquetes?... pues para el viaje.

*Yo.*—Si no fuera curiosidad, le preguntaría á usted que adónde.

*Doña Paquita.*—No debía decírselo á usted, porque usted ha sido la causa de todo, por presentarnos á nuestro D. Fernando que el diablo se lleve...

*Yo* (con atrición).—Causa inocente, señora; créame usted.

*Doña Paquita.*—Pues nos vamos, toda la santa familia, al campo... á nuestro cortijo del Castañar. Tres horas de camino, en coche... Juana es quien se empeña... Ya lo sabe usted; si quiere visitarnos en nuestro destierro..., pero solito, ¿eh?...

*Yo* (despidiéndome).—Siento mucho... deploro mucho...

*Doña Paquita.*—Hasta la vista, amigo Germán...

*Yo.*—Feliz viaje, doña Paquita...

Y ahí tienes toda la historia..., Pepillo..., ¿estás satisfecho?

—Más de lo que imaginas—le contesté—tu historia me ha interesado mucho; pero

aún no sé, si darte las gracias ó enfadarme... ¡Traías tales noticiones y me vienes hablando, de los palos sucios de Villarroel!...

—¡Qué quieres, chico, el condenado vicio! Pero ahora caigo—vociferó de pronto—¿finges enfadarte para no explicarme el misterio? ¡Pues no te saldrás con la tuya! Ya supondrás que estoy muerto de curiosidad, y que, ahora mismo, me siento y no me levanta de aquí ni un terremoto, si no me lo cuentas todo, de la cruz á la fecha... Hombre, ¿me quieres decir qué perrería le has hecho á esa pobre Juana?

... No hubo más remedio que «contárselo todo.» Y eran de ver y de oir, los gestos, aspavientos y exclamaciones de mi excelente amigo, conforme iba adivinando la trama.

Hice entonces, una observación muy curiosa; Germán lo veía todo, á través de su temperamento alegre y burlón, y mi relato —que á mí me parecía tristísimo, algo así como el asunto de un drama, de complicado mecanismo psicológico—resultábale á él, regocijado sainete, broma carnavalesca, conque yo había querido hacer rabiar á Juana.

Cuando Germán hubo conocido, lo que á vosotros os he relatado, se frotó alegremente las manos, y exclamó, con cara de risa:

—Soberbia jugarreta, chico; pero, dime, dime, ¿qué final le ponemos al sainete? ¿Qué vamos á hacer ahora?

—Ahora, por lo pronto, dar una vuelta por las calles; necesito ensanchar los pulmones.

—Bueno; pero, ¿y después?

—¿Después?... Mira eso hay que pensarlo con calma. El desenlace de toda obra, no es cosa de juego...

Salimos.

## XIII

¡Cuidado si estaba hermosa la mañana! Apenas eran las siete, y ya el perezoso sol de Octubre, había extendido su manto de luz sobre los campos! Era una de esas alboradas otoñales, en que la atmósfera está limpia y serena, y el ambiente frío en vez de entumecer los músculos, los vigoriza. Cabalgábamos Germán y yo, por los mismos sitios que en Agosto recorrimos en coche, acudiendo al lance provocado por Valdemar. Llevábamos media hora de camino, y habíamos doblado el recodo que

ocultaba á nuestra vista el mar inmenso, sobre cuyas aguas flotaban, como vapor desprendido de su seno, leves girones de niebla matinal. Hollaban, nuestros caballos, la húmeda yerbecilla de un prado, donde apenas se marcaba la senda, y ya se veían á lo lejos, entre los árboles desnudos de hoja, las blancas paredes de la casa de Villarroel.

Germán, que había intentado varias veces entablar conversación conmigo, me tocó en el hombro, y extendiendo la mano hacia la huerta, me dijo:

—Pronto pasaremos por allí; ¿te acuerdas?... Buen susto me diste; si te descuidas, te ensarta aquel majadero...

No logró Germán su propósito, que era, indudablemente, romper el silencio y la monotonía, para él inaguantables, de nuestra jornada; por el contrario, avivó todos los recuerdos que, estaban amordazando mi lengua y embargando, por completo, mi espíritu. Iba yo evocando mentalmente, todos los extraños sucesos en que había sido principal personaje desde mi llegada á Málaga, y la vista de la huerta de Villarroel, me hacía pensar en qué distintas circunstancias atravesé, tres meses antes, aque-

llos campos, receloso de la victoria y combatido por tan varios y encontrados sentimientos. Analizando mis acciones, hacía la observación, de que todas ellas obedecían á una misma causa. Para defender el amor de Juana, había recorrido aquel camino por primera vez; para buscarla, lo seguía ahora, y en esto, como en todo, desde larga fecha, tan larga casi como mi vida, guiaba mi voluntad entera una sola mujer, y hacia ella me dirigía constantemente, como hacia un ideal inmutable y eterno. Tenía la convicción firmísima, de que en aquellos instantes, me aproximaba á él, para lograrlo al fin, tras continuo batallar; y por un extraño contraste, aquel último paso me infundía desasosiego y desconfianza; algo así como el recelo del soldado viejo que, teme la lucha cuanto más avezado á la victoria, tal vez porque sabe lo que cuesta.

No sé si por vencer mis temores, como guapo fanfarrón que se anima á sí mismo, ó porque me dieran enfado mis pusilánimes pensamientos, hundí de pronto la espuela en el ijar de mi caballo, que partió á galope, al mismo tiempo que yo exclamaba en alta voz: «Ahora ó nunca!... ¡hay que vencer!...»

—«Ahora ó nunca es cuando yo me mato», gritó Germán, al cual ví agarrado á la silla, encogido de piernas y con los estribos perdidos...

El brusco galopar de mi caballo, había estimulado el ardor del suyo, y mi pobre amigo estuvo, en efecto, á pique de estrellarse.

Quise yo refrenar mi cabalgadura, pero Germán, parando la suya en seco, añadió:

—Mira, chico; ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí; ¿te enteras? ¡Se acabó la broma!

—¿Cómo es eso?—exclamé, sin poder contener la risa—¿Te niegas á seguirme?

—Tú *dixisti*; me niego terminantemente... ¡Pues, hombre, no faltaba más! ¿Crees tú, que se saca á un cristiano de su casa á las seis de la mañana, y se le monta en un caballo para esto? ¿Piensas que voy á ser el Sancho de todas tus quijotescas aventuras? Pero, ¿qué digo? Menos que Sancho, porque á mí me consta que, el valeroso hidalgo, le daba palique á su escudero, y ambos iban entretenidos en plática sabrosa...

—Ahí te duele - exclamé yo—el palique es lo que tú buscas...

—Ahí me duele, no lo niego; pero me

duele también en otra parte... ¡Tienes unos modos de invitar al galope!...

—Te prometo la enmienda, si no me abandonas....

—¿Palabra formal?

—Y solemnísima.

—Ea, pues en marcha; está visto que has de salirte siempre con la tuya...

—De eso trato, precisamente, de salirme con la mía; por eso estamos aquí, jinetes en nuestros caballos...

—Y camino del Castañar...

—Justo, del Castañar...

—Oye, Pepillo, ya que muestras tan buenas disposiciones para el arrepentimiento, hazme el favor de indemnizarme...

—¿De indemnizarte?

—Sí, hombre, sí, de tu silencio... Quiero que me cuentes, por qué vamos al Castañar, y qué es lo que vamos á hacer allí, y por qué te negaste despiadadamente á que hiciéramos el viaje en coche...

—Te contestaré, punto por punto: vamos al Castañar, porque allí está Juana: una vez junto á ella, pienso firmar las paces para siempre y decirle mi verdadero nombre, y por último, hacemos el camino á caballo y no en coche, porque mi gozo, mi expansión,

este anhelo de vida que siento en todo mi ser, no cabe en un coche... ¿Me entiendes?

—No mucho, pero en fin, algo voy coligiendo .. Resuélveme otro punto obscuro.

—Venga el punto obscuro...

—¿Cómo me presento yo contigo? A Juana no le tengo miedo... pero á doña Paquita... Decididamente me araña... Después de nuestra conversación, es casi un heroísmo acompañarte...

—Todo eso tiene un remedio...

—Pues no doy con él...

—Muy sencillo. No te presentas conmigo... Vas tú solo...

—¿Entonces para qué vienes tú?

—Yo iré después...

—¿Entonces para qué voy yo?

—Chico, estás muy impertinente. Se necesita la paciencia de un santo para aguantarte... Cuando estemos al llegar, un cuarto de legua antes, por ejemplo, te adelantas tú...

—¿Y qué hago?

—Me sirves de embajador...

—Te anuncio: corriente... y Paquita me saca los ojos...

—Peor para tí...

—Hombre, me gusta tu frescura...

—Es que no te los sacará: estoy seguro de que ni Juana, ni ella, se negarán á recibirme...

—¡Presumido!

—Presumido no; audaz, que no es lo mismo.

—Bueno: y después...

—Después vienes á buscarme...

—¿Y volvemos juntos?

—Precisamente.

—¿Y qué más?

—Nos dejas en paz á Juana y á mí...

—¡Bonito papel!

—¿No eres mi amigo?

—Hasta la pared de enfrente...

—¿Aceptado el plan?

—¡Qué demonio! aceptado...

Paso tras paso, á buen castellano, fueron dejando atrás los caballos unas cuantas leguas. Seguíamos entonces, una rambla flanqueada por altos cañaverales en primer término, y más allá, unas montañas escuetas y pedregosas. En uno de sus flancos, se veía una ermita, y al lado un cortijo, sin duda el del santero. Sobre la cupulilla del santuario, coronado por una cruz de hierro, avanzaban dos ó tres rocas enormes. Hice

observar aquel equilibrio sorprendente á Germán Alvarez, el cual me dijo que, las gentes tenían por milagro, el que las rocas no cayeran sobre la humilde ermita, y precisamente á la imagen que en ella se veneraba se atribuía el prodigio. Como apenas faltaba media legua para llegar al Castañar, atento Germán al plan trazado, detuvo su cabalgadura frente á la ermita y me dijo:

—Echemos pie á tierra, porque aquí has de quedarte hasta mi regreso; pediré al santero que te dé hospitalidad, y á la vez puedes tú rogar á la Santa para que doña Paquita no se quede con alguna tira de mi pellejo entre sus uñas.

Atamos los caballos en el cañaveral, y entramos en el cortijo. El santero repicaba el esquilón, haciendo vibrar en la soledad de los campos el toque de misa.

Cuando el viejecillo, mitad labriego, mitad sacristán, dejó la soga y vino hacia nosotros, le pregunté si en la ermita se celebraba diariamente.

—No hay cura propio,—me contestó;—pero las gentes son muy devotas de esta Santísima Virgen, y como le hacen tantas promesas, hay misa casi todos los días. Mire usted—añadió—hoy la dice *pae* An-

drés, el cura de los Robledales, aquella cortijada que se vé allá arriba; y esos que están en la rambla, son de la familia de Toñico el herrero, que es quien paga la ofrenda, por razón de un hijo que á poco se le muere... ¿van *ustés* á oir la misa?

—Cierto que yo la oiré, y aun dejaré algo en el cepillo; este amigo no, porque tiene que seguir ahora mismo su viaje.

—¿Va su mercé *pa* muy largo?—preguntó á Germán el vejete.

—Ahí, al Castañar.

—No cansará, el caballo entonces; le faltan dos tiros de bala. ¡Buena hacienda es el Castañar!

Iban á dar las diez, y Germán despidiéndose de mí, mustio y cariacontecido, montó de nuevo, y le ví perderse rambla arriba.

Momentos después, reunidos en el santuario, Toñico el herrero con los suyos, y yo, salió *pae* Andrés revestido y comenzó la misa.

Era misa solemne; es decir, cantada, aunque á palo seco, porque allí no había órgano, ni lo podía haber. El santero cumplía, al mismo tiempo, la doble función de monago y oficiante, y era de ver como iba de la grada del altarcillo al facistol, ayudando la

misa, recogiendo la casulla en las genuflesiones, trasladando el misal, sirviendo las vinageras y cantando con voz estentórea y en un latín bárbaro; todo con mucha rapidez y sin distraerse un punto en sus funciones. Entre la familia de Toñico, los niños de pecho, el cura, el sacristán y yo, sin contar el facistol que era enorme, apenas si podíamos revolvernos, ni sé como *pae* Andrés acertaba con los latines, en medio de la inocente irrespetuosidad de los rapazuelos, los cuales, cada vez que se volvía para decir *Dominus vobiscun*, casi le agarraban la casulla, extendiendo las manecitas hacia los bordados de colores y prorrumpiendo en alegres balbuceos. Pero aquel cura anciano, de cabellos tan blancos y cara tan dulce, bien podía representar á Dios, y sin duda pensaba en las palabras de su Divino Maestro: «*Sinite parvulos venire ad me.*»

Poco á poco, á medida que avanzaba el Santo Sacrificio, se iba apoderando de mi alma una melancolía apacible, un misticismo extraño, que nunca había sentido. Bajo las amplias bóvedas de los templos romanos, en medio del fausto y de las pompas litúrgicas de la religión, mi espíritu se había recogido, algunas veces, más con fer-

vor de artista que con anhelos de creyente; pero jamás gustó de aquella dulce y serena calma, de aquella inefable tranquilidad que se *respiraba* dentro del humilde Santuario, donde la devoción sencilla de unos campesinos, elevaba al pobre altar, desprovisto de ornamentos, la ofrenda de su fe. Parecíame de buen agüero aquella misa, ofrecida por otros y escuchada al azar por mí, cuando me disponía á disputar, palmo á palmo, la felicidad de toda mi vida. Luego he pensado que, este género de religiosidad, puesto al servicio propio, tiene muy poco de meritorio y mucho de egoísta; pero he pensado también, que es el más frecuente. Se me ocurrió, en aquel instante, una idea pueril: había buscado asilo en la ermita, cobijada bajo aquellas rocas que, amenazándola, al parecer, la protegían, y sacaba la conclusión de que mis venturas, puestas al amparo del Santuario, serían indestructibles.....

Eran cerca de las once de la mañana, cuando Germán volvió. Antes de llegar junto á mí, me había gritado:

—En marcha, Pepillo: esas señoras *se dignan* recibirte.

—A ver, á ver, cuenta—exclamé, no sin

cierto recelo—¿te ha arañado doña Paquita? ¿vienes sano y salvo?

—Te diré, hombre; de todo ha habido; pero por fortuna no ha llegado á arañarme; verás. Entro, gallardamente, por una hermosa *calle* de castaños, que llega hasta la puerta de la casa. Desde largo trecho, distingo á doña Paquita, á sus niños y á Juana, tomando el sol. En esto, mi caballo que huele seguramente la cuadra, lanza un alegre relincho. Juana y doña Paquita alzan la cabeza. Doña Paquita, es la primera que me conoce y grita alborozada:

—¡Jesú... si es el amigo Germán!... ¡tanto bueno!...

Y Juana y ella, se dirigen á mi encuentro.

Como llevo en el cuerpo, en *colaboración* con este animalito, cuatro leguas bien cumplidas, y estoy algo lacio, y cubierto de polvo, doña Paquita se compadece de mí y exclama:

—Pero cristiano ¿viene Vd. de *la* fin del mundo?

—No, señora, de Málaga.

—¡Jesu qué diablura...! ¿y á caballo? ¿por qué no vino en coche, hombre de Dios?... Y como yo no me apeaba, me invitó á hacer-

lo, sin dejar de reirse... Chico, te confieso, que hubiera preferido soltarle mi embajada, sin echar pie á tierra... siempre me quedaba el recurso de picar espuela y volver grupas... pero no hubo remedio; me apeé, nos sentamos en corro, se llevaron del diestro mi caballo, y yo... nada, sin atreverme.. ..

Paquita, que parecía muy contenta de mi visita, me preguntó:

—Por supuesto... ¿Vd. se quedará aquí unos cuantos días?... Ya verá Vd., amigo Germán, que vidita la nuestra... Jesú, lo que me alegro que se le haya ocurrido venir á este destierro...

A todo esto, yo le daba mil vueltas al sombrero entre las manos; pero como los cumplidos no cesaban y la situación se iba haciendo insostenible, retiré un poco mi silla de la de Paquita, saqué fuerzas de flaqueza y le dije:

—Pues... traigo una comisión...

—¿Una comisión? exclamó sorprendida.

— Sí, señora, sí... y un poco difícil de desempeñar;—añadí, mirando á Juana de reojo...

—¡Reviente Vd. hombre, que me tiene sobre ascuas!... Y ¿de quién es el encargo?

—De un mi amigo.

—Ya me voy enterando...

—Es que temo...

—¡Vaya qué miedoso!...

—En fin, doña Paquita, exclamé haciendo de tripas corazón...—el encargo es de Pe... digo, de Fernando Moncada... Chico, *tableau*: Juana se pone más pálida que una muerta y doña Paquita se pone verde, colorada,... todo el arco iris...

—¿Y me lo dice Vd. tan fresco?...

—Tan fresco, no, señora; sudando el quilo se lo digo á Vd....

—Mire, Germán, no se bromee... Ya le dije que no quería oir hablar de ese *caballerito*... ¿Verdad, Juana?

Juana no respondió—¡tan angustiada estaba!—Yo, con verdadero temor, pero con toda la elocuencia de que soy capaz, exclamé en tono semi-trágico...

—Máteme usted, doña Paquita, cláveme todos los agudos puñales de su enojo en mitad del corazón... pero lo hecho... hecho está...

—Y vamos á ver, hombre—exclamó algo aplacada...—¿qué le ocurre á D. Fernandito?

Buscando, instintivamente, el apoyo de Juana, contesté dirigiéndome á ella...

—Fernando solicita de Juana... una entrevista...

Como tu novia no contestaba, su prima la interpeló bruscamente diciendo...

—¿Pero no oyes, mujer?... pues no se atreve aún... Vamos á ver, ¿qué dices tú á todo eso?

Más muerta que viva, tu novia respondió por fin:

—Pues... yo no sé... no acierto á explicarme... haremos lo que tú quieras...

Me pareció que las dos vacilaban: Juana, por razones que, fácilmente se adivinan, y doña Paquita por curiosidad invencible, que harto se le traslucía en el rostro. Aprovechando aquel resquicio abierto en sus voluntades, tomé una resolución suprema y exclamé:

—¿Saben lo que les digo? Pues que estamos perdiendo el tiempo. Dénme mi caballo y me iré por Fernando.

—¡Hombre!—replicó Paquita;—aunque consintiéramos, que todavía no hemos consentido, ¿va usted á volverse á Málaga, así, sin más ni más?

—No necesito volver á Málaga.

—¿Pues á dónde, cristiano?

—Ahí cerquita; á la Ermita de la rambla,

donde he dejado al pobre Fernando, encomendándose á Dios...

—¡Esta sí que es buena! ¿De modo que nos han preparado ustedes una encerrona, una verdadera encerrona?

¡Qué chubasco, Pepillo! ¡me caló hasta los huesos! Pero la suerte estaba echada, y al parecer con fortuna, porque fué escampando, poco á poco, y al fin Paquita, se dignó decir con aire de baratería:

—Pues sí, hombre, sí; tráiganos á don Fernandito; por lo menos tendré el gusto de decirle unas cuantas verdades... ¡Si pensará que yo le temo! ¿Verdad, Juana? Vaya, Germán, vaya, que ahora verá ese mocito que ni á esta, ni á mí nos asusta...

Y se acabó el cuento. Aquí me tienes sano y salvo... y ahora, ahora tú te las arreglas como puedas; que Dios te la depare buena... y no me preguntes más, porque esta es la calle de los Castaños (¡de la amargura fué para mí hace poco!) y allá columbro á doña Paquita y á tu novia que te esperan. Conque ¡ánimo, chico!

# XIV

Que fueron aquellos primeros instantes de nuestra entrevista, muy embarazosos, ya lo supondréis sin que yo lo diga. Paquita correspondió á mi saludo, con frialdad, más estudiada que sincera, y mi novia—¡pobrecilla!—ni atinó á contestarme. Por un razonamiento rápido, abarqué la situación y comprendí que, al menos mis primeras declaraciones, debían ser hechas, no en secreto y al oído de Juana, sino ante los tres, contando á la prima y á Germán Alvarez, que bien se tenía ganada su asistencia á la función de desagravios. Así es que, apenas me había sentado, abordé sin vacilaciones la conversación.

—Ante todo, permítame usted—exclamé dirigiéndome á doña Paquita,—que le manifieste mi profundo agradecimiento por sus bondades para conmigo; y no hablo de Juana, porque usted representa aquí la autoridad de la familia; no puede dársele á usted el papel de madre, pero sí el de hermana mayor...

Ví que el cumplido—desde luego justo—le hizo gracia á doña Paquita, porque se sonrió embozadamente. Aquel espíritu retozón, expansivo y bueno, no era capaz de sostener la seriedad durante mucho rato. Su sonrisa me pareció un buen auspicio, y proseguí:

—Ya supondrá usted, que conozco la gravedad del paso que doy, y que antes de darlo he meditado con calma...

Ella me contestó:

—Efectivamente; le hago á usted esa justicia. No puedo creer, que se trate de una nueva ligereza. Sería imperdonable.

—Ahora, óigame usted: creo que Juana y yo, seguimos queriéndonos; y creo también firmemente, que los dos, con harta imprudencia, nos íbamos á hacer muy desgraciados. Como esta desgracia hubiera sido para toda la vida, pensé que no se debe jugar á un albur la felicidad, cuando empezamos á encontrarla, y por eso me atreví á solicitar una entrevista. Vengo dispuesto á hablar á Juana, con el corazón en la mano. En estos instantes, tiene entre las suyas nuestra suerte...

Paquita comprendió, que no podían llegar más allá las confidencias en alta voz, y

suavizando su seriedad, aunque no deponiéndola por completo, cortó la incipiente confesión, levantándose y diciendo:

—Ese asunto, sólo me pertenece por el cariño que á mi prima tengo. Trate usted de convencerla. Y ahora, como son ustedes nuestros huéspedes, les enseñaré el Castañar, dando un paseito... Germán será tan amable que me dará el brazo...

Era un modo discreto de invitarme á ofrecer el mío á Juana, y así lo hice.

Todavía no os he dicho, que durante aquella primera escaramuza, mi novia apenas si había levantado del suelo sus ojos; pero aun así, yo había leído en su frente inclinada, la turbación, el desasosiego de su espíritu. Tomó mi brazo y empezamos á pasear en silencio. Cuando Germán y Paquita se adelantaron un poco, le dije:

—Juana, Juana mía; te pido perdón, y de rodillas te lo demandaría de buen grado, por lo que te he hecho sufrir, por lo que aún sufres...

—Es verdad; he sufrido mucho—me contestó; —pero todas mis penas, se han cambiado en confusión, en asombro, desde que te volví á ver... desde que Germán nos dijo que querías verme... ¿Acaso no leíste

mi carta? Y si la has leído, ¿por qué vienes á turbar mis tristezas y á poner á nueva y dura prueba mi voluntad?... ¿qué es lo que buscas aquí?...

—No debías preguntármelo. Además, ya te lo he dicho; lo he proclamado en voz alta y á la luz del sol: te busco á tí, busco mi ventura, mi amor, mi vida entera... ¿Te sorprende esto?

—Es que no te comprendo; nada puede haber cambiado desde que nos vimos en mi casa, desde aquella noche en que leal, pero cruelmente, me hiciste ver, que este cariño nuestro, es imposible... ¿Qué ha pasado después? Esto es lo que quiero que me digas; esto es lo que quiero saber. Pienso en ello, y harto se me alcanza la imposibilidad de que se borre en tan breve plazo lo sucedido. Yo sé que no me engañaste, que no se trata de un fingimiento para encubrir tu desamor; más aún: ¡yo estoy segura de que me quieres!... Pero si el obstáculo persiste, ¿á qué vienes?... ¿á quebrantar mi firmeza? ¿á buscar mi complicidad?... ¿Es que tú te has vuelto cobarde y quieres que lo sea yo? ¡Mal haces entonces, en turbar de nuevo mi conciencia y en añadir á los otros, este tormento!..

—Mira, Juana—contesté—mi amor no puede razonar de ese modo: ¡no te querría tanto si razonase! Yo sólo puedo decirte, que al ver que huías de mí, al encontrarme bruscamente abandonado, fué cuando comprendí la magnitud de este cariño, y que la vida, no me sería soportable sin él... Tu despedida, tu resolución inesperada, han sido acicate para mi corazón, lleno de tí; me mostraste por entero tu alma, ¡y con qué nobleza!... pero ¡ay! ¡con cuánta crueldad!...

—¿Y qué iba á hacer? Verte de nuevo, volver á hablarte, hubiera sido, rémora á mi voluntad, superchería del corazón, que anhelaba ser vencido en esta lucha... ¿Piensas que yo no sufrí? Pues mira, te engañarías si lo pensases. Pero, cuando me impuse el sacrificio, no creí que fuera tan grande, porque tuve fe en tu valentía, en tu firmeza. ¿Y ahora pretendes destruirlo todo en un minuto? ¡Después de quitarme la ventura, quieres hacer desesperado mi dolor!... ¡Considera si soy desgraciada!

—¿Acaso sin mí serías feliz? ¡Ah! ya lo sé: vas á decirme que no, y que en eso está el sacrificio... Pero tampoco lograrás de ese modo, la tranquilidad de tu conciencia. Sacrificarías tu felicidad; pero, ¿y tu

amor? Tu amor, no, Juana mía, porque separada de mí, seguirías queriéndome, con cariño sin esperanza, pero más grande cuanto más imposible: no estarías sola; te acompañaría siempre mi recuerdo; y cuando quisiéramos recoger el triste fruto de nuestro heroísmo, sabríamos con espanto que era estéril; porque cuando yo, buscando al amigo infortunado, causa de nuestros sufrimientos, le dijera «Ya tienes tu venganza; aquella mujer, sufre ahora más que sufriste tú: me dió su corazón, y yo por serte leal le hice pedazos... Me ama mucho, pero no me verá nunca; y sola, abandonada, sin esperanza de perdón, ciñe á su alma el áspero y brutal cilicio de mi recuerdo, siempre vivo y de nuestra separación eterna.» ¿Y piensas que eso le bastaría? No, pobre Juana. Más fácil es que encendiera su ira, sus odios, porque al dolor del olvido, añadiría el celoso tormento de tu amor por mí... ¿Anhelas el verdadero sacrificio? Pues yo no lo impido: sacrifícate... ¡deja de quererme!

—¡Dejar de quererte!—contestó Juana, muy conmovida.—Tú me dices eso, porque sabes que pides un imposible. Yo no sé si mi sacrificio es completo; de lo que sí tengo certeza, es de que no lo puedo hacer ma-

yor: todo tiene un límite; yo he llegado á él y nadie tiene derecho á exigirme más...

—Nadie lo tiene tampoco, para obligarnos á esta cruel separación: por eso he venido; por eso estoy dispuesto á defender mi felicidad... Ayúdame tú...

—¿Y es á mí á quien pides ayuda? Ves que sufro, que mi voluntad y mi corazón, van quedando destrozados en esta lucha, y te empeñas en que aún sea más horrible, más dolorosa. No consideras que tú, al fin, eres fuerte, eres hombre, y que yo soy débil para la resistencia, cobarde como mujer. ¿Es esto justo?

—¿Y lo sería que yo te abandonase? Si después de todo, la culpa es mía, ¿qué género de justicia es ese, que á tí también te alcanza el castigo? Y aun dándolo por bueno, ¿has pensado, has medido tus propias fuerzas? ¿Crees que yo, podría tener un momento de reposo, con la sola sospecha de que tú, por mi causa, sufrías lejos de mí? ¡Ah, no, mil veces no, Juana mía!... Hay que llegar hasta el fin: la traición empezada, no puede detenerse en mitad del camino; yo afronto la responsabilidad y consumo el delito: si he tenido valor para vender á Pepe Aguilar, muera ahora en

nuestras conciencias: olvidémosle, seamos lógicos y consecuentes. Pepe Aguilar ha muerto: ¡descanse en paz!

Abandonó estremecida mi brazo, como si en realidad hubiera visto hundir á traición el puñal asesino, y pálida como una muerta, ronca la voz por el espanto, clavando en mí sus pupilas dilatadas por el miedo, me gritó:

—¡Oh! no; no quiero: eso nunca: me causas horror... apártate: si eso hicieras, no podría quererte, te aborrecería; ¡te lo juro!

Tuve que reprimir un grito de gratitud suprema, por la vida que Juana acababa de concederme, al defenderla, y sentí que mis últimos rencores se deshacían, como reduciéndose á leve polvo que, la dicha del presente y las esperanzas en el porvenir comenzaban á aventar...

...Estrechando su mano, reteniéndola con fuerza, porque quería escaparse de las mías, exclamé al oído de Juana, tan cerca, que mis labios rozaban casi su rostro:

—Entonces, Juana, amada mía, si tú le defiendes, si tú no quieres que muera, si muriendo él, habías de odiarme, si sus penas encontraron un eco en tu alma y á

costa de tu propia felicidad lo decides, yo no me resisto: que viva, puesto que tú le amparas...

—¡Oh, sí! ¡así te quiero!; seamos desgraciados, pero también leales.

—No; seamos muy felices: haz el bien por completo. Piensa que obligarle á vivir y no amarle, no sería beneficio, sino condena; piensa que él también ha sufrido mucho, que no tiene en la tierra otro bien que tu cariño... piensa que al otorgarle la merced de la vida, Fernando Moncada ha sido el muerto. Sí, Juana mía; el hombre que tienes en tu presencia, suspenso de tu voz, llorando lágrimas de gratitud, más amante que nunca, es el mismo Pepe Aguilar que te amó de niño, que te ama de hombre, con un amor purificado por las penas; advierte que aún somos jóvenes, que tu culpa, si la hubo, está redimida por la voluntad del sacrificio, y que Pepillo Aguilar, el adolescente que se acercaba temblando á tu reja, llena de claveles rojos, allá en los días serenos de la infancia, es quien, ahora te pide, que no le rechaces, que le mires compasiva, que tendiéndole una mano piadosa le perdones su venganza cruel..

***

Lentamente, el sol de Octubre, había ido elevándose por el cielo azul, y una atmósfera luminosa, dorada, envolvía los campos. Desnudos los árboles de hojas, sin espigas los surcos, no encontraba el astro, como en la primavera, ramas verdes y florecillas que engalanar con sus fulgores; pero su luz y su calor, penetrando en las pródigas entrañas de la madre tierra, fecundaba la simiente depositada, envolvía los gérmenes, incubaba la nueva cosecha y preparaba el parto generoso.

De pronto, el esquilón del santuario, repicó alegremente: eran las doce...

¡Medio día! ¡Qué hermoso eres y qué espléndido, cuando por misteriosas y extrañas conjunciones, llegan al mismo tiempo, el sol al zénit y la felicidad á un alma.

# *CONCLUSION*

*La noche se acercaba silenciosa y triste; noche de difuntos, precedida de un crepúsculo breve, húmedo y frío. La luz, ya agonizante, resbalaba sin fuerza sobre los ventanales del estudio, lleno de sombras. Apenas si se distinguía el cordón de gente que regresaba de los cementerios. Estaban encendidos los faroles, y los rayos amarillentos, se reflejaban en los cristales, empañados por la neblina. Uno de los tertulios preguntó á Pepe Aguilar:*

*—Y dinos ahora, ¿en qué paró todo aquello?*

*—Pues veréis: poco después de nuestra conversación, nos sentamos á la mesa, doña Paquita, sus chiquitines, Germán Alvarez, Juana y yo. Empezada la comida, Paquita me dijo con mucha sorna:*

*—Amigo D. Fernando; no me atrevo á preguntar á usted si se han hecho las paces, porque,*

*francamente, amiguito, ¡me dieron ustedes un chasco la otra vez!...*

*—Pues lo que es ahora, doña Paquita—contesté alegremente—quedan firmadas, tan por completo, que sólo falta una cosa...*

*—¿Y se puede saber?...*

*—Que nos prometa usted, á Juana y á mí, ser madrina de nuestra boda.*

*—¿De verdad? ¿Pues con mil amores, señor D. Fernando!*

*—¡Qué señor D. Fernando, ni qué mil diablos!...—gritó de pronto Germán Alvarez, estallando su discreción como una bomba.—Esto que usted ve, no es sino Pepillo Aguilar, insigne pintamonas, y novio de Juana, antes que usted—¡usted misma, doña Paquita!—conociese á su prima...*

*Fué necesario explicar lo ocurrido, y salí del paso, como Dios me dió á entender; pero cuando lo hube hecho, llevé hábilmente la conversación al terreno de la boda, y doña Paquita, casamentera incorregible, puso en el tema toda su atención. Lo que más le sorprendió, fué mi propósito de que nos casara «pae» Andrés, el cura de los Robledales, en la ermita de la Rambla...*

*... Y ya lo sabéis todo—añadió Pepe Aguilar—transcurrieron, después de esto, quince días muy felices y, tal como lo habíamos pensado, «pae*

*Andrés nos unió para siempre, una mañana, en el humilde santuario...*

***

*En aquel momento, sonaron unos golpecitos discretos en la puerta del estudio, y una voz femenina preguntó:—¿Puedo pasar? ¿Dan ustedes su permiso?*

*Entró una mujer de cuerpo esbelto y gracioso; una morena de ojos negros, rasgados, de dulzura tan suave, que parecía extender sobre el rostro una apacible sombra de melancolía. El humo del tabaco había formado en el estudio, una nube densa, irrespirable; agitando la mano para disiparla, vió «Juana» á través de ella, las botellas de cerveza, descorchadas, esparcidas aquí y allá, sobre las mesas y por el suelo, entre la blanca ceniza de los cigarros... Sin duda estaba acostumbrada á aquel espectáculo, porque fué á sentarse sonriendo frente á Pepe Aguilar. Después dijo:*

*—¡Buen modo de rezar por los difuntos! ¿Piensan ustedes pasarse aquí toda la noche?*

*Pepe Aguilar, la contempló amorosamente, como si quisiera acariciarla con la mirada, y con la voz, algo temblorosa aún por la emoción del relato, contestó:*

*—También nosotros hemos vuelto los ojos al*

*pasado. ¡También yo, he rezado por «mis muertos».*

*Juana debió comprenderle, porque ambos inclinaron la frente y se quedaron silenciosos. Todos respetaron su silencio. Quizá pensaban que aquella mujer y aquel hombre, merecían ser felices... ¡Oh, sí! ¡lo merecían! ¡Los dos habían luchado, habían llorado, habían amado mucho!...*

*FIN*

*Madrid-Enero-1895.*

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

## OBRAS DEL AUTOR

LUCHA EXTRAÑA. Novela. (Primera edición, agotada.)

SEGUNDA EDICIÓN DE LA MISMA. Un vol. 2 ptas.

SEMBLANZAS Y CUENTOS... Un vol. 3 ptas.

EL CRIMEN DE D. INOCENCIO. Apunte novelesco. (Biblioteca Hispano-Americana, 0,50 ptas.)

JUNTO Á LAS MÁQUINAS. Crónicas. (Biblioteca Sempere, 1 pta.)

LA CUEVA DE LOS BUHOS. Novela. Un vol. 3 ptas.

DESPUÉS DEL COMBATE. Drama en tres actos y un cuadro, en verso.

RAZA VENCIDA. Drama en tres actos, en prosa.

HAMLET, *Príncipe de Dinamarca* (Shakespeare). Refundición en prosa y verso.

ANDRÓNICA. (A. Guimerá.) Traducción en verso.

LA MIRALTA. (A. Guimerá.) Traducción en prosa.

LA BUENAVENTURA. Zarzuela en un acto.

COLOMBA. Drama lírico.

## PRÓXIMA A PUBLICARSE

Segunda edición de LA CUEVA DE LOS BUHOS. Un volumen que contendrá solamente la novela, precedida de los artículos de crítica acerca de esta obra.

L-032 54

RETURN TO ➡ CIRCULATION DEPARTMENT
202 Main Library